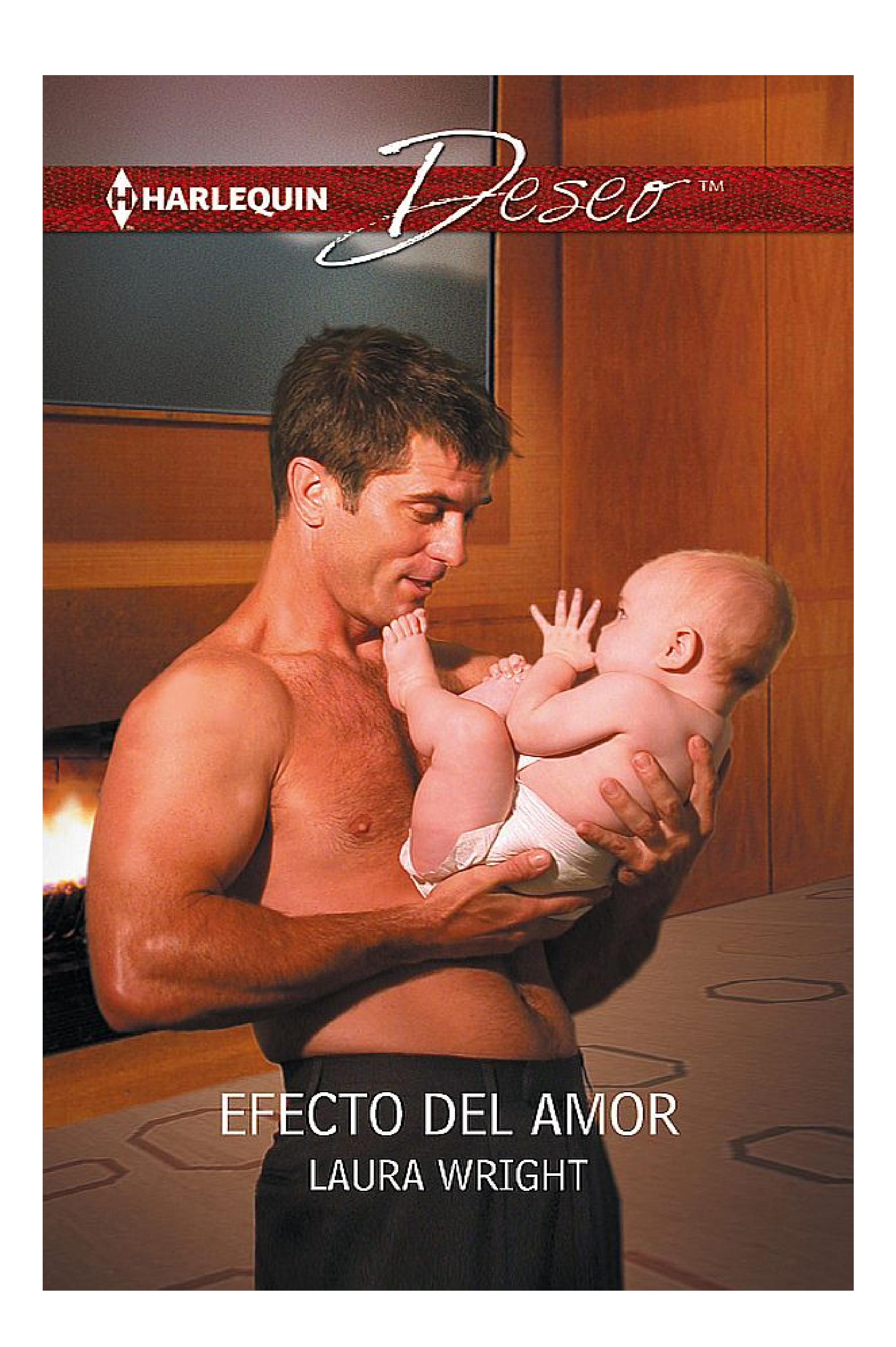


HARLEQUIN
Deseo™
EFECTO DEL AMOR
LAURA WRIGHT

Una belleza en su cama.

En mitad de aquella tormenta y a punto de dar a luz, Isabella Spencer jamás habría imaginado que Michael Wulf, su héroe de adolescencia, aparecería para rescatarla. Ahora se encontraba en su lujosa mansión muriéndose de deseo por un hombre que había cerrado su corazón a cal y canto hacía mucho tiempo.

Dar cobijo en casa a su amiga de la infancia era peligroso, y más después de que diera a luz a aquella preciosa niña que le despertó las ganas de ser padre… ¡y esposo!



Laura Wright

Efecto del amor

Deseo - 1237

ePub r1.0
LDS 20.12.16

Título original: *Baby and the beast*
Laura Wright, 2002
Traducción: Laura Molina García
Publicado originalmente: Mills and Boon Desire 2-in-1 (MD2) - 135 / Silhouette Desire (SD) - 1482
Protagonistas: Michael Wulf e Isabella Spencer
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

La nieve caía incesante cubriendo los árboles desnudos con un manto blanco y helador.

Isabella Spencer se estiró bien el gorro de lana para que le tapara las orejas e intentó no dejarse acobardar por la gélida ventisca que le golpeaba el rostro, que era lo único que quedaba al aire por encima de la bufanda. Salió del coche a la vez que hacía un tremendo esfuerzo por apartar de su cabeza una incómoda sensación de preocupación, y se dirigió a la carretera, totalmente desierta. Estaba a dos horas de Minneapolis… y a sólo treinta y cinco kilómetros de la pequeña ciudad a la que tanto deseaba volver.

Pero parecía que no era eso lo que le deparaba el destino.

Apenas acababa de empezar el mes de noviembre y sin embargo el viento de aquella fría mañana la golpeaba en la cara como una multitud de alfileres.

«Las bengalas. Utiliza las bengalas».

A duras penas consiguió avanzar por la nieve hasta poder abrir el maletero del coche. No podía dejar de maldecir al hombre del tiempo por haber errado tanto en sus previsiones, y a su teléfono móvil por haberse quedado sin batería. Y, mientras encendía las bengalas sobre la nieve, maldijo el coche que, según le había asegurado su marido, se encontraba en perfectas condiciones.

Claro que eso había ocurrido hacía siete meses, antes de que Rick la abandonara para recuperar la libertad que le había proporcionado el divorcio. Antes de haberse emborrachado aquella

noche y haberse estrellado contra un poste de teléfonos en el accidente que lo mató.

El escalofrío que recorrió el cuerpo de Isabella no tenía nada que ver esa vez con el frío invernal. Su marido ya no estaba. Sabía que la había querido, pero también sabía que no deseaba al hijo que crecía dentro de ella, y cuanto antes dejara de torturarse con aquel pensamiento, mejor. Había decidido volver a Fielding, al hogar donde comenzaría una nueva vida con el nuevo año. Y desde luego no iba a permitir que se lo impidiera una tormenta de hielo.

Justo entonces notó unos pinchazos en el vientre que ya le resultaban familiares; decidió volver a refugiarse en el coche, que estaba solo a unos grados por encima de la temperatura exterior pero que al menos la protegía del viento. Isabella agradeció que funcionara la batería porque así podría poner la calefacción y entrar en calor. Eso sí, tenía que ser consciente de que sólo se podría permitir disfrutar del lujo del calor durante unos segundos, ya que no sabía cuánto tiempo iba a tener que estar allí. De cualquier manera, lo que tenía muy claro era que iba a seguir luchando para que no le pasara nada a su pequeño.

«No te preocupes, cariño. No voy a dejar que te ocurra nada», susurró acariciándose el vientre mientras veía cómo se encendían las bengalas, levantando un montón de nieve y cubriendo parte del coche.

Michael Wulf echó un vistazo a través de los cristales tintados del coche que lo llevaba a casa desde el aeropuerto. Era como trasladarse en un refugio móvil que se deslizaba a través del viento que rugía con fuerza a su paso.

Sólo unas horas antes había estado disfrutando del sol de Los Ángeles… del sol y de la jugosa oferta de compra que le había hecho una empresa californiana para adquirir su prototipo de *software* dirigido con la voz. Seguía resultándole curioso que los altos directivos de las empresas no supieran cómo tratarlo; habían oído rumores que decían que era una especie de ermitaño o de genio misterioso. Esa vez había dejado la cálida California con un estupendo trato bajo el brazo y había regresado a aquel desagradable clima. Sentía gran aprecio por Minnesota, pero a veces le resultaba muy difícil acostumbrarse a las pocas horas de sol y al frío, por mucho que le gustara la tranquilidad de los inviernos. El

problema era que, en días como aquél, cuando antes de las cinco de la tarde ya era casi de noche, tenía que hacer un tremendo esfuerzo por recordar las cosas buenas.

Y fue en mitad de la tenue luz natural que vio un débil resplandor naranja sobre la nieve. A pocos metros, en el arcén de la carretera y en medio del silencio sepulcral, había algo parecido a un iglú con ventanas de coche y matrícula de Illinois.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Michael alarmado.

—Parece un coche abandonado —respondió el conductor sin concederle demasiada importancia.

Pero no podía pasar de largo sin asegurarse de que efectivamente estaba abandonado.

—Para.

El coche se detuvo a pocos metros del enorme bulto de nieve, y Michael salió inmediatamente sin pensar siquiera en la pierna que lo obligaba a cojear y que normalmente le ocasionaba tanto dolor; un dolor que ahora no podía notar porque estaba demasiado concentrado en ver si había alguien atrapado allá abajo.

Se le cortó la respiración al ver a través del cristal que en el asiento delantero había una mujer tapada de pies a cabeza. Parecía dormida, y Michael deseó con todas sus fuerzas que estuviera dormida y no.

—¡Hola! ¿Me oye? —le gritó golpeando la ventana, pero ella no contestó.

Abrió la puerta y le puso la mano en el cuello, bajo la bufanda. Sí, tenía pulso. Por fin se movió ligeramente y abrió los ojos, unos ojos azules que lo miraron fijamente provocándole un fuerte escalofrío. Michael tuvo la sensación de haber visto aquellos ojos antes.

—Me has encontrado —dijo ella en un susurro.

Esa voz. Sonaba ronca pero estaba seguro de que conocía aquella voz.

Un golpe de viento en la espalda le recordó que no era el momento de hacer preguntas, tenía que sacarla de allí inmediatamente y llevarla a un lugar seguro. Pero ¿dónde? El hospital estaba a más de cincuenta kilómetros. Demasiado lejos.

* * *

—La calefacción dejó de funcionar hace… más de media hora —explicó ella muy despacio y en voz baja—. He debido de quedarme dormida.

—Ha tenido muchísima suerte —le dijo Michael mientras la ayudaba a salir del coche—. Media hora más y… —«este coche se habría convertido en una gélida tumba», prefirió no terminar la frase en alto.

El viento lo golpeó aún con más fuerza cuando se quitó el abrigó para abrigarla a ella.

—No se preocupe, enseguida se encontrará mejor —la tranquilizó con dulzura.

—Lo sé —susurró ella.

Michael la levantó en brazos y la llevó hasta su coche, donde el conductor los esperaba con la puerta abierta.

—Sube la calefacción al máximo y vamos a casa lo más rápido posible.

—Sí, señor.

Una vez estuvieron en marcha, Michael le quitó las botas y le frotó los pies casi congelados.

—Qué maravilla —dijo ella—. Aunque me hace un poco de cosquillas, es una maravilla.

Cuando sus pies hubieron entrado en calor, también le quitó los guantes y le masajeó las diminutas manos. Después la estrechó entre sus brazos y la abrazó con fuerza para intentar que le subiera la temperatura hasta la normalidad.

—¿Cuánto tiempo llevaba allí?

La mujer dejó caer la cabeza sobre su hombro y respondió con un débil susurro.

—Desde las diez de la mañana:

Cinco horas.

—Relájese, ahora está a salvo —le aseguró Michael mientras pensaba con preocupación la suerte que había tenido de sobrevivir tantas horas. Sabía que se iba a poner bien, pero el evidente bulto que se le notaba debajo del abrigo complicaba las cosas un poco más.

—¿Cuándo tiene que dar a luz?

Ella levantó la cara para mirarlo a los ojos.

—Dentro de un mes.

Michael apretó los dientes. ¿Qué idiota dejaría sola a su mujer embarazada y en mitad de aquella terrible tormenta? Bueno, seguro que no tardaría en enterarse.

Le retiró la bufanda con suavidad; con las prisas no se había detenido a observar su cara, sólo aquellos ojos que le resultaban tan familiares. Lo que vio al descubrirle el rostro le provocó un escalofrío: largos rizos de pelo rubio enmarcando unas facciones suaves. Volvió a tener el pálpito de que conocía a aquella mujer, pero no lo comprendía porque apenas conocía a nadie por los alrededores y casi no iba a la ciudad.

—Gracias —murmuró ella al tiempo que volvía a reposar la cabeza en su hombro—. Gracias por rescatarme, Michael.

La última palabra lo dejó helado e hizo que su mente se pusiera a trabajar a toda prisa buscando la respuesta a aquel misterio. Y no tardó en encontrarla.

Allí a su lado, descansaba la chica… no, la mujer, la única mujer con la que tenía una deuda. Una deuda que debería haber satisfecho hacía ya mucho tiempo.

Sacó su teléfono móvil y lo acercó a su boca.

—Doctor Pinta.

El teléfono marcó automáticamente el número del médico que había tratado a tres generaciones de Fielding y al que Michael consideraba un verdadero amigo.

—Thomas, te necesito.

En la cabeza de Isabella aparecían confusas imágenes de tazas de chocolate caliente, mantas eléctricas y de su amor de juventud, como un caballero andante, rescatándola de una especie de dragón blanco que escupía hielo en lugar de fuego. Era una sensación agradable sólo interrumpida por los desagradables pinchazos que sentía en las manos y en los pies.

—¿Isabella? Isabella, tienes que despertarte.

Aquella voz tan paternal la obligó a abrir los ojos y comprobar que estaba completamente vestida y cubierta por varias mantas, en una habitación que no reconocía.

Echó un vistazo a su alrededor. A su lado había un hombre de pelo gris y ojos amables que reconoció al instante. El doctor Pinta la miró con dulzura.

—Bueno, nos alegramos mucho de verte despierta. ¿Qué tal te encuentras?

De pronto se le llenó la mente de preguntas y no tardó en hacer la más importante:

—¿El bebé?

—Está bien, tranquila, y tú también estás bien —le respondió sonriendo—. Tuviste muy buena idea al encender esas bengalas.

Isabella se llevó las manos al vientre y suspiró aliviada.

—Ha faltado poco, gracias a Dios que alguien te encontró —añadió el médico mirando a su espalda.

Isabella siguió su mirada y así descubrió a un hombre sentado en una enorme silla con tapicería de terciopelo verde. Algo se estremeció dentro de ella al darse cuenta de que el caballero andante de su sueño no había sido una visión sino una realidad. Entonces empezó a recordar vagamente cómo alguien la había sacado del coche y la había llevado a otro donde se había quedado dormida apoyada en un pecho fuerte y cálido. El caballero la miró con aquellos ojos grises que destacaban en contraste con el pelo negro.

—Hola, Bella.

Sólo dos hombres la habían llamado así. Su padre Emmett, que había fallecido hacía casi quince años, y el muchacho de dieciséis años que había llegado a su casa después de huir de un hogar infantil.

A pesar de haber tenido sólo trece años, Isabella había sabido desde el primer momento que amaba a aquel chico de naturaleza salvaje y mente despierta. Lo amaba todo de él, incluyendo la cojera que había provocado no pocas burlas de los otros muchachos de la ciudad. Pero lo había perdido después de la muerte de su padre, cuando se marchó de Fielding porque Isabella se había ido a vivir con su tía y no lo había podido acoger también a él.

Michael Wulf.

El rebelde marginado que se había convertido en un genio incomprendido. No le había perdido la pista; incluso había llegado a considerar la posibilidad de ponerse en contacto con él cuando leyó tres años atrás que había regresado a Fielding. Pero entonces ella estaba casada y vivía en Chicago intentando salvar su matrimonio, intentando averiguar el motivo por el que su marido había perdido

todo el interés por ella desde el momento que habían dado el «Si, quiero».

—Muchas gracias, Michael —le dijo con una sincera sonrisa.

—No ha sido nada.

—Nos has salvado la vida a mí y a mi bebé, a mí no me parece que no sea nada.

—Me alegro de haber estado allí.

Era obvio que seguía sin aceptar los cumplidos.

—Yo también me alegro. Pensaba que estaba soñando cuando abrí los ojos y te vi. Hace tantos años…

La mirada sombría de Michael se detuvo unos segundos en su vientre antes de contestar.

—Sí, muchos.

Tenía la voz profunda pero amable, aquello le recordó el muchacho brusco que jamás había demostrado la más mínima brusquedad con ella. Isabella sonrió al pensar que aquél era el chico al que le habría gustado dar su primer beso… y entregarle su corazón. Se había convertido en un hombre aún más guapo, pero los ojos que antes habían reflejado enfado y confusión ahora brillaban con tremenda frialdad.

Ella sabía algunas de las cosas que lo habían hecho sufrir en el pasado, pero estaba claro que lo que le había ocurrido desde que se marchó de Fielding lo había dejado aún más herido. Isabella no pudo evitar preguntarse qué le habría pasado.

—¿Hay alguien a quien podamos llamar? —le preguntó el médico poniendo su mano sobre la de ella.

—No.

—¿Y tu marido? —sugirió Michael con dureza.

Isabella retiró la mirada con una repentina sensación de agotamiento.

—Murió hace siete meses.

—Lo siento muchísimo —susurró el doctor Pinta—. ¿Y no hay nadie esperándote en Fielding?

Cuando se casó con Rick cuatro años antes, él insistió en que cortara la relación con la gente de Fielding. Aquello le había roto el corazón, pero le había hecho caso con la esperanza de que aquello ayudara a salvar su matrimonio. Desde que había decidido regresar, se preguntaba qué la esperaría al llegar allí, cómo la recibirían sus

viejos amigos.

—No. Me voy a quedar en el hotel una semana más o menos, hasta que consiga volver a poner en marcha la tienda de mi padre —les explicó sin mirarlos a ninguno de los dos—. Tengo la intención de convertirla en una pastelería —por fin miró al doctor Pinta y se dio cuenta de que iba a tener que dar alguna explicación más—. Viviré en el apartamento que hay encima de la tienda. Es el sitio perfecto para el niño y para mí, o lo será cuando lo haya limpiado bien.

—Será un placer tenerte de vuelta, querida. Y será estupendo tener una pastelería en la ciudad. ¿Vas a vender esos pastelitos de canela que solías hacer? —le preguntó el doctor con una risita casi infantil a la que ella respondió asintiendo con una sonrisa.

—¿Cuándo cree que podré…?

—Creo que por el momento deberías quedarte donde estás —la interrumpió Michael antes de que pudiera terminar la pregunta.

—Estoy de acuerdo —asintió el médico justo en el momento en el que le sonó el busca—. Vaya, parece que es el día de las urgencias —dijo poniéndose en pie a toda prisa mientras terminaba de leer el mensaje—. La señora Dalton ha tenido un pequeño accidente.

—Espero que esté bien —dijo Isabella, algo confundida por todo lo ocurrido.

—Lo siento mucho, pero tengo que irme y no creo que pueda volver hoy; la casa de los Dalton está demasiado lejos.

—No te preocupes, Thomas, yo me encargo de ella —intervino Michael, y esa simple promesa hizo que a Isabella le diera un vuelco el corazón.

—No quiero causar ninguna molestia —dijo ella inmediatamente —. Yo puedo irme ahora mismo. El hotel está justo…

—No, no —interrumpió el médico—. Ahora nieva menos, pero sigue haciendo muchísimo frío. No debes moverte en tu estado.

—Te quedarás aquí —afirmó Michael amablemente—. Yo puedo dormir en la habitación de invitados.

Fue entonces cuando Isabella volvió a mirar a su alrededor y reconoció multitud de objetos: el reloj de plata que su padre le había regalado a Michael en su decimosexto cumpleaños, pinturas aborígenes decorando las paredes, un libro sobre energía solar.

Estaba en su habitación, en su cama.

Se le aceleró el pulso y notó un sudor frío recorriéndole el cuerpo. Estaba claro que la habían afectado las horas que había pasado en mitad de la tormenta, porque no era normal que tuviera la sensación de volver a experimentar todo lo que Michael Wulf solía provocar en ella cuando no era mas que una adolescente enamorada. Se recordó que estaba en Fielding para empezar una nueva vida, no para volver a los sueños del pasado.

—De verdad, no puedo quedarme aquí —insistió de nuevo con voz temblorosa. No podía dormir en su cama, arropada con sus sábanas, que estaban impregnadas de su olor—. Tengo que ir al hotel, estoy esperando a los de la empresa de limpieza que van a ayudarme con la tienda…

—No te preocupes por eso, con este tiempo no van a poder llegar —le aseguró el doctor Pinta—. Lo que tienes que hacer es relajarte. Esta noche no estás en condiciones de enfrentarte a nada. Al bebé no le vendría bien —añadió al tiempo que se volvía hacia Michael—. Si necesitas algo, llámame.

—No lo dudes —respondió él.

—Ahora descansa, Isabella —dijo antes de salir de la habitación.

Se sintió inquieta al quedarse a solas en la habitación con el objeto de sus sueños de adolescencia. Iba vestido todo de negro, sencillo pero muy elegante; se acercó a la cama con una cojera más pronunciada de lo que ella recordaba. Lo cierto era que esa pequeña limitación no le restaba ninguna fuerza a su imponente aspecto.

De cerca era aún más guapo que en sus recuerdos. Ojos gris oscuro, piel aceitunada… casi le cortaba la respiración. Era obvio que su impedimento físico no había sido obstáculo para mantenerse en forma porque tenía cuerpo de gladiador.

—Te agradezco enormemente que me ofrezcas tu casa de este modo —le dijo con cierta timidez—. Te prometo que no seré ninguna molestia.

Michael apretó la mandíbula con fuerza.

—Bella, hace quince años tu padre y tú me ofrecisteis vuestra casa y me tratasteis como si fuera de la familia. Es una deuda que nunca he olvidado y que tengo intención de saldar —añadió con una tenue sonrisa que no parecía muy habitual en él—. Me alegro de que estés aquí y puedes quedarte todo el tiempo que sea

necesario.

El corazón de Isabella empezó a derretirse como el hielo bajo el sol, pero se negó a dejarse llevar por la cálida sensación. Había dejado muy claro que la ayudaba sólo porque creía que se lo debía por lo que su padre había hecho por él.

—Gracias —le dijo con una tranquilidad que no sentía—. Es muy generoso por tu parte, pero no me debes nada. Sólo me quedaré esta noche…

—Eso ya se verá —la interrumpió enseguida—. Todo depende de lo que diga mañana el médico.

En ese momento sintió una dolorosa punzada en el bajo vientre que se había hecho demasiado habitual en los últimos días. Estaba claro que su pequeño ya tenía ganas de ver el mundo. «Y mami también se muere de ganas de verte, pero dame un poco más de tiempo».

—Está bien, Michael —respondió, demasiado cansada para rebatirle—. Pero no quiero echarte de tu dormitorio, así que déjame que me vaya yo a la habitación de invitados, eso no me costará ningún trabajo.

—No hay ninguna necesidad —le dijo mirándola detenidamente —. Pareces estar muy a gusto en mi cama.

Isabella abrió los ojos de par en par al tiempo que notaba cómo reaccionaban sus pechos. «Una noche. Sólo una noche».

—Relájate mientras yo bajo por algo de cena. ¿Qué te parece un poco de sopa?

—Perfecto —respondió, agradecida porque fuera a dejarla sola unos minutos durante los que podría recuperar el aliento.

—El ama de llaves sólo viene durante la semana, así que me temo que hasta mañana tendremos que conformarnos con lo que yo cocine. ¿Necesitas algo más?

—Un poco de sol no me vendría nada mal —bromeó ella.

Antes de salir, Michael pronunció en voz alta la palabra «cortinas», y entonces Isabella observó boquiabierta cómo aparecía un ventanal que abarcaba toda la pared de enfrente de la cama. Al otro lado de esa enorme ventana se extendía el paisaje nevado, salpicado de árboles desnudos iluminados por el atardecer invernal, que era una verdadera delicia para cualquiera que apreciara el clima del medio oeste estadounidense.

Con una sola palabra, Isabella había presenciado con sus propios ojos de dónde venía toda la fama de Michael Wulf.

—Impresionante —le dijo antes de que saliera de la habitación.

—En realidad es bastante sencillo —respondió él quitándose importancia.

—No para alguien que ni siquiera sabe programar un vídeo.

—Bueno, yo no sé hacer pastelitos de canela. Eso sí que es impresionante para mí —añadió mirándola fijamente.

—Me alegro mucho de volver a verte —admitió Isabella cuando él ya estaba dándole la espalda.

—Yo también, Bella —respondió él sin volverse a mirarla.

Se quedó sola y, con la mirada perdida en el fuego de la chimenea, se preguntó por qué se sentía tan a salvo en aquel lugar. En lo que la prensa denominaba como el refugio del genio. Una casa de cristal en mitad de un terreno de quince hectáreas de bosque a varios kilómetros del pueblo más cercano. También había leído que Michael era un verdadero misterio para el público; nadie sabía casi nada del hombre que a los treinta y un años había cosechado un tremendo éxito con su avanzada tecnología. Construía casas inteligentes que respondían a órdenes habladas y, a diferencia de las otras celebridades de su campo, no parecía tener el menor interés por la fama. Se decía que no tenía familia, sólo unos pocos amigos y seguramente una herida terrible del pasado que se reflejaba en su cojera, sobre la que se había especulado enormemente.

Pero Isabella conocía la verdad que todos esos periodistas ignoraban. Ella sabía que sus padres lo habían abandonado a causa de un defecto que no podía controlar, y lo habían dejado en un hogar infantil. También sabía cómo le habían tratado sus compañeros sólo por el hecho de ser diferente.

A pesar de su aparente éxito, ella creía que huir y esconderse de todo no era manera de vivir.

Quizá fuera el instinto maternal que tenía tan a flor de piel en aquellos momentos, pero sentía un enorme impulso de ayudarlo, quería sacarlo del refugio que lo mantenía alejado del mundo. El problema era que si se acercaba demasiado a él, corría el riesgo de volver a quedar atrapada en los sentimientos que tanto la habían hecho sufrir en la adolescencia.

Claro que tampoco importaba mucho lo que ella sintiera, porque él la veía simplemente como una deuda que tenía que pagar. «Por no mencionar que estoy embarazada de ocho meses y que parezco una verdadera pelota».

Así pues, lo único que podía hacer era concentrarse en la vida que crecía dentro de ella, en la pastelería que iba a abrir y en crear un hogar donde criar a su hijo. Todo lo demás tendría que descansar para siempre en el pasado.

Sin embargo, descansar era lo último que iba a poder hacer mientras estuviera bajo el mismo techo que el guapo e inquietante Michael Wulf.

Capítulo 2

Michael se recostó en el sillón y disfrutó de la visión que tenía ante sus ojos.

A pocos metros de distancia, Bella dormía en su enorme cama, envuelta en la bata que él le había prestado. En la última década se había convertido en una mujer hermosísima, y su embarazo no hacía más que resaltar dicha belleza.

Tenía la almohada abrazada como si de un amante se tratara y en su rostro había una expresión de satisfacción. Mientras observaba cómo la luz roja del fuego iluminaba su cabello, Michael no pudo evitar la duda de si aquel ángel del pasado no habría sido enviado para torturarlo.

Sin embargo, aquella noche no se había permitido pasar con ella el tiempo suficiente para averiguarlo. Después de que se marchara Thomas, él se había ido a la cocina a calentar un poco de sopa que le había llevado para que cenara. Isabella le había dicho que se quedara y cenara allí con ella, pero él había rechazado el ofrecimiento. Tenía por norma no comer en compañía de nadie. El caos de haber tenido que compartir cada comida con otros sesenta chavales con los que había tenido que luchar por cada bocado había creado en él una necesidad de paz y tranquilidad, lo que había encontrado nada más escapar de aquella escuela.

Una de las cosas que tenía que agradecer a Bella y a su padre era haberle permitido conservar esa recién recuperada independencia. Antes de darle su comida para que se fuera a tomarla donde quisiera, Emmett siempre le decía: «un hombre tiene que disponer

de su espacio».

Emmett Spencer había sido un hombre muy especial y Michael sabía que jamás olvidaría el modo en el que lo había acogido, sin preguntas, y había llegado a ser un padre para él, un padre que además le había enseñado todo lo que sabía sobre electrónica. Y Bella… ella le había demostrado que existía la amabilidad y la amistad.

Pero esa noche mientras le servía la cena o cuando la observaba dormir, no la veía como a una amiga. Había llegado a considerar la idea de romper su norma de las comidas en soledad. Por ella. Yeso le preocupaba enormemente, tanto que creía que lo mejor sería poner el trabajo como excusa y salir de allí inmediatamente.

Justo entonces Bella emitió un dulce suspiro en mitad de sus sueños que hizo que Michael se sintiera culpable por estar allí. Nunca había sido un *voyeur*, que era lo que tenía la sensación de estar siendo en ese momento. Además, no tenía tiempo de pensar en el pasado, había demasiado trabajo que hacer, demasiados negocios que cerrar.

No obstante, no podía quitarse la cabeza la imagen de la mujer que había visto al abrir la puerta del coche medio enterrado en la nieve; los ojos de Bella le habían transmitido una calidez que ya apenas recordaba y que ahora deseaba conservar para siempre. De hecho, tal deseo había ido creciendo con el paso de las horas. Pero debía recordar que el único motivo por el que la había invitado a quedarse era para saldar una deuda del pasado, no podía permitir que su presencia lo hiciera flaquear en sus determinaciones. Así que, por mucho que le costara, debía seguir allí por si ella necesitaba algo.

Como si hubiera podido sentir su debilidad, Bella se movió en sueños dejando al descubierto una pierna. Michael se quedó mirándola unos segundos antes de lograr que sus ojos volvieran al fuego de la chimenea. Se estiró bien en el sillón y comprobó con rabia que esa noche la pierna le dolía aún más de lo habitual, pero luchó contra el dolor como ya estaba acostumbrado a hacerlo. Ya a los tres años, cuando una tonta caída le había provocado una rotura que había dañado un nervio, había sido valiente y se había enfrentado al sufrimiento todo lo bien que podía hacerlo un niño de tres años. Y su valentía había continuado inquebrantable cuando

sus padres lo abandonaron al verse incapaces de criar a un pequeño lisiado; entonces había tenido que hacer todo lo posible para cuidar de sí mismo en el centro de acogida.

Se puso en pie y caminó hasta la ventana haciendo un tremendo esfuerzo para aguantar los pinchazos. La nevada continuaba con la misma ferocidad que había mostrado el resto del día, y no parecía tener intención de parar. A Thomas le iba a resultar muy difícil cumplir la promesa de ir a visitar a Bella al día siguiente. En realidad, parecía que lo que iban a ser un par de días de descanso se alargarían al menos una semana. ¿Por qué eso lo preocupaba tanto? No tendría por qué verla salvo para llevarle la comida y cuidar de ella por las noches, mientras dormía.

Se alejó de la ventana y, sin pensarlo, se quedó al lado de la cama mirándola extasiado. Era bellísima e inofensiva, además estaba embarazada y… «¿Y qué, Wulf? ¿Qué demonios te está haciendo esta mujer?».

La arropó bien y volvió a sentarse en el sillón.

Bella lo hacía sentirse… vivo.

Hacia las cinco de la tarde del día siguiente, Bella estaba siendo víctima de un terrible ataque de claustrofobia. Cualquier esperanza de poder alejarse de Michael Wulf y de su ardiente mirada había desaparecido en el momento en el que se había despertado por la mañana y había comprobado que la tormenta de nieve no había perdido ni un ápice de su ferocidad. Había tenido que cancelar la visita de la empresa de la cuadrilla de limpieza y el doctor Pinta había llamado para decir que tampoco podría llegar hasta la casa de Michael, lo mismo que le había ocurrido al ama de llaves. Isabella y Michael estaban solos y no sabían por cuánto tiempo.

En un gesto que demostraba que seguía siendo un caballero, Michael le había llevado algunas revistas del ama de llaves y, por supuesto, la comida. Pero ambas visitas habían sido de lo más fugaces. Por su parte, Bella estaba harta de leer sobre la vida de los famosos y necesitaba dejar de descansar por un momento.

Afortunadamente, el doctor Pinta había dicho que si se encontraba bien, podía levantarse un rato, y eso era exactamente lo que tenía la intención de hacer. Así que, envuelta en la bata y con unos enormes calcetines de lana de Michael, salió al pasillo. Un pasillo que se encontraba a oscuras hasta que ella puso el pie en el

suelo y se encendieron las luces, cosa que sucedió a medida que iba llegando a cada tramo.

Isabella estaba boquiabierta, no era sólo la tecnología de la iluminación, en realidad lo que más la impresionaba era que el cielo era de cristal cubierto por una espesa capa de nieve.

Era sencillamente increíble.

Al final del pasillo había una enorme habitación con el suelo de mármol, un piano y un bosque de plantas que rodeaban, casi camuflaban, un ascensor. Un ascensor la esperaba con la puerta abierta.

Echó un vistazo a su alrededor y respiró hondo. Era consciente de que seguramente a Michael no le haría ninguna gracia que estuviera husmeando sola por la casa, pero también era obvio que él estaba demasiado ocupado para prestar atención a su invitada, así que en realidad le estaba haciendo un favor buscándose entretenimiento sin ayuda de nadie.

Aquel argumento le dio las fuerzas necesarias para seguir adelante con su exploración. Daría una vuelta por la casa y regresaría al dormitorio antes de que Michael fuera a llevarle la comida. No era tan descabellado.

Pronto se dio cuenta de que no iba a ir a ningún sitio porque en aquel extraño ascensor no había ningún botón.

—Bueno, lo primero es lo primero. ¿Cómo demonios hago que se cierre esta puerta? —En el instante que terminó de decir aquellas palabras, la puerta se cerró suavemente—. Ya veo cómo funciona esto. Supongo que ahora tendré que decir «arriba» —pero nada ocurrió al decir la palabra, así que Isabella probó a pronunciar varios sinónimos que tampoco funcionaron—. Tranquila, pequeña —dijo mirándose el vientre—. ¿Tienes tanta curiosidad como mamá? ¿O sólo quieres salir al mundo y ver tu nuevo hogar?

Y fue justo entonces cuando el ascensor se puso en movimiento. Isabella pensó cuál era la última palabra que había dicho.

Hogar.

Jamás habría pensado que ésa sería la palabra clave.

Al salir del ascensor se encontró con un despacho suavemente iluminado. Le resultó curioso que fuera ésa la parte de la casa a la que Michael denominara «hogar».

—Michael —dijo en voz alta pero con cierta timidez—, ¿estás

aquí?

No obtuvo respuesta, no obstante decidió entrar en la estancia. Se trataba de una habitación cuyos principales elementos estructurales eran el cristal y el acero, aunque el suelo era de madera y estaba cubierto con pequeñas alfombras. Había un par de sofás de cuero marrón, un escritorio con dos ordenadores, un fax y una impresora, una televisión enorme, un equipo de alta fidelidad y dos máquinas de videojuegos de las que sólo se encontraban en los salones recreativos.

Aquellas máquinas enternecieron a Isabella porque eran la señal inequívoca de la influencia que su padre había tenido en Michael. Otra cosa que le gustó fue comprobar, no sin sorpresa, que, a juzgar por su escritorio, el frío Michael Wulf era un tipo bastante desordenado.

Tal pensamiento la hizo sonreír justo en el momento en el que descubrió que una de las paredes estaba adornada con pequeños grabados de diferentes cuentos de hadas: El Patito Feo, La Bella Durmiente, La Princesa y el Guisante…

—¿Qué haces?

Era Michael, que acababa de salir del ascensor con un aspecto increíblemente *sexy*. Llevaba un suéter gris y unos vaqueros negros, la mandíbula apretada y los ojos oscuros como nubes de tormenta.

—¿Qué hago aquí o qué hago fuera de la cama? —preguntó ella inocentemente.

—Las dos cosas.

—Pues es que me ha entrado un poco de claustrofobia —respondió sonriente—. Ya sabes, allí encerrada en la torre.

—Es obvio que no estabas lo bastante encerrada.

—A ninguna de las dos nos gusta que no nos dejen salir —añadió tocándose el vientre.

La expresión de Michael se suavizó al mirar al vientre de Isabella.

—Lo comprendo, pero deberías estar descansando. ¿Es que no te acuerdas de lo que dijo el médico?

—Dijo que podía dar un paseo si me encontraba con fuerzas.

—Bella, no permito que nadie entre aquí.

—¿Ni siquiera para limpiar o…?

—No, de eso me encargo yo.

Isabella se volvió a mirar el escritorio lleno de papeles.

—Ya se nota.

Michael emitió una especie de rugido antes de hacerle un gesto para que lo siguiera de vuelta al ascensor.

—Vamos. Bella, ayer estuviste a punto de tener hipotermia.

—¿No crees que estás siendo un poco dramático?

—Lo que creo es que no pienso correr riesgos, así que te voy a llevar de vuelta al dormitorio.

—Qué lástima porque aquí se está muy bien… con todo este desorden —añadió riéndose, pero tuvo que obedecer al ver cómo la miraba—. Está bien.

—¿Qué te parece si vamos a la cocina? Te puedes sentar mientras te hago algo de cena.

—¿Y por qué no nos haces algo de cena a los dos? —sugirió al tiempo que entraba en el ascensor e intentaba no pensar en el maravilloso olor que emanaba el cuerpo de Michael.

—Ya veremos —respondió él sin concederle demasiada importancia—. Segunda planta —murmuró después para darle las instrucciones al ascensor.

—No habría pensado en algo tan sencillo —comentó Isabella meneando la cabeza, lo que hizo que él se volviera a mirarla al caer en la cuenta de algo.

—Por cierto, ¿cómo demonios te las arreglaste para subir?

—Tropecé con la palabra por casualidad.

—Pues espero que no haya más tropiezos —advirtió él.

—Pero…

—No hay peros que valgan.

Isabella se puso las manos en el lugar donde en otro tiempo habían estado sus caderas.

—Deberías saber que no se discute con una mujer embarazada.

—¿Y quién ha dicho tal cosa?

—Aparece en el libro de normas del embarazo.

—Cuyo autor es…

—¡Vaya! No me acuerdo del nombre.

Entonces se detuvo el ascensor y se abrieron las puertas.

—Qué suerte que has tenido.

Ambos salieron riendo, cruzaron la pequeña selva hasta llegar a una enorme cocina con techo de vigas de madera. Y, como en el

resto de la vivienda, las paredes estaban cubiertas de ventanas desde el suelo hasta el techo. Todos los electrodomésticos eran negros y muy modernos, en ninguno de ellos había un solo botón, lo que le hizo preguntarse a Isabella cuánto tiempo habría tardado el ama de llaves en aprenderse todas las órdenes que debía dar a las máquinas para que funcionasen.

Lo cierto era que no le extrañaba lo más mínimo que Michael hubiera llegado a ser millonario. Pero lo que más la preocupaba en esos instantes era que estaba muy cansada y que los dolores típicos del último mes del embarazo se estaban intensificando. Necesitaba un buen baño, quizá después de la cena.

—¿Sabes? —empezó a decirle Isabella en cuanto estuvo sentada en la mesa de la cocina—. Ese libro también dice que toda embarazada debe recibir una dosis diaria de helado de chocolate seguida de un buen masaje en los pies.

Michael le sirvió un vaso de leche y se quedó mirándola unos segundos antes de contestar.

—¿Algún marido se lo cree?

Por alguna extraña razón, el ritmo del corazón se le aceleró ligeramente.

—Supongo que si quieren a sus esposas lo suficiente…

—¿Y tu marido tenía una copia de ese libro? —le preguntó sin mirarla.

Una profunda tristeza invadió el corazón de Isabella. Seguramente Michael creía que ella y su marido habían tenido una estupenda relación; pero claro, ¿por qué iba a pensar otra cosa? Al fin y al cabo estaba embarazada.

Antes de contestarle, lo miró tímidamente.

—No, no creo que la tuviera.

—Lo siento, Bella —dijo arrepentido—. No pensé lo que decía, no es asunto mío.

—No lo sientas. —Isabella dio otro trago de leche intentando pensar qué decir. Llevaba tanto tiempo fingiendo que su matrimonio funcionaba a la perfección, que su marido estaba satisfecho con su vida y con ella… Pero ya no podía mentir más—. En realidad a Rick no le gustaba mucho la vida de casado. Creo que yo no fui más que un reto para él: la última virgen de Minnesota. Así que, una vez que me tuvo y se acabó la noche de bodas… —Se

encogió de hombros mientras notaba cómo se le sonrojaban las mejillas.

La expresión de Michael permaneció impasible hasta que ella terminó de hablar.

—Seguro que olvidó lo afortunado que era.

Isabella lo miró sonriente.

—Quizá. Pero yo seguí intentándolo. Como tú sabes, vengo de una familia en la que se permanece unido en lo bueno y en lo malo.

—Sí, lo sé.

Detrás de esas palabras, Isabella percibió una cierta nostalgia, pero no quiso presionarlo.

—El caso es que Rick estaba buscando una razón para dejarme, y cuando le dije que estaba embarazada la encontró.

—¿Es que no estabais intentando tener un hijo?

—No, fue un accidente —respondió acariciándose el vientre—. Cuando se marchó me puse tan furiosa, hasta que me di cuenta de que al bebé no iba a hacerle ningún bien tanta furia, así que se me fue pasando poco a poco. Lo cierto es que no lo odio por su debilidad y su cobardía.

—Me parece que eres mejor persona que yo —le sirvió el sándwich de pavo que acababa de hacerle, pero no se sentó junto a ella, sino que se quedó mirándola apoyado en el mostrador de la cocina—. Yo lo odio sin haberlo conocido siquiera. Él te abandonó, Bella.

—Sí, pero mira lo que me dejó —rebatió orgullosa mientras volvía a acariciarse el vientre—. Michael, ¿qué hiciste cuando te marchaste de Fielding? Siempre he querido saberlo.

Michael se quedó en silencio unos segundos, durante los cuales Isabella se preguntó si le abriría el corazón del mismo modo que acababa de hacerlo ella. Pero no respondió a su pregunta.

—Escucha, si no quieres…

—Minneapolis —dijo por fin mientras sacaba una cerveza del frigorífico—. Me fui a Minneapolis.

—¿Y qué hiciste allí? Sólo tenías diecisiete años.

—Pero sabía cuidarme. Puse en práctica todo lo que me había enseñado tu padre. Aunque él se dedicara a los videojuegos, hizo que mi mente se abriera a un montón de posibilidades —hizo una pausa para dar un trago de cerveza—. Por eso le debo tanto.

Isabella sintió la necesidad de preguntarle algo.
—¿Y qué me debes a mí?
—Digamos que tú fuiste mi ángel de la guarda.
Dios, eso no era lo que ella quería ser.
—Mira, Michael, no nos debes nada a ninguno de los dos. Nosotros hicimos lo que hicimos porque nos importabas, no porque esperáramos que nos devolvieras el favor.
—A todo el mundo le gusta que le devuelvan los favores.
—Tú no piensas eso.
—Sí, sí lo pienso —volvió a abrir el frigorífico y se puso a mirar por todos lados—. Ya sea con una compensación emocional, física o económica, todo el mundo espera que le devuelvan los favores de algún modo.
—Puede que eso le pase a cierta gente, pero… —Tuvo que dejar de hablar porque el dolor de la espalda se convirtió en unas terribles punzadas que le llegaban hasta las piernas. Tenía que terminar de comer e ir a darse un baño—. Bueno, el caso es que ya has hecho suficiente por mí —añadió por fin—. Y en cuanto acabe la tormenta, estaremos en paz.
—Ya veremos.
—Michael, te prometo que como vuelvas a decir eso…
Algo estaba ocurriendo, aquello no eran simplemente los dolores del octavo mes. Parecía más bien que le estuvieran estallando petardos en el abdomen y se sentía cómo si le estuvieran clavando decenas de cristales por todo el cuerpo. Se retorció de dolor haciendo que el sándwich se le cayera al suelo.
—¿Qué ocurre? ¿Qué te pasa, Bella? —le preguntó Michael alarmado.
—Tengo que ir… —No podía continuar hablando.
—¿A la cama?
—No. Al hospital. Tienes que llevarme al hospital —lo miró intentando recuperar el aliento para poder hablar—. Estoy a punto de dar a luz.

Capítulo 3

El autocontrol del que siempre se había enorgullecido Michael amenazaba con desaparecer. Bella había roto aguas y estaba a punto de dar a luz. La línea telefónica se había cortado en algún momento de la tarde y en los alrededores de la casa había casi un metro de nieve. Todo en lo que confiaba normalmente estaba ahora fuera de su alcance, y eso significaba que iba a resultarle imposible llevarla a la ciudad.

Al menos contaba con tres generadores de emergencia y un montón de enciclopedias. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, tenía que confiar en el instinto en lugar de en la tecnología. A pesar de lo inseguro que eso lo hacía sentirse, tenía muy claro que no iba a dejar que Bella lo notara.

Después de varios minutos de angustia, había conseguido llevarla hasta la cama y proveerse de todo lo que creía necesario en esos casos: toallas, agua caliente y agua fría, tijeras, más toallas, un cordón. Entre contracción y contracción leyó todo lo que pudo, y cuando el dolor la hizo retorcerse y gritar todo lo que le daban los pulmones, intentó tranquilizarla sin dejarle siquiera sospechar que lo que estaba viendo lo hacía estremecerse hasta el tuétano.

Estaba avivando el fuego de la chimenea cuando oyó su voz débil que lo llamaba. Cruzó la habitación y se arrodilló al lado de la cama.

—No hay manera de llevarme al hospital, ¿verdad? —le preguntó con los ojos llenos de preocupación.

—Me temo que no.

Isabella se quedó en silencio, con la mirada perdida en el vacío; parecía estar concentrándose en algo. Michael no sabía qué hacer, sólo sabía que no quería hacer ninguna pregunta estúpida.

—¿Quieres que te traiga algo?

—No se te ocurra moverte de ahí —respondió ella moviendo la cabeza justo antes de agarrar las sábanas y retorcerse de dolor, hasta el punto que gotas de sudor empezaron a mojarle la frente.

—No te preocupes, estoy aquí —tenía que ayudarla de algún modo, hacer que se sintiera a salvo. Le habría gustado sentir parte del dolor que estaba sintiendo ella.

Pero lo que hizo fue ocuparse de las cuestiones prácticas. Agarró un paño húmedo y se lo pasó por la cara y el cuello mientras le susurraba palabras de aliento, asegurándole que todo iba a salir bien.

—¿Cómo estás? —le preguntó cuando hubo acabado la contracción. Sabía que se trataba de una de esas preguntas estúpidas que no quería hacer, pero los nervios lo estaban traicionando.

Ella lo miró con ojos fatigados.

—Como si un camión me estuviera pasando por encima de la tripa.

La sonrisa que dibujó su rostro después de decir aquello volvió a demostrarle que seguía siendo una mujer valiente y muy muy especial. Allí estaba, enfrentándose con bromas al dolor.

—Tengo que decirte algo, Michael —le dijo mientras buscaba su mano, él la agarró con fuerza.

—Dime, Bella.

—Tengo mucho miedo.

Sin pararse a pensarlo, se llevó su mano a la boca y la besó suavemente.

—Lo sé.

—El bebé llega un mes antes de lo debido.

—Todo va a salir bien —jamás en su vida había sentido tanta impotencia—. Los dos juntos vamos a hacer que salga bien, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —cerró los ojos y su respiración se hizo más lenta —. Dime algo que me distraiga, cualquier cosa.

—Cualquier cosa.

—Háblame de aquel día.

—¿Qué día?

—El día que llegaste a Fielding —le dijo apretándole la mano—. El día que te marchaste de ese lugar tan horrible.

Michael titubeó unos segundos. Había compartido con Bella y con su padre ciertas cosas de su pasado, pero había algunos detalles que jamás había revelado a nadie, cosas que había jurado no volver a recordar. Sin embargo, en aquel momento habría hecho cualquier cosa por Bella. Cuando empezó a hablar notó la garganta seca.

—Me marché de Youngstown un lunes por la mañana, llevaba cincuenta centavos en el bolsillo y sólo la ropa que llevaba puesta. Caminé más de cincuenta kilómetros, hasta que estuve demasiado cansado para continuar y me senté en el arcén de la carretera para hacer autostop —la miró y comprobó que parecía más relajada que antes, eso le dio fuerzas para seguir con su relato—. Era verano y hacía mucho calor, tanto que yo llevaba la camiseta empapada en sudor. Recuerdo que me sorprendió mucho que alguien parara para llevarme.

—Con esa camiseta, seguro que fue una chica —bromeó ella con voz débil.

—Era una mujer de unos setenta años —respondió riéndose.

—¿Se…? —Su rostro se puso en tensión ante la llegada inminente de otra contracción—. ¿Seguro?

—No hables, Bella —le susurró Michael—. Intenta respirar y piensa que pronto vas a ser mamá.

Al oír aquello, ella recuperó parte de su fuerza y en sus ojos apareció una expresión de satisfacción.

—Yo puedo hacerlo, ¿verdad?

—Claro que puedes.

Unos segundos después, había pasado otra terrible contracción.

—Entonces… te subiste en el coche de esa mujer y… ¿qué pasó después?

—Pues yo no había desayunado nada y me estaba muriendo de hambre cuando la señora me ofreció unas galletas deliciosas que ella misma había hecho, me dijo que comiera todas las que quisiera, pero a mí me daba vergüenza. Al final me las comí todas, aunque con un gran sentimiento de culpabilidad hasta que la señora me dijo que no pasaba nada.

—¿Fue entonces cuando te diste cuenta?

—¿De qué?

—De que tu suerte estaba a punto de cambiar.

Michael pensó en aquello un momento mientras le daba un suave masaje en el hombro con la mano que no tenía agarrada a la de ella. Lo cierto era que la palabra suerte nunca había figurado en su vocabulario, aunque…

—Supe que mi suerte había cambiado en el momento en que puse un pie en aquella tienda de Fielding donde los chavales empezaron a llamarme… —Se le hizo un nudo en la garganta—, lisiado.

En la habitación no había más ruido que sus respiraciones y el chisporroteo de las ramas en el fuego.

—Y entonces aparecí yo con mi pistola de agua.

—Y les disparaste hasta que salieron corriendo.

A Bella se le escapó una sonora carcajada.

—Parecía que se hubieran orinado en los pantalones.

Michael recordó las miradas de aquellos jóvenes que acababan de ser tan crueles con él, y el rostro triunfante de la joven Bella empuñando su pistola de agua como si de una mágnum 57 se hubiera tratado. Quizá tuviera razón, quizá existiera algo llamado suerte y fuera ése el día que la suya cambió.

—Sí, fue un buen momento.

—Sí —la mirada de Bella fue como un rayo de sol para él—. Me alegro mucho de que estés aquí conmigo.

Fue como si alguien acabara de clavarle una flecha en el corazón. Confiaba en él para que su bebé llegara al mundo sano y salvo. No iba a defraudarla. Llevaba toda la vida superando retos y aquél iba a ser uno más. Otra explosión de dolor se reflejó en su cara y en todo su cuerpo. Michael no sabía demasiado sobre partos, pero era obvio que las contracciones eran cada vez más frecuentes. El niño no tardaría mucho en nacer.

La noche dio paso al alba.

El dolor seguía sin darles tregua y toda la valentía que había demostrado Isabella al principio se estaba consumiendo por el agotamiento. No obstante, se negaba a rendirse. Podía notar una extraña conexión con el bebé que le daba fuerzas para continuar, debía de ser la señal de que madre e hijo estaban por fin preparados

para conocerse.

—Necesito que empujes fuerte, Bella.

Michael la miró intentando transmitirle su energía. Él también estaba sudando por el esfuerzo y eso hacía que Isabella no sintiera la más mínima vergüenza de tener que compartir esos momentos con él, porque sabía que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ayudarla y hacerla sentir cómoda; por su parte ella cada vez se encontraba más unida a él.

—Respira hondo y empuja todo lo fuerte que puedas.

Isabella se apoyó en los codos y empujó con la poca energía que le quedaba mientras se mordía el labio. El sabor de la sangre se confundió con la sensación de que la estuvieran abriendo en canal.

—Muy bien —la animó Michael—. Otra vez. Respira hondo y…

—Michael, si me ocurre algo…

—No te va a ocurrir nada —interrumpió él inmediatamente con tono firme—. No mientras yo esté contigo, ¿entendido?

De pronto fue como si el tiempo no hubiera pasado. La ira de Michael había desaparecido y en su lugar surgió la estrecha unión que en otra época había habido entre ellos. Aunque esa vez era ella la que necesitaba de su fuerza.

—Empuja, Bella. Empuja fuerte.

Arqueó la espalda y dio todo lo que llevaba dentro. En su cabeza se mezcló el dolor, el miedo y la impaciencia. En su cuerpo el sudor y las lágrimas. ¿Sentirían todas las mujeres el terrible pánico que se estaba apoderando de ella?

—Dios, Bella.

—¿Qué? —preguntó alarmada—. ¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?

—Nada malo —aseguró Michael—. Puedo verle la cabeza —estaba sencillamente maravillado—. ¿Crees que podrás empujar una vez más?

En ese instante desapareció de ella cualquier rastro de temor. Mientras el viento de la mañana soplaba al otro lado de la ventana y la nieve seguía cayendo, ella luchó por su hijo con la fuerza que le daba la adrenalina y la impaciencia.

—Eso es, Bella. Eso es.

Unos minutos después se podían oír los llantos de madre e hijo. Dejándose caer derrotada sobre la cama, Isabella sonrió satisfecha.

—¿Bella?

Abrió los ojos y vio a Michael sujetando al bebé.

—Es una niña.

Una niña, repitió Isabella en silencio y con los ojos llenos de lágrimas observando aquel milagro hecho persona.

Michael estaba emocionado, y no sólo porque acabara de asistir a un parto, sino porque estaba siendo testigo del extremo amor de una madre por su hija. Después de cortar el cordón umbilical, limpiar a la pequeña y envolverla en una toalla limpia, se la entregó a Bella, que no podía dejar de llorar y reír al mismo tiempo.

Unos minutos más tarde Isabella lo miró.

—Gracias.

Le habría gustado decirle que era él el que estaba agradecido por haber podido ser parte de todo aquello, pero no lo hizo; estaba demasiado confundido por las emociones que estaba sintiendo y que no conocía.

—Has estado increíble, Michael Wulf.

—Tú también —le dijo con los ojos clavados en los de ella—. ¿Cómo la vas a llamar?

—Había pensado ponerle Emily —respondió mirando embelesada a la pequeña.

—¿Por tu padre? —Emmett se habría sentido muy orgulloso de su hija.

—Sí. ¿Qué te parece?

La pregunta lo dejó boquiabierto. ¿Qué derecho tenía él a opinar?

Isabella le agarró la mano.

—Quiero saber tu opinión. Tú has ayudado a traerla al mundo.

—No, lo has hecho tú todo.

—Eso no me lo creo, ni yo ni Emily —respondió sonriendo a pesar del agotamiento.

Michael miró a la pequeña, que miraba a su mamá con unos tremendos ojos azules. Sabía que la mayoría de los recién nacidos tenían los ojos azules, pero estaba seguro de que pocos tenían esa adorable expresión… o esa madre tan preciosa. No pudo impedir que una sonrisa le iluminara el rostro. No creía haber sonreído tanto en toda su vida.

—Creo que es el nombre perfecto para la niña perfecta —dijo por fin con cierta brusquedad.

—Sí que es perfecta, ¿verdad? —le preguntó ella orgullosa.

Michael se limitó a observarlas maravillado. En pocos segundos madre e hija se rindieron a la extenuación y se quedaron dormidas. Él se dirigió hasta el sillón casi sin poder mover la pierna y se derrumbó sobre él. De todo lo que había hecho en su vida, traer al mundo a Emily y dejarla en los brazos de su madre había sido su mayor logro.

Y sabía que nada de lo que le sucediera a partir de entonces podría siquiera acercarse a la belleza de aquel momento.

Capítulo 4

La tormenta de nieve continuó durante la mañana del día siguiente hasta la tarde tenebrosa. Sin embargo Isabella despertó con una increíble sensación de plenitud y satisfacción. A pesar de que le dolía el cuerpo entero, jamás se había sentido más feliz.

Y todo era porque hacía sólo unas horas que se había convertido en madre.

Con sólo recordarlo se le dibujaba en los labios una enorme sonrisa y hasta se le olvidaba dónde estaba. De pronto le daba igual si no podía marcharse de la casa de Michael, o si se retrasaba la inauguración de la pastelería, solamente quería hacer perdurar mientras pudiera la emoción de aquel momento. Claro que no le vendría mal la visita del doctor Pinta para que éste le confirmara que todo estaba como debía. Desgraciadamente todavía tendría que esperar uno o dos días para que eso sucediera.

La pequeña Emily se movió con inquietud entre sus brazos y, con sólo mirarla, el instinto de Isabella le dijo qué era lo que quería. Aquél era un momento histórico, estaba a punto de darle el pecho a su hija por vez primera, y eso la asustaba. Había leído toda la teoría necesaria pero, como en todo, seguramente la práctica sería muy diferente. Se abrió la bata lentamente mientras colocaba a la niña como se lo había visto hacer a otras madres; no tardó en comprobar que no había ninguna necesidad de preocuparse, porque en sólo unos segundos Emily había encontrado el camino hasta el pecho y se había puesto a mamar como si llevara meses haciéndolo. Estaba claro que aquello era lo más natural del mundo.

Y algo que a Isabella le habría gustado compartir con alguien.

Alzó la mirada. Al otro lado de la habitación, en el sillón de terciopelo descansaba su caballero andante. Mientras ellas dormían Michael debía de haberse quitado la camisa sucia y no se había molestado en ponerse otra limpia. Por supuesto, a ella no le importaba lo más mínimo que estuviera allí con el torso desnudo. De hecho, se entretuvo en observarlo minuciosamente. Tenía el pelo alborotado, los músculos relajados y la barbilla cubierta de una barba incipiente. A medida que sus ojos iban bajando hacia el pecho, el corazón de Isabella se iba acelerando. Se moría de ganas de tocarlo, deseaba tenerlo más cerca por mucho que supiera que debía controlar esos sentimientos.

Merecía el descanso porque había luchado mucho para cumplir su promesa de sacarlas a ella y a su hija sanas y salvas de aquel difícil parto. Y ella jamás podría olvidar la imagen de Michael entregándole a la pequeña Emily.

Orgulloso. Y tan guapo…

En aquel momento en que la vida parecía perfecta, Isabella habría deseado que él fuera su marido y el padre de su hija. Tenía que apartar aquellos pensamientos de su cabeza, debía recordar que Michael era sólo su amigo, un hombre que la había ayudado para saldar una deuda que creía tener con ella.

Retiró la mirada de él pero en realidad su caballero no estaba dormido. Michael tenía los ojos cerrados pero escuchaba todo lo que sucedía en la habitación, llevado por un profundo, y quizás ilegítimo, instinto de protección. Por eso sabía que Bella estaba dando de mamar a la pequeña y se sentía incómodo. No sabía si debía quedarse o marcharse, o si tenía derecho a compartir ese momento tan íntimo. Sin embargo y a pesar de las dudas, su deseo de estar cerca de ellas pudo más.

Justo entonces el dolor en la pierna se hizo tan intenso que tuvo que moverse para poder estirarla.

—¿Michael?

Lo último que quería era perturbar la paz reinante, pero tampoco podía no contestar.

—¿Sí?

—Pensé que estabas dormido.

—Es que me dolía la pierna.

—Bueno, pues ya que te has despertado —dio unas palmaditas en la cama invitándolo a sentarse a su lado—. Me encantaría tener un poco de compañía.

Se sintió inquieto. Estaba más seguro a unos metros de distancia.

—Vamos, así puedes estirar la pierna.

—¿Estás segura?

—Claro que sí.

Cualquier duda se esfumó al instante. Le daba igual si tenía derecho o no, quería estar cerca de ellas, quería compartir lo que ella estaba dispuesta a darle. Aquella tormenta le había permitido olvidar su pasado y toda la rabia contenida; se había creado de pronto una especie de mundo de ensueño. Al fin y al cabo, ¿quién era él para romper aquel delicioso encantamiento? De hecho, seguramente acabaría rompiéndose sin su ayuda; en un par de días Bella se marcharía con Emily y él volvería a su vida normal. El cuerpo entero se le puso en tensión al pensar aquello.

Decidió no preocuparse con lo que pasaría, así que se levantó y fue a sentarse al lado de Bella, que tenía a la pequeña mamando satisfecha de uno de sus pechos.

—Debes de estar agotado —le dijo ella con dulzura.

—Estoy bien. ¿Tú qué tal estás?

—Genial. Cansada pero genial —al decir aquello miró hacia la ventana—. Parece que la tormenta se está alargando. Me temo que vamos a estar molestándote un poco más.

—Y yo me temo que tú vas a tener que seguir sufriendo mi comida.

Isabella respondió con una carcajada y luego volvió a mirar a su hija; sin darse cuenta, Michael hizo lo mismo. La pequeña Emily tenía los ojos cerrados y Bella estaba preciosa, tan natural con el pecho desnudo y una suave sonrisa en los labios. Era lo más dulce que había visto jamás, lo más dulce y lo más…

Se puso en pie inmediatamente y se pasó una mano por el pelo con un gesto de confusión. No se atrevía a poner nombre a lo que estaba sintiendo. Tenía que salir de esa habitación antes de volverse loco por completo.

—Debes de tener hambre. ¿Qué te parece si voy a preparar algo de comer? —sugirió con normalidad.

—Sé que debería estar muerta de hambre, pero no lo estoy.

—Pero necesitas estar fuerte, después de lo de la tormenta y del parto… Es demasiado para sólo dos días.

La expresión de Isabella se dulcificó aún más.

—No te vayas.

Era como si le clavaran cientos de alfileres en el pecho. Lo que más deseaba en ese instante era quedarse allí con ella y eso lo hacía sentirse nervioso.

Durante toda su vida Michael no había sido ningún monje. Las mujeres siempre se habían acercado a él porque sabían quién era y, aunque tenían ciertas reticencias por su reputación, la curiosidad siempre podía más. Por su parte él solía mantener las distancias y ser franco con ellas, de manera que aquellas que acababan en su cama lo hacían a sabiendas de que él no buscaba relaciones serias. El resumen de todo aquello era que había evitado necesitar a nadie o que alguien lo necesitara. Eso era lo que veía en ese mismo instante en los ojos de Bella, y eso era precisamente lo que le daba tanto miedo. Pero lo que más lo aterraba, y lo que más le costaba admitir, era que también lo notaba en sí mismo. Tenía que alejarse de ella inmediatamente.

—Voy a hacerte otro sándwich —insistió, provocando una expresión de decepción en el rostro de Isabella, que enseguida hizo un esfuerzo para que no se le notara.

—Está bien, pero después prométeme que dormirás un rato.

Michael asintió y salió de la habitación. Los pinchazos de la pierna se habían intensificado y, aun asilo que más la molestaba era lo que sentía en el pecho. Quería que durmiera un poco. Pues si dormía, lo haría en el sillón porque, por muy claro que viera que tenía que alejarse de ella, también sabía que mientras Bella y su hija estuvieran en su casa, eran su responsabilidad y debía velar por su bienestar.

Pero ¿cómo iba a explicárselo a ella? Y sobre todo, ¿cómo podía explicarse a sí mismo el tremendo sentimiento de protección que ella le provocaba? ¿Cómo iba a deshacerse de tal sentimiento antes de que lo devorara por dentro?

Esa misma tarde Isabella se había levantado para ir al baño cuando Michael entró en el dormitorio con una especie de carrito.

—¿Qué es eso? —preguntó ella sorprendida.

—La cama de Emily —respondió con total seriedad.

Isabella se quedó boquiabierta unos segundos antes de detenerse a observar el carrito. Michael lo había construido para su hija. Aquel hombre dulce y *sexy* le había hecho una cuna a su pequeña.

Unas horas antes, después de llevarle el sándwich, había salido de allí inmediatamente con la excusa de que tenía mucho trabajo. Isabella estaba convencida de que no volvería a aparecer por allí hasta el día siguiente, pero la sorprendió, cosa que había hecho a menudo en los últimos días.

—¿Cómo la has hecho?

—Es el carro de un ordenador y encima le he puesto una cesta de la colada. Después le he hecho el colchón con un par de almohadas —tras la explicación la miró en busca de su aprobación —. ¿Crees que estará cómoda?

Isabella no pudo menos que sonreír. ¿Cómo no iba a estar cómoda? Lo que había hecho era sencillamente impresionante.

—Es estupenda. Muchas gracias.

—También he cortado más toallas para que las uses de pañales.

—Has pensado en todo.

—Sólo intento que mis invitadas se encuentren a gusto en mi casa —respondió encogiéndose de hombros como restándole importancia.

—Pues lo has conseguido.

Se la quedó mirando fijamente, sus ojos iban de los de ella a su boca.

—Voy a preparar algo de cena —en el rostro de ella se volvió a reflejar la decepción—. Pero no te preocupes, no voy a hacer más sándwiches. Creo que esta noche te mereces una cena de verdad.

Ese detalle no hizo más que acrecentar el agradecimiento de Isabella.

—¿Podrías cuidar a Emily unos minutos?

—¿Cuidar de ella?

—Sí, me gustaría darme una ducha caliente.

—Pero si yo no sé nada de niños. Bella, yo…

—No tendrás ningún problema —le aseguró sonriente—. Vamos, Michael, tú las has traído a este mundo. Confío en ti plenamente.

—Está bien, pero como se ponga a llorar, te la llevo. Me da igual si estás en la ducha o no.

Con sólo imaginar la situación, Isabella sintió que se le cortaba

la respiración. Esperó unos segundo a ver si Michael añadía algo más o al menos matizaba sus palabras, pero nada de eso ocurrió.

—La cena estará lista en media hora.

Se, humedeció los labios con la lengua antes de contestar.

—De acuerdo.

Michael siguió tal movimiento con la mirada y, sin darse cuenta, resopló débilmente.

—Hasta dentro de media hora entonces —le dijo antes de salir de la habitación con Emily en brazos.

Isabella se quedó allí, sola y acalorada. ¿Qué demonios le ocurría? ¿Por qué actuaba como una colegiala en lugar de como una madre? Estaba claro que su encaprichamiento juvenil había vuelto a la carga y, si no salía pronto de aquella casa, estaría en serio peligro de que tal sentimiento se convirtiera en algo más fuerte.

Algo que no desaparecería en sólo unos días, como la tormenta invernal que seguía demostrando su poder en el exterior.

Isabella estuvo bajo el agua caliente durante al menos veinte minutos; después de secarse el pelo y ponerse una ropa de deporte que le había dejado Michael, salió del baño con fuerzas renovadas pero echando mucho de menos a Emily. Era curioso que en un solo día hubiera dejado de entender su vida sin la pequeña.

Ya desde el pasillo oyó que sonaba ópera en el piso de abajo y percibió un delicioso olor.

Cuando se asomó a la cocina encontró ante sí una imagen que la dejó embelesada. Allí estaba aquel guapísimo hombre de casi un metro ochenta, ataviado con un delantal rojo, bailando al ritmo de la música con la pequeña Emily entre sus brazos. La niña lo miraba extasiada. Isabella sintió un fuerte impulso de unirse a tan bella imagen, pero no tardó en recordar que aquello no era una escena familiar y de nada servía que fingiera lo contrario.

—No sabía que hubieras asistido a clases de baile —comentó Isabella para avisar de que ya estaba allí. Michael reaccionó inmediatamente poniéndose en tensión, de tal manera que la relajación que había demostrado mientras bailaba con Emily desapareció por completo.

—Es que estaba llorando y pensé que le gustaría que la acunara un poco —le explicó detalladamente—. Y no quería interrumpir tu

ducha.

—Te lo agradezco —respondió Isabella no demasiado convencida.

Le devolvió a la niña y se dirigió al fogón en el que se estaba calentando una cacerola de pollo asado. La cojera era más pronunciada que el día anterior, era obvio que la pierna le estaba dando problemas. Isabella pensó en decirle que se sentara tranquilamente mientras ella se ocupaba de la cena, pero no quiso ofenderlo.

—Huele muy bien.

—Afortunadamente, el ama de llaves había dejado algunas cosas en el congelador. Esto es pollo asado.

—Mi preferido.

—Pensé que tu plato preferido era la sopa de letras.

—Y lo era —respondió Isabella con una carcajada—. Pero cuando tenía trece años.

—Claro, ahora que eres adulta has elegido algo más sofisticado.

—Eso es.

Por un momento le pareció ver que Michael se estaba divirtiendo.

—Con ese delantal pareces todo un chef —le dijo al tiempo que dejaba a Emily en su nueva cuna.

—Pues tú… —hizo una pausa que hizo que Isabella lo mirara intrigado y comprobara que tenía los ojos clavados en ella—. Estás preciosa con mi ropa.

Tuvo que bajar la cabeza para intentar evitar que se diera cuenta de que se había ruborizado.

—Gracias, pero sé con exactitud qué aspecto tengo.

—¿Y qué aspecto tienes según tú?

—El de alguien agotado que acaba de dar a luz.

—Escucha, Bella —le dijo con un tono tan serio que Isabella lo miró a los ojos—. Creo que jamás había visto a una mujer más bella de lo que tú lo estás ahora mismo.

Se quedó mirándolo fijamente unos segundos y luego se echó a reír, no sin cierto nerviosismo.

—¡Qué mentiroso!

—Se me ocurren un par de métodos infalibles de convencerte.

De pronto Michael sintió cómo todo el desenfado desaparecía

como si lo hubieran sorprendido riéndose en un funeral. Bella volvió a mirarlo fijamente con el rubor reflejado en aquellos maravillosos y *sexys* ojos azules. ¿Iba a preguntarle cuáles eran esos métodos? Y si lo hacía, ¿le diría la verdad?

Pero entonces Emily empezó a hacer ruido y la magia se rompió como una campaña de cristal. Isabella se dirigió hacia ella y Michael se dispuso a terminar la cena.

—¿Qué es esto que lleva por pañal? —preguntó ella unos minutos más tarde.

Michael ni siquiera se dio la vuelta para contestar.

—Es una camiseta, se la he puesto porque las toallas abultan demasiado.

—¿Y qué pone?

—«Los programadores saber cómo utilizar su material» —respondió con sequedad. Mi ama de llaves me regala una todas las Navidades, debe pensar que son divertidas; a mí lo que me resulta divertido es que crea que me las voy a poner.

—Por eso has decidido convertirlas en pañales.

—Exacto, al menos así tienen una utilidad.

—Tienes toda la razón —dijo ella riendo justo cuando él le servía un plato de pollo asado y judías verdes en una mesa preparada para un solo comensal—. ¿Y tú no vas a comer conmigo?

—Yo no…

—Ya, ya sé que nunca comes con gente —interrumpió ella—. Lo recuerdo. Algún día te preguntaré el motivo.

—Y quizá ese día yo te lo cuente —replicó él sentándose frente a ella.

Después observó satisfecho cómo Bella se comía todo lo que había en el plato. Lo único que necesitaba era alimento y descanso y él se iba a asegurar de que tuviera ambas cosas.

—Se te da muy bien calentar la comida —bromeó ella cuando hubo terminado—. De hecho, has llevado a cabo dos grandes hazañas en el mismo día: cambiar pañales y hacer la cena.

—La verdad es que tengo que confesar que Emily ayudó mucho en la primera. Es una jovencita con mucha paciencia.

—A eso se le llama adular, pequeña —avisó Bella dirigiéndose a su hija—. Ten mucho cuidado cuando lo hagan los hombres.

—No hagas caso, princesa.

—¿Princesa?

—Es que con ese pelo rubio y los ojos azules parece toda una princesita —explicó Michael y, en el momento de hacerlo, se dio cuenta de que la descripción también habría podido referirse a Bella. Ella también debió de pensar lo mismo porque se volvió a mirarlo estupefacta.

Seguramente porque las palabras de cariño no eran muy habituales en él y ya era la segunda en menos de una hora. De hecho, él ni siquiera solía charlar así como así, más bien hablaba de cosas en concreto, iba al grano directamente. Así era antes de que apareciera Bella.

—Bueno, cuéntame lo de la pastelería —le pidió en un esfuerzo por desviar la conversación y sus pensamientos hacia un terreno menos peligroso—. ¿Desde cuándo tienes ese plan?

—Hace unos cuatro años pensé hacerlo, pero entonces conocí a Rick.

Michael la escuchaba mientras movía el carrito de Emily después de que ésta hubiera hecho el amago de echarse a llorar.

—¿Es que él no quería que trabajaras?

Bella respondió con una mirada de tristeza.

—Sin embargo cada vez que llevaba un postre a una cena, todo el mundo quedaba entusiasmado.

—Puedo imaginármelo. Recuerdo que los domingos solías hacer algo especial para tu padre y para mí.

—¿Y qué era?

—¿No lo recuerdas? —preguntó sintiéndose casi tan decepcionado como fingía estar.

—Debe de ser porque estoy cansada.

Michael se puso en pie inmediatamente.

—Tienes razón. Vamos, te acompaño hasta el dormitorio —había llegado el momento de que descansara. Él esperaría hasta que se hubiera quedado dormida y después se iría a trabajar con la esperanza de que el sol brillara al día siguiente. Cuando llegaron a la puerta de la habitación, Emily estaba completamente dormida en su cunita.

—Sé que ya te lo he dicho un montón de veces, pero muchas gracias. Gracias por cuidarnos tan bien y ser tan buen amigo.

Él asintió a pesar de que las últimas palabras se le habían

clavado en el pecho como un puñal. Y, para empeorar aún más las cosas, Bella se alzó de puntillas y le dio un beso en la mejilla. Era un suave beso de amiga que a él le llegó hasta lo más hondo y que le hizo perder el control.

Sin pensarlo siquiera, la rodeó por la cintura y la acercó a él sin dejar de mirarla a los ojos.

—¿Vas a besarme? —le preguntó ella en un susurro casi inaudible.

—¿Me lo impedirías si lo hiciera?

—No.

Al principio la besó con delicadeza, hasta que ella dejó claro que no era ninguna frágil florecilla y se aproximó más a él con los labios entreabiertos. Sus lenguas se movieron al unísono y el mundo entero giró a su alrededor.

—Michael —dijo ella con un suspiro al tiempo que le pasaba los brazos por el cuello.

Pero al oírla pronunciar su nombre, él salió del lejano mundo al que se había dejado arrastrar y se dio cuenta de que se estaba metiendo en un lío. Tenía que detener aquello antes de que fuera demasiado tarde. Con toda la fuerza de voluntad que pudo encontrar dentro de él, la retiró de su lado.

—Lo siento. Bella.

—Yo no —admitió ella con una sinceridad que lo dejó paralizado unos segundos.

—Esto no puede volver a ocurrir.

—¿Y eso por qué?

—Porque no quiero que estés con alguien como yo.

—¿Estás intentando protegerme de ti? —le preguntó furiosa.

—Algo así.

—Creo que te olvidas que ahora soy adulta, Michael. Ya no tengo trece años y puedo tomar mis propias decisiones sin que nadie me proteja —lo miró como intentando leer sus pensamientos —. Es eso, ¿verdad? Tú no me ves como a una mujer.

Michael estuvo a punto de echarse a reír al oír aquello. No podía decirle que ése era precisamente el problema, que la veía como a una mujer impresionante, una mujer con unos labios enrojecidos por el beso a los que no podía dejar de mirar. Pero no podía decírselo, ni eso ni que ella no era para él. Ella se marcharía dentro

de un par de días y decir o hacer algo más solo serviría para empeorar las cosas.

—Buenas noches, Bella.

Se dio la vuelta, dejándola allí y pensando que de buena no tenía nada la noche. Ella cerró la puerta de un portazo ignorando que él volvería en cuanto estuviese dormida para velar sus sueños… y desear un poco más de eso que le acababa de dar, más de algo que jamás tendría porque él mismo no se lo permitiría.

Capítulo 5

Cinco días después las carreteras seguían cortadas y no había dejado de nevar. Tampoco se había borrado el impacto que había tenido aquel beso en Isabella, que seguía preguntándose por qué habría empezado aquello, seguramente porque lo había deseado y, aunque no supiera que su inocente beso acabaría de forma tan apasionada, lo cierto era que lo había deseado con todas sus fuerzas.

El problema era que ahora se sentía completamente confundida.

Miró a su hija metida en la cunita, parecía tan contenta en la cestita que le había hecho Michael.

Michael Ojalá pudiera comprenderlo. ¿Qué le habría hecho alejarse de ella de tal manera? ¿Habría sido por Emily? ¿O acaso era que no quería bajar la guardia, olvidar el pasado y olvidarse de protegerla y empezar a verla como a una mujer? Entonces… ¿por qué la habría estado adulando durante la cena? ¿Acaso lo había hecho sólo para subirle la moral?

El caso era que algo debía de sentir por él porque en aquel beso había mucho deseo contenido, de eso estaba segura. Había tanto calor como el que despedían los pastelitos que estaba horneando en el mismo instante en el que Michael entró en la cocina.

—Vas a hacer que venga toda la ciudad siguiendo ese olor.

Isabella casi se quedó sin habla al verlo en el umbral de la puerta. Estaba impresionante recién afeitado, con el pelo todavía húmedo de la ducha y completamente vestido de negro. Al pasar por la cuna de Emily, le lanzó una sonrisa e Isabella se preguntó si

alguna vez le permitiría ayudarlo a curar las profundas heridas que le habían infringido en el pasado. A veces tenía la sensación de que estaba a punto de abrir su corazón con ella, en esos momentos en los que estaban relajados charlando. Seguramente era por esos momentos por los que tanto se había esforzado en evitarla en los últimos días.

—Ése es el poder que puede llegar a tener un simple pastelito —dijo ella modestamente.

—Parece todo menos simple.

Michael se quedó de pie detrás de ella, lo que le dio tiempo a Isabella para percibir su aroma; era la esencia de la masculinidad.

—Es una nueva receta que estoy probando —le dijo al tiempo que sumergía uno de los pastelitos en la crema de chocolate que había preparado antes. Aunque en realidad aquella receta no tenía nada de nuevo puesto que se trataba de los dulces que tanto le gustaban a Michael de niño, los mismos que él había pensado que ella no recordaba la otra noche, la noche en la que…

Lo cierto era que los recordaba perfectamente, era una receta que había hecho millones de veces, y cada una de esas veces se había acordado de él.

—Me gustaría que me dieras tu opinión —le pidió tímidamente.

—¿Necesitas un catador? —dijo acercándose más a ella. ¿Por qué demonios tenía que ser tan *sexy*?

—Algo así —¿y por qué seguía afectándole tanto a ella?—. Pero sólo si tienes tiempo.

—Creo que dispongo de unos minutos.

—¿Por qué no te sientas a la mesa?

Él titubeó unos segundos antes de hablar.

—Llevas días cocinando para mí. Debes de estar cansada. Debería ser yo el que te preparara el desayuno.

—Jamás pensé que lo diría, pero no me gusta que me sirvan —y además le encantaba cocinar para él, pero eso no lo iba a confesar —. Así que, siéntate y prueba los pastelitos.

—También has preparado café —comentó encantado.

—Es muy fácil, sólo he tenido que decir «Café». Creo que me estoy acostumbrando a cómo funcionan aquí las cosas —justo antes de tener que marcharse, pensó mientras le servía los pastelitos.

—¿Y tú no vas a tomar ninguno?

Isabella lo miró sonriente y dijo con cierta picardía:

—No me gusta comer acompañada.

—Eso tenía que decirlo yo —contestó él riéndose.

—No, tú tienes que decir «qué pastelito tan bueno».

Por respeto a Michael, Isabella le dio la espalda mientras comía y se entretuvo en colocar los ingredientes que había utilizado.

—No, no están buenos —dijo él por fin. Ella se volvió con el corazón en vilo.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir con que no están buenos?

—Pues que no están buenos, Bella —se recostó sobre el respaldo de la silla—. Están deliciosos, incluso mejor de lo que recordaba.

—Estúpido —dijo ella tirándole un trapo de cocina a la cara, a lo que él respondió riéndose a carcajadas.

Ese lado bromista de Michael era completamente nuevo para ella y le resultaba demasiado atractivo, tan adictivo como el chocolate que tenía en aquellos momentos en la comisura de los labios. Sin pensar lo que hacía, Isabella se acercó a él y fue a quitárselo con la mano.

—Tienes…

—¿Qué?

—Un poco de chocolate… —En el momento en el que sus dedos le tocaron la piel, él le agarró la mano con la suya.

Se quedaron así unos segundos, sin dejar de mirarse a los ojos. Cuando la situación se hizo demasiado intensa para seguir resistiéndose, Isabella decidió mirar a otro lado y hablar:

—Ha dejado de nevar.

—¿Qué?

—Que ha dejado de nevar —entonces él le soltó la mano y la dejó marchar.

Se pasaron los siguientes quince minutos en silencio, viendo cómo el débil sol de noviembre deshacía la nieve poco a poco.

Las palabras de Michael rompieron en silencio y el sueño de convivencia que había durando cinco días.

—Mañana a estas horas ya estarán abiertas las carreteras.

Isabella asintió sin mirarlo siquiera.

—Y Emily y yo podremos marcharnos.

Él no contestó, se limitó a observar el rayo de sol que inundó de pronto la cocina.

Michael se pasó la mitad del día siguiente deambulando por la casa casi sin darse cuenta de los pinchazos que le recorrían la pierna. Como él mismo había previsto, habían abierto las carreteras y Bella se había marchado a eso de las dos de la tarde. No tenía la menor intención de darle importancia a lo que sentía, sólo le daba lástima que Emily y ella se hubieran ido.

Eso sí, él había pagado su deuda con creces.

Debería haberse sentido aliviado por que ya no estuvieran allí, al fin y al cabo habían interrumpido su vida y su tranquilidad. Sin embargo, lo que había sentido cuando el doctor Pinta había asegurado que madre e hija estaban en perfectas condiciones no había tenido nada que ver con el alivio.

Era más bien preocupación.

Allí estaba, en un despacho inundado de papeles, con multitud de trabajo por hacer y sin poder centrar sus pensamientos en eso. Tenía que terminar el *software* que ya le había vendido a aquella empresa de Los Ángeles y que, hasta el momento, era el mayor proyecto que había acometido en su vida.

Sólo seis semanas para hacerlo y no podía concentrarse ni un minuto.

No había podido quitarse aquel beso de la cabeza, ni el beso ni la enorme necesidad de sentirla cerca de él. Y no quería ni pensar en cuánto iba a echarlas de menos cuando fuera al dormitorio aquella noche.

¿Cómo iba a concentrarse sin saber si Emily y Bella se encontraban bien? ¿Qué ocurriría si había otra tormenta mientras ella todavía estaba limpiando el local de la tienda? ¿Qué pasaría si la cuadrilla de limpieza no conseguía llegar para ayudarla? Jamás se perdonaría no haber estado allí para protegerlas si algo les ocurriera.

Salió del despacho y se metió en el ascensor convenciéndose de que lo mejor era que fuera a comprobar que estaban bien. Les llevaría un teléfono para que pudieran ponerse en contacto con él siempre que lo necesitaran. Después se quedaría más relajado y podría trabajar.

Al menos no hacía frío, pensó Isabella mientras observaba lo sucia que estaba la casa. Iba a tardar al menos una semana en poner en orden todo aquello, y durante ese tiempo no tenían otro sitio

donde quedarse porque el hotel estaba lleno.

No se le había ocurrido que el apartamento se encontrara en tal estado. Lo único que había pensado era que necesitaba alejarse del hombre que hacía que le temblaran las rodillas y que el corazón se le llenara de deseo. Quizá no era razón suficiente para salir corriendo, pero eso era exactamente lo que había hecho.

El doctor Pinta la había llevado al cementerio a ver la tumba de su padre, después a la tienda a proveerse de todo lo necesario y más tarde al apartamento. El pobre hombre no le había podido ofrecer otro sitio donde quedarse porque tenía una paciente en casa recuperándose de una caída. Isabella le había asegurado que no tenía por qué preocuparse puesto que varios amigos habían puesto sus casas a su disposición.

Pero le había mentido. Lo cierto era que todavía no había llamado a ninguno de sus viejos amigos de Fielding porque no se encontraba con fuerzas de ponerse a explicar todo lo sucedido en el pasado.

Cuando se mudó a Chicago, sus amigos la habían estado llamando durante meses, pero Rick había sido muy tajante al afirmar que debía cortar todos los lazos con el pasado. Entonces ella no se había preocupado porque su marido fuera tan controlador, sólo había deseado que su matrimonio funcionara y se había esforzado por convencerse a sí misma que lo que él quería era empezar una nueva vida con ella. Pero el sueño no había tardado en desvanecerse.

Después de la muerte de Rick había pensado en ponerse en contacto con la gente de Fielding, pero le dio miedo que ellos no la perdonaran. Por eso había decidido que lo mejor era volver para explicar las cosas en persona, hablar con cada uno de ellos personalmente. Y, después de tanto tiempo, tenía muy claro que la manera de ponerse en contacto con ellos no era pedirles que la alojaran en su casa.

Tendría que salir de aquello ella sola.

—Parece que hubiera pasado un tornado.

Isabella se dio la vuelta para encontrarse con Michael, de pie en el umbral de la puerta con aspecto de ejecutivo de Wall Street y el ceño fruncido. Justo en ese momento, Emily comenzó a protestar, lo que hizo que su gesto empeorara.

—Hola, princesa —la saludó y enseguida la tomó en brazos.

El corazón de Isabella se llenó de luz. No esperaba volver a verlo tan pronto, creía que tendría tiempo de dejar de echarlo de menos antes de volver a encontrarse frente a él. El caso era que, sólo con tenerlo allí, no le daba la impresión de tener tanto trabajo como un rato antes.

—¿Y qué haces por tierras tan alejadas? —le preguntó sin poder impedir que una enorme sonrisa se dibujara en sus labios.

—Quería ver si necesitabas ayuda —respondió acunando con maestría a Emily entre sus brazos—. Y parece que sí.

—No te preocupes. No tardaré nada en poner este sitio a punto.

—He oído que el hotel está al completo por la tormenta.

Aquello sonaba aún peor viniendo de su boca.

—Lo sé, pero he comprado el periódico y espero tener una habitación para alquilar antes de que acabe el día.

—¿Es que no te han enseñado que no se debe esperar nada?

—¿Ése estupendo consejo es todo lo que me vas a ofrecer como ayuda?

—No, también te ofrezco esto —le dijo tendiéndole unas llaves.

—¿Qué es eso?

—La habitación que necesitas. —Isabella lo miró en silencio—. Necesitáis un sitio donde quedaros hasta que arregles esto, ¿verdad?

—Sí —admitió Isabella muy a su pesar porque sabía dónde iba a desembocar esa conversación.

—¿Por qué no volvéis a casa hasta que eso ocurra?

Isabella se acercó a él y le quitó a la niña de los brazos. Era el instinto de protección, no quería que su hija se encariñara con él porque sabía perfectamente cuánto se sufría al perderlo.

—No, no podemos.

—¿Por qué no? Es un sitio acogedor.

Demasiado acogedor, ése era el problema. No podía volver a convivir con él porque empezaría otra vez a desear cosas que jamás tendría.

—Vamos, Bella. No creo que sea tan grave tener que pasar unos cuantos días más conmigo.

Seguramente no lo fuera para alguien con el corazón tan cerrado como una ostra. Sin embargo, tenía que admitir, al menos ante sí misma, que no tenía otra alternativa. No podía llamar a sus amigos

y en el hotel no iba a surgir otra habitación por arte de magia.

—Te agradezco la oferta, Michael, pero no entiendo por qué lo haces. Dejaste muy claro que allí estorbábamos.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó ofendido.

—Te has pasado los días escondiéndote, encerrándote a trabajar y saliendo sólo para darme las gracias por la comida.

—Tengo mucho trabajo —afirmó de manera distante—. Eso es lo más importante para mí.

—¿Ah, sí?

—¿Qué estás intentando decirme?

Isabella soltó un resoplido.

—Es que últimamente me ha dado la sensación de que había otra cosa a la que le dabas mucha importancia. Me refiero a esa deuda que crees tener conmigo —lo miró a los ojos y le dijo lo que llevaba pensando desde el beso—. Bueno, pues ya has saldado esa deuda. Ya no tienes que hacer nada más por nosotras.

—Sólo hago lo que creo que está bien —replicó encogiéndose de hombros—. ¿Y no crees que tú deberías hacer lo que fuera mejor para Emily?

Isabella clavó los ojos en él con gesto de indignación.

—Siempre haré lo que sea mejor para mi hija.

—Me alegro de oír eso —asintió como si con su rabia acabara de obtener lo que estaba buscando—. Mañana te mandaré a mi ama de llaves para que te ayude a limpiar todo esto.

—No es necesario. Yo puedo perfectamente…

—Se llama Sara y es estupenda. He llevado tu coche al taller, así que mientras lo arreglan, puedes utilizar alguno de los míos. Y yo cuidaré a Emily cuando tú estés limpiando.

Aquel pequeño discurso la dejó boquiabierta.

—Michael, tú tienes mucho trabajo…

—Emily no da ningún problema.

Estuvo a punto de volver a protestar, pero se dio cuenta de que no merecía la pena. Michael estaba siendo amable con ella, se estaba comportando como un amigo y Emily y ella necesitaban su ayuda. No podía dejar que su orgullo perjudicara a su hija. Por ella sacrificaría cualquier cosa, incluyendo su corazón.

—¿De acuerdo?

Isabella asintió lentamente.

—De acuerdo.

—Tengo el coche fuera… Con una silla para bebés.

—¿Y de dónde la has sacado?

—He hecho una paradita en casa de Thomas, que me ha dejado una en préstamo. Dice que podemos quedárnosla todo el tiempo que sea necesario.

«¿Podemos?». El mero hecho de oírlo utilizar el plural hizo que a Isabella le flaquearan las piernas, pero no iba a dejar que su cuerpo confundiera el mensaje de sus palabras. Tenía que tener muy claro sus intenciones, o más bien la falta de intenciones; si no, no podría soportar todo aquello.

—Estabas seguro de que diría que sí, ¿verdad?

—Sabía que harías caso a tu sentido común.

—Es que resulta difícil llevarte la contraria.

—Estupendo, porque ahora nos vamos a ir los tres de compras a buscar algunas cosas que necesitáis.

—Eso no lo puedo aceptar —dijo Isabella con la mirada fija en la pila de cosas que Michael había ido poniendo sobre el mostrador de la tienda. Había ropa, juguetes, sábanas y cualquier accesorio necesario en los primeros meses de vida de un bebé—. Ya nos has hecho demasiados favores: tu casa, tu coche, la ayuda de tu ama de llaves. Esto se lo compro yo a Emily.

—No se trata de ningún favor, es un regalo.

—¿Un regalo?

—Por supuesto, hoy cumple una semana.

No iba a dejarla ganar. Tenía muchísimo dinero y nada en lo que gastarlo. Además, aquélla era la primera vez que disfrutaba realmente comprando algo.

—Es de mala educación rechazar un regalo, y tú no quieres comportarte como una maleducada, ¿verdad?

—Claro que no, pero.

—Estupendo, porque estaba empezando a sentirme ofendido —se tocó el pecho en el lugar donde se suponía que tenía el corazón—. He llegado a tener la sensación de que no me creías lo bastante bueno para hacerle un regalo a Emily.

Ante eso, Isabella se echó a reír.

—Serías capaz de venderle hielo a un esquimal, ¿a que sí?

—Es posible.

—¿Está todo a tu gusto, Isabella? —Era Molly Homney, la propietaria de la tienda, que los miraba sin ocultar su curiosidad. Michael estaba acostumbrado a que la gente de Fielding lo mirara de ese modo las pocas veces que se acercaba a la ciudad, pero él ni siquiera fingía ser amable. Al fin y al cabo, eran las mismas personas que habían sido crueles con él unos años antes, y eso incluía a Molly Homney. Pero claro, esa mujer había sido amiga de Bella en otro tiempo, por ella trataría de ser agradable.

—Creo que tenemos más que suficiente —respondió Bella sin dejar de reír.

—¿Te he dicho ya cuánto me alegro de verte?

—Sí, pero no me importa oírlo otra vez.

—Te hemos echado mucho de menos. Las chicas se pondrán muy contentas cuando sepan que estás aquí con la pequeña Emily. Eres muy afortunada, Isabella. Herb y yo llevamos intentándolo un montón de tiempo y no hay manera, no conseguimos tener hijos.

—Ya llegará —aseguró Bella—. Cuando menos lo esperéis.

Molly se apoyó en el mostrador y le dijo susurrando:

—Sí, además intentarlo también es divertido, ¿no crees?

La mirada de Bella se dirigió de manera inconsciente a Michael y luego a Emily.

—Claro —dijo por fin sin demasiada convicción.

Michael estaba seguro de que a Molly no se le había escapado esa mirada, y pronto lo sabría todo la ciudad. De hecho, la mayoría de la gente ya se había enterado de que él la había ayudado a dar a luz y eso no le hacía ninguna gracia, porque era consciente de que la noticia de que había algún tipo de relación sentimental entre ellos no haría más que perjudicar la reputación de Bella. Por eso decidió sacar la tarjeta de crédito y montar una pequeña pantomima.

—Como te has dejado la tarjeta, déjame que pague yo esto y ya me lo darás después.

Bella se quedó mirándolo con los ojos abiertos de par en par, y estaba a punto de decir algo cuando Molly se dio la vuelta y Michael pudo decirle en voz muy baja:

—Puedes pagármelo en pastelitos, todas las mañanas.

Al acercarse a ella sintió un escalofrío. Qué bien olía.

—¿Has arreglado ya el apartamento? —le preguntó Molly

mientras metía las cosas en bolsas—. ¿Necesitas un sitio donde quedarte?

—No, estoy en casa de una amiga.

Bella respondió sin titubear un segundo, estaba claro que también ella tenía buenos reflejos para esas cosas.

—¿Con Connie? —insistió la dependienta.

—No.

—¿Wendy entonces?

—No.

Molly miró a Michael y decidió que lo mejor era seguir empaquetando las cosas. Claro que Bella era lo bastante lista para darse cuenta de que la otra mujer sabía perfectamente quién era esa «amiga». Sólo una cosa seguía siendo igual en ella, seguía siendo una persona orgullosa y con principios y no pensaba poner a Michael en un compromiso.

—Bueno, llámame algún día y nos reuniremos todas.

Bella le dio las gracias y salió de la tienda con su hija en brazos.

—¿Con que con una amiga? —bromeó Michael al tiempo que le abría la puerta del coche—. Creo que sabe muy bien en casa de quién estás.

—En realidad casi no he mentido —después de poner a Emily en su sitio, miró a Michael a los ojos—. Estoy en casa de un amigo, ¿no?

El tiempo se detuvo a su alrededor y ninguno de los dos se dio cuenta. Bella se quedó esperando la respuesta a una pregunta muy sencilla, pero cada vez era más obvio que nada era sencillo entre ellos dos.

—Vámonos a casa —murmuró él repentinamente irritado.

Ella continuó mirándolo unos segundos antes de entrar al coche.

¿Qué estaba pasando?

Michael no lo sabía. Tenía la mandíbula apretada mientras metía las últimas cosas en el maletero y finalmente se ponía al volante. No tenía la menor idea.

Capítulo 6

—¿Dónde ponemos esto, cariño?

Isabella dejó la limpieza de la bañera por un momento para hacer caso a Sara Rogers, el ama de llaves de Michael, que tenía una caja de cartón en la mano. Le echó un vistazo y sintió una especie de ataque de nostalgia al ver el contenido del paquete.

—¿Algo especial?

—Son los moldes para galletas de mi madre —respondió Isabella con una tierna sonrisa.

—Vaya, entonces supongo que habrá que ponerlos a buen recaudo —dijo la encantadora señora dé ojos violetas—. ¿Qué te parece el cajón de al lado del frigorífico? Acabo de limpiarlo a fondo.

—Perfecto. Por cierto, ¿te he dado las gracias hoy?

—Sí, cariño, dos veces.

—Bueno, como dicen que la tercera es la que cuenta, muchas gracias.

Sara se puso las manos en las caderas y se quedó observándola unos segundos.

—El señor Wulf tiene razón.

Al oír el nombre de Michael, a Isabella se le aceleró el corazón.

—¿En… qué? ¿Qué es lo que ha dicho el señor Wulf?

—Que es usted especial.

—¿Y eso qué significa exactamente? —pregunto abriendo los ojos de par en par.

—No tengo la menor idea, sólo sé que en todo el tiempo que

llevo trabajando para él, jamás lo había oído decir algo así —respondió la mujer riéndose y después le guiñó un ojo—. Voy a guardar esto y luego voy a limpiar esos fogones.

Isabella siguió limpiando la bañera, pero su mente estaba muy lejos de allí; exactamente en casa de Michael.

Ya hacía una semana desde que él la había invitado a ser su huésped, un tiempo que ella había creído más que suficiente para poner en funcionamiento la tienda y hacer habitable el apartamento. Sin embargo parecía que se había equivocado, la casa resultó estar mucho más sucia de lo que ella había pensado en un principio y, aunque Sara era un verdadero ángel, sólo estaba con ella unas horas al día. El resto del tiempo estaba ella sola o con algún vecino de Fielding; al menos los primeros días, porque después se había cansado de que todos ellos fueran allí utilizándola como excusa para averiguar cosas sobre Michael y la relación que había entre ellos.

Pero, si tenía que ser sincera consigo misma, debía admitir que ésas no eran las únicas razones por las que la puesta a punto se estaba demorando tanto; en realidad, cada vez le costaba más estar alejada de Emily, y cada pocas horas buscaba un pretexto para ir a verla. Michael nunca parecía sorprendido de verla aparecer, incluso parecía alegrarse. No obstante, por las noches seguía recluyéndose en el despacho y tampoco había cambiado su costumbre de comer solo. Lo que más sorprendía a Isabella era que siguiera durmiendo en el sillón de terciopelo; nunca le preguntó por qué lo hacía ya que no quería molestarlo con preguntas. Lo cierto era que se sentía cuidada y protegida como hacía mucho tiempo.

Justo en ese momento se oyó la sirena de la escuela, que sacó a Isabella de sus elucubraciones Miró el reloj y comprobó que en cualquier momento llegarían Molly y Connie para «ayudarla». En realidad agradecía su presencia y cada día se sentía más a gusto en Fielding, donde todos sus viejos amigos la habían recibido de buen grado después de escuchar lo ocurrido con Rick. Hasta la habían invitado a quedarse en sus casas si quería marcharse de la de Michael. Pero no quería.

Salió del baño para encontrarse a sus dos amigas de pie en el cuarto de estar.

—Nos ha dejado entrar Sara —explicó Connie con una sonrisa

en el rostro.

—Es el ama de llaves de Michael, ¿verdad?

—Sí —empezó a temer que había llegado el momento de esquivar preguntas otra vez.

—Justo ahora estábamos hablando del día en el que Wulf volvió a Fielding.

—Sólo lo estabas hablando tú, Molly —protestó Connie.

—No finjas que no te ha interesado cuando te he contado que el viejo Alan Olson vio un ascensor en su casa el día que le llevó el piano.

Connie admitió con la mirada que era cierto lo que decía su amiga.

—¿Cómo es ese lugar, Isabella?

—¡Qué más da la casa! —intervino Molly—. ¿Cómo es él?

—Pues es inteligente, serio y tiene mucha paciencia —eso era todo lo que estaba dispuesta a decir, cosa que desde luego no satisfizo a las otras dos.

—La verdad es que con los años se ha vuelto muy guapo —empezó a decir Molly con tono malévolo—. Pero desde luego su actitud no ha cambiado.

—¿A qué te refieres? —espetó Isabella inmediatamente.

—Pues a que sigue igual que de niño, no quería encajar entonces, ni quiere hacerlo ahora. Lo noté en cuanto entrasteis a la tienda el otro día.

—Eso no es justo, Molly —dijo Connie.

—Digo lo que pienso.

—Claro que intentó integrarse cuando llegó. —Isabella salió en defensa de su amigo—, pero todos lo rechazasteis. ¿Por qué iba él a enterrar un hacha de guerra que jamás levantó?

Connie la miró con el arrepentimiento reflejado en los ojos.

—Yo era una de las que se metía con él y, cuando tuvo que marcharse de Fielding porque no se pudo quedar con tu tía, me sentí fatal. Pero sinceramente, Isabella, no creo que quiera aceptar una disculpa, seguramente ni nos escucharía. Además, ahora no creo que nos necesite mucho; es rico y apuesto a que tiene un montón de amigos sofisticados en Nueva York y en Los Ángeles.

—Bueno, lo que está claro es que se ha hecho amigo de nuestra querida Isabella —comentó Molly con cierta malicia—. Y de Emily,

porque cuida de ella durante el día, ¿verdad?

—Sí, así es —respondió la aludida con orgullo.

—Es un gesto muy generoso —opinó Connie con una dulzura que Isabella agradeció sinceramente.

—¿Y a quién cuida por las noches? —Molly volvió a la carga.

—Supongo que cuidará de su trabajo.

—No, en serio, ¿no te preocupa ni un poquito que tu hija se quede tanto tiempo con alguien como él?

—¿Qué quieres decir, Molly?

—Pues que es un tipo bastante extraño, incluso da un poco de miedo.

Isabella sintió cómo la rabia iba invadiéndole el corazón. Era increíble que los adolescentes de Fielding no se hubieran convertido en adultos. Sabía que su amiga no era mala persona, sólo era un poco inmadura.

—Michael Wulf es un hombre extraordinario —aseveró con firmeza—. Ha cambiado el mundo con su tecnología y para mí es un verdadero honor que me considere su amiga. No hay nadie en quien confíe más para que cuide de mi hija.

Molly se quedó mirando al suelo como una niña a la que acabaran de regañar.

—Lo siento, Isabella. No pretendía ofenderte. Ya me conoces, a veces digo las cosas sin pensar.

—No pasa nada.

—Bueno, creo que debería volver a la tienda —anunció apresurándose hacia la puerta—. Intentaré venir mañana para terminar con el suelo.

Connie se echó a reír en cuanto la otra mujer hubo salido de allí.

—A veces es un poco molesta, pero sabes que es casi inofensiva… a no ser que se te ocurra comer una de sus galletas de chocolate.

Isabella se rió también.

—Sí, recuerdo perfectamente esas galletas —entonces se puso seria y miró a su amiga—. ¿Crees que he reaccionado de manera exagerada?

Connie se encogió de hombros.

—A lo mejor un poco. Pero he de decir que si alguna vez necesito alguien que me defienda, recurriré a ti —y alzando las

cejas añadió—: ¿Sabe Michael que te estás enamorando de él?

El sonido del agua llamó la atención de Michael al acercarse al dormitorio. Se había acercado hasta allí para recoger unos documentos que se había dejado sobre la chimenea la noche anterior, pero el ruido procedente del cuarto de baño lo distrajo. Bella estaba en la bañera. De pronto se le llenó la cabeza de imágenes de su cuerpo desnudo que le provocaron auténticos sofocos. Intentó alejar de sí tales pensamientos. Esa mujer había tenido un bebé hacía menos de dos semanas, él no debería tener fantasías eróticas con ella; en realidad no debía pensar en ella de ninguna manera.

Pero al mirar hacia la puerta entreabierta del baño se sintió mucho más relajado. Allí estaba Bella, con el pelo recogido en una coleta y completamente vestida. Estaba bañando a Emily, que no paraba de chapotear felizmente y de empapar a su mamá, que la miraba extasiada.

Michael intentó permanecer en silencio cerca de la puerta, pero Bella percibió su presencia de algún modo y se volvió hacia él.

—Acércame una toalla y el champú, voy a lavarle el pelo.

Para él aquello no era nada habitual. Podía hacer cualquier cosa que tuviera que ver con *software* o *hardware* y el resultado sería brillante, pero tampoco podía negarse a hacer nada que le pidieran cualquiera de las Spencer. Así que se arrodilló al lado de Bella, se arremangó la camisa y agarró el bote de champú para niños.

—¿Acaso quieres añadir el baño a tus especialidades con los bebés?

—¿Tan previsible soy? —le preguntó él al tiempo que vertía un poco del líquido amarillo en la palma de su mano.

—No, de hecho normalmente eres bastante difícil de interpretar.

—Es la fuerza de la costumbre —dijo frotando suavemente la cabecita de Emily.

—Interesante. Yo pensé que esa actitud distante era elección propia.

Michael se volvió a mirar aquellos ojos chispeantes y de pronto se dio cuenta de dónde estaba: junto a la mujer que le hacía sentir cosas que no quería sentir, bañando a la hija de otro hombre. Y sin embargo, no había otro sitio en el mundo donde hubiera querido estar en ese momento. Bajó la vista hacia Emily, que reaccionó

alzando la manita hacia él. Al rozar los deditos de la niña lo llenó una sensación de placidez y ternura que no había experimentado en toda su vida. La intensidad de tal sentimiento le dio miedo.

—Bueno, princesa —dijo soltándole la mano—, voy a dejar a tu mamá que termine de bañarte —se puso en pie—. Yo tengo que volver a trabajar.

—¿De verdad, Michael? —Los ojos azules de Isabella buscaron la mirada distante de Michael—. ¿No podrías olvidarte del trabajo media hora y… no sé, vivir un poco?

Él torció el gesto. Bella veía demasiado dentro de él y eso no le gustaba.

—Ya vivo bastante bien. Si no me crees, mira a tu alrededor.

—No te estoy hablando de dinero, ni de lo que se puede comprar con él.

—Luego nos vemos, Bella.

—Sí, cuando estés a salvo en tu sillón junto al fuego.

Se detuvo justo antes de salir pero no se volvió a mirarla.

—Voy a dar de comer a Emily y luego voy a acostarla —le dijo Isabella con torno paciente pero firme—. Sara ha dejado carne asada con puré y yo he hecho una tarta de chocolate. Dentro de media hora estaré en la cocina, cena conmigo.

Dentro de Michael estalló otra batalla de la guerra que había comenzado en el momento en el que había abierto la puerta de aquel coche enterrado en la nieve. Esa mujer le estaba pidiendo algo que era mucho más difícil de lo que ella creía. Le estaba pidiendo demasiado.

—Que cenes bien, Bella.

—Enya, Watermark —le dijo Isabella al equipo de música al mismo tiempo que encendía las velas que adornaban la mesa de la cocina.

Aunque en principio no había sido ésa su intención, la habitación tenía un aspecto casi mágico. Había puesto la mesa para dos personas con mantelitos azules, platos de porcelana que, a juzgar por su aspecto, nadie antes había utilizado y copas de cristal fino. Hasta había colocado algunas flores procedentes de la pequeña selva que había en el interior de la casa. A cualquiera que no conociera su verdadera relación con Michael, aquello le habría parecido el escenario perfecto para una cena romántica.

La pregunta de Connie, ésa a la que Isabella no se había atrevido a preguntar, se había quedado dándole vueltas en la cabeza. ¿Sabía Michael que se estaba enamorando de él? ¿Le importaría si lo supiera? Cerró los ojos con impotencia porque sabía la respuesta. No, no le importaría lo más mínimo. Si ni siquiera podía aceptar el cariño de Emily. Parecía incapaz de acercarse a nadie, e Isabella empezaba a preguntarse si algún día cambiaría.

Pasara lo que pasara en el futuro, había decidido celebrar una agradable cena, aunque él no se presentara.

A través del intercomunicador escuchó la respiración acompasada de la pequeña, que se había dormido después de sólo dos canciones y un beso.

—Has ganado la batalla, Bella.

Oyó una voz malhumorada detrás de ella.

—¿Y la guerra? —preguntó sonriendo para sí misma. Al final había acudido, pensó mientras continuaba partiendo el pan de espaldas a él para que no pudiera ver la cara de satisfacción que tenía.

—Eso ya lo veremos.

—¿Y qué es lo que me ofreces a cambio de la paz?

Lo oyó retirar una silla para sentarse y después resoplar.

—Querías saber por qué siempre como solo, ¿no es así?

Isabella se volvió a mirarlo sin ocultar su interés.

—Hasta los quince años —comenzó el relato sin dar la menor muestra de emoción—, no tenía ningún control sobre mi vida. No podía decidir con quién vivía, ni cómo, ni dónde. Cuando estás rodeado de otros chavales tan hartos de todo como tú, apenas se puede respirar. No hay espacio ni nada que te pertenezca exclusivamente a ti. Un día empecé a llevarme mi comida al dormitorio o al jardín, allí podía comer tranquilo sin que nadie me molestara. Era el único momento del día realmente mío.

Isabella estaba estupefacta, apenas podía creer que estuviera contándole aquello. Se moría de ganas de lanzarle los brazos al cuello y demostrarle lo honrada que se sentía de que hubiera querido compartir eso con ella, pero sabía que él habría odiado tal demostración de afecto. Así que se limitó a acercarse a él con un plato de carne asada y preguntarle:

—¿Y ahora?

Podría, haberle atravesado el alma, con aquella mirada.

—Por algún motivo, cuando estoy contigo sí que puedo respirar.

¿Qué era aquello? ¿Estaba diciéndole que se sentía a gusto con ella? ¿Podía respirar porque eran amigos… o estaba hablando de algo más?

Con mano temblorosa le puso el plato delante y después le llenó la copa de sidra.

—¿Algo más? —le preguntó.

Él levantó la mirada y se quedó con los ojos fijos en su boca.

—¿Qué me ofreces, Bella?

Su primer impulso era inclinarse sobre él, besarlo sin parar y después decirle: «Esto es lo que te ofrezco, o lo tomas o lo dejas». Pero tenía demasiado miedo a que optara por dejarlo, así que lo que hizo fue dejar de mirarlo y sentarse al otro lado de la mesa.

—Te ofrezco buena conversación —dijo por fin—. Y una comida estupenda.

Deseó con todas sus fuerzas que siguiera con el tema, pero no lo hizo y finalmente dejó de mirarla.

—¿Qué tal vas con la tienda?

Le agradeció de corazón el tono distendido puesto que ambos lo necesitaban. Sobre todo él, que estaba a punto de comenzar su primera comida acompañado.

—La verdad es que todavía no me he puesto con ella, sigo con el apartamento.

—¿Demasiados descansos?

Isabella sonrió tímidamente.

—Es que tengo que venir a controlaros a Emily y a ti, por si acaso lo pasáis demasiado bien sin mí.

—Si así fuera, jamás te enterarías.

—¿Cómo?

—Verás —comenzó a decir él con repentina seriedad—, cuando no estás viene a distraerla todo un circo con trapecistas y todo; y después solemos bailar un poco, cosas como los Rolling Stones.

Isabella se echó a reír.

—¿Y cuando estoy en casa?

Michael se encogió de hombros y tomó un bocado de carne con total tranquilidad.

—Entonces se acaba el espectáculo y Emily se va a dormir.

Ella lo miró herida antes de protestar.

—¿Y para mí no hay circo?

—Lo siento —su mirada se paseó por el rostro de ella con una intensidad que hizo que Isabella se sintiera turbada—. Es que tú nunca estás satisfecha, cariño.

Ahora estaba mucho más que turbada, la invadió una ola de calor y la boca se le quedó seca como la arena. ¿Cómo podía dejarla desarmada en sólo dos segundos? No era justo, porque él estaba jugando pero ella no entendía las reglas del juego.

En ese instante se arrepintió de haberlo convencido para que rompiera la costumbre de comer solo, que era mucho menos arriesgada. Quizá él pudiera respirar cuando estaba con ella, pero ella se quedaba sin aire con sólo mirarlo.

Lo que cada vez estaba más claro era que si quería marcharse de esa casa con el corazón intacto, iba a tener que darse prisa en arreglar su apartamento. El problema era que no quería dejar aquella casa, ni quería dejarlo a él.

—He oído que hoy me has defendido —le dijo de pronto sacándola de su ensimismamiento.

—No sé de qué hablas.

—¿Estás segura?

Vaya. Parecía que la encantadora Sara había oído más de lo conveniente.

—O sea que no habéis estado hablando de lo mucho o lo poco que yo había cambiado a lo largo de los años.

Isabella dio un trago de sidra para ganar tiempo.

—Y nadie ha comentado que me había vuelto más raro…

—Nadie te ha llamado raro, lo que dijeron…

—Cuéntame que es lo que dijeron.

Dejó los cubiertos sobre la mesa y resopló desesperada.

—Ya sabes lo que ocurre, Michael. La gente no te conoce, eso es todo.

—Ni falta que hace que me conozcan —el gesto provocador desapareció de su rostro y en su lugar apareció la rabia. Había vuelto a perderlo.

—A lo mejor sí, a lo mejor también si ti te vendría bien conocerlos.

—¿Por qué demonios iba yo a querer conocer a esa gente?

—Para dejar atrás el pasado, como debe ser —afirmó ella tajantemente y luego matizó—: O al menos empezar a hacerlo. Michael, se que eran unos niños estúpidos e ignorantes.

—¿Y ahora que son?

—Ahora son gente normal con defectos, como todo el mundo, pero sin la menor intención de atacarte.

Al escuchar aquello se echó a reír con amargura.

—¿Es que nunca te sientes solo aquí?

—No cuando estáis Emily y tú.

—Pero Emily y yo no estaremos aquí siempre —las palabras salieron de su boca sin que pudiera controlarlas y se quedaron flotando en el ambiente.

El momento de tensión se rompió cuando se oyeron los llantos de Emily e Isabella tuvo que ponerse en pie.

—Voy a ver qué le pasa.

—Yo me encargo de recoger aquí —murmuró él.

Mientras se alejaba, Isabella pensaba que tenía que quitarse de la cabeza la idea que la había obsesionado desde que lo conoció; siempre había deseado poder curar las heridas de aquel hombre y ayudarlo a que saliera al mundo. Pero estaba claro que Michael Wulf no deseaba ser salvado y estaba convencida de que cuanto más lo intentara, más le costaría recuperarse después.

Emily sólo necesitaba un cambio de pañal y que le dieran de comer, así que después de hacer ambas cosas. Isabella se puso el camisón y se metió en la cama. Estaba todavía despierta cuando Michael llamó a la puerta.

—Pasa —respondió ella.

—Vendré más tarde —sugirió al ver que estaba completamente despierta.

—No —se atrevió a decir después de tragar saliva. Algo le dolía por dentro al pensar que se iba a alejar de ella. Necesitaba tenerlo cerca—. ¿Por qué no enciendes la chimenea y te quedas?

Se quedó inmóvil unos segundos, apretando los dientes con fuerza mientras decidía qué debía hacer. Por fin cruzó la habitación y se puso manos a la obra con el fuego, que no tardó nada en prender. Después se sentó estirando la pierna con un gesto de dolor.

—Esta noche has venido muy pronto —le dijo ella con suavidad —. Normalmente no apareces hasta pasada la media noche.

—Es cierto —se limitó a contestar.

En el silencio se oía el crepitar del fuego y dentro de la cabeza de Isabella se podía escuchar una sucesión de: «¿Lo hago? ¿No lo hago?». Finalmente decidió arriesgarse a preguntarle algo que llevaba pensando desde la noche que nació Emily.

—¿Michael?

—¿Si?

El corazón le daba botes dentro del pecho.

—¿Por qué no completas la noche de cambios?

La miró fijamente, estaba increíblemente guapo a la luz del fuego.

—¿Qué quieres decir?

Pronto se marcharía de aquella casa y ya no podría disfrutar de esos mágicos momentos, era ahora o nunca.

—Duerme conmigo.

Michael se quedó sin expresión en el rostro.

—Podemos compartir la cama —aclaró ella—. Si tú insistes en quedarte en la habitación, yo insisto en que dejes que te descanse la pierna.

Él volvió el rostro y perdió la mirada en la chimenea mientras ella se moría de vergüenza. ¿Cómo se había atrevido a hacer algo así? Si quería ponerse en ridículo, habría sido más fácil ir a la ciudad y desnudarse en mitad de la calle. Eso al menos habría resultado menos humillante.

—Buenas noches, Michael —susurró después de apagar la lamparita y darse media vuelta.

No hubo respuesta, ni siquiera se oyó ningún ruido hasta que, unos segundos después, Michael se puso en pie y caminó hasta la cama. Ella aguantó la respiración hasta que notó que se había tumbado a su lado, por encima de la colcha y completamente vestido. Pero podía sentir su calor.

—Buenas noches, Bella —dijo entonces al tiempo que le pasaba el brazo por la cintura.

Unos minutos después, se acercó un poco más hasta eliminar la pequeña distancia que había entre ellos. Isabella recostó la cabeza sobre su hombro y supo con total certeza que aquel breve instante de placer jamás sería suficiente.

Capítulo 7

El sol de la tarde inundaba la habitación con su luz amarilla. Michael tenía la mirada fija en la pantalla del ordenador y los dedos en el teclado.

Nada.

Era la primera vez que le ocurría algo así. Normalmente las palabras fluían como un torrente cuando tenía que explicar un proyecto. Sin embargo ese día estaba completamente bloqueado.

Entonces oyó el llanto de Emily a través del intercomunicador que descansaba al lado del teclado, pero lo que le sorprendió fue escuchar la voz de Bella intentando tranquilizar a la pequeña. Su primer impulso fue ponerse en pie e ir a verlas, pero le detuvo el sentido común que le decía que aquello no era lo más adecuado. Después de dos semanas durmiendo en la misma cama y cenando juntos, habían creado una rutina demasiado peligrosa.

No importaba lo a gusto que estaba cuando se tumbaba a su lado y percibía su olor y su calor, o las ganas que tenía de acercarse aún más y volver a probar el sabor de su boca. El caso era que ellos tres no eran una familia. Emily y Bella eran sólo dos personas a las que había jurado proteger. Y eso incluía protegerlas de sí mismo.

Pronto acabaría todo aquello porque, según le había contado Bella, el apartamento y la pastelería estaban casi a punto, lo que significaba que no tardarían en marcharse.

El ruido del ascensor lo sacó de sus pensamientos. Bella acostumbraba a subir libremente y sin aviso; muy a su pesar, Michael esperaba aquellas visitas sorpresa con auténtica

impaciencia, aunque jamás podría decirle tal cosa. Pero lo que vio al abrirse la puerta del ascensor no fue una bella rubia de ojos azules como el agua.

—Hola, Michael.

—¿Qué haces aquí, Thomas?

—¿Éste es tu despacho? —preguntó el doctor Pinta muerto de curiosidad.

—Sí —respondió Michael secamente—. ¿Cómo has subido hasta aquí?

—Isabella me acompañó hasta el ascensor.

—Claro —dijo en una especie de gruñido—. Esa mujer ha invadido mi vida —y él estaba encantado, pero no podía contarle a nadie tan triste verdad.

Thomas se sentó en el sillón que había frente a Michael y lo miró con una sonrisita traviesa.

—Siempre puedes pedirle que se vaya.

—Su apartamento todavía no está preparado.

—¿Y tú estarás preparado para dejarlas marchar cuando lo esté?

—Por supuesto —respondió con demasiada vehemencia—. Esto de dejarlas quedarse aquí no ha sido más que… —hizo una pausa buscando la palabra.

—¿Qué? ¿Una buena acción? —sugirió el doctor en tono provocador.

—Algo así.

Pinta asintió sin convicción.

—Entonces, ¿qué vas a hacer en Acción de Gracias?

—Lo misino que todos los años.

—¿Encerrarte en casa?

—Trabajar.

Thomas se echó a reír.

—Claro.

—Normalmente trabajo hasta media noche, Dero…

—¿Este año a lo mejor lo dejas a media tarde?

—Iba a decir que a lo mejor descanso un par de horas. Puede que cene con Bella y…

—Isabella y Emily van a venir a cenar a mi casa.

—¿Ah sí? —dijo Michael después de una pausa durante la que no pudo ocultar el efecto que le había causado la noticia. Además se

dio cuenta de que había sido un tonto por dar por sentado que Bella se quedaría allí con él al día siguiente. Pero ¿qué podía hacer? Tendría que seguir repitiendo su último mantra: «son sólo mis invitadas y pronto se marcharán». Así que no era cosa suya dónde y con quién pasaran el día de Acción de Gracias.

—Así que si puedes apartarte del trabajo por un día, te esperamos en casa. No va a ser una gran cosa, sólo la familia.

Aunque siempre se había llevado bien con Thomas su relación no había pasado de la cordialidad, nunca había entrado en el terreno de la verdadera amistad. Y no era porque el doctor y su esposa no lo hubieran invitado a su casa multitud de veces, el caso era que Michael no estaba dispuesto a participar en ninguna celebración familiar.

—Gracias por la invitación, pero no creo que pueda.

—Bueno, por si cambias de opinión…

—No, no lo haré.

Thomas asintió y, dándose media vuelta, se dirigió de nuevo hacia el ascensor.

—A mí me encanta el día de Acción de Gracias, nos recuerda que todos en este mundo tenemos cosas que agradecer, ¿no crees?

El ascensor se cerró al terminar de decir esas palabras, pero Michael se quedó mirando la puerta que lo había aislado del resto del mundo, hasta la llegada de Bella.

Con un suspiro volvió a centrarse en el trabajo. Trabajo, eso era lo que tenía que agradecer y no necesitaba ningún día para recordarlo.

—Tienes que pelarlas, Michael —le pidió Isabella sin dejar de reír y sacando de un cajón el pelador. Era curioso pero ella parecía conocer los entresijos de aquella cocina mucho mejor que su propietario.

—No sé qué hago ayudándote a preparar un postre que ni siquiera voy a comer —protestó él mientras pelaba las manzanas.

—Yo tampoco lo sé —respondió alegremente—. ¿Por qué no te vas a trabajar?

—Estoy ideando un proyecto, así que en realidad ahora mismo estoy trabajando.

Así eran ellos. Uno excesivamente gruñón y la otra excesivamente alegre. Isabella pensaba que eran complementarios y

se ayudaban el uno al otro a encontrar el equilibrio. Durante el día ambos trabajaban y cuidaban de Emily, y por las noches Michael le leía una historia a Emily hasta que se quedaba dormida mientras Isabella preparaba la cena. Seguían durmiendo juntos y, aunque intentaban no rozarse, todas las mañanas amanecían acurrucados el uno al otro.

Isabella intentó, mediante una conversación sin importancia, deshacerse del acaloramiento que le provocaba imaginárselo en la cama junto a ella:

—¿Por qué no quieres venir esta noche a la cena de Acción de Gracias? Y no me digas que es por el trabajo.

—Pero es que sí es por el trabajo.

—Vamos, hoy todo el mundo está de vacaciones.

—Yo no creo en las vacaciones.

—¿Qué quieres decir con que no crees en las vacaciones? Tú celebraste la Navidad con papá y conmigo.

—Sólo dispongo de dos semanas para entregar el proyecto —dijo cambiando de estrategia y sin levantar la vista de las manzanas—. No me puedo permitir perder más noches.

En realidad no engañaba a nadie con esa excusa tan pobre. Todas las noches que había cenado con ella no habían ido en detrimento de su trabajo.

—A lo mejor yo puedo ayudarte.

—¿Cómo ibas tú a ayudarme?

Vaya. Ésa sí era una pregunta a la que le gustaría responder sinceramente, pero era mejor ir paso a paso.

—¿Si yo te ayudo a solucionar los problemas que estás teniendo con ese *software*, vendrás con nosotras a la cena en casa de los Pinta?

Michael arqueó las cejas sin saber qué decir.

—Vamos, dame al menos una oportunidad —insistió ella—. Yo tengo magníficas ideas.

No la sorprendía lo más mínimo haberlo dejado sin palabras, de hecho lo que la sorprendió fue que se pusiera a darle explicaciones:

—Veras, el *software* que he creado está destinado a poder controlar las funciones domésticas a través de Internet. En mi propuesta se incluía el poder subir y bajar el termostato, activar la alarma o regar las plantas y el jardín.

—Parece una idea estupenda —opinó Isabella mientras ponía las manzanas ya troceadas sobre la crema del pastel.

—A mí no me parece suficiente. Quiero añadir algo que permita que los padres pasen más tiempo con sus hijos. No sé, todo el mundo está tan ocupado, especialmente las madres, que pensé que si se pudiera hacer más rápido las cosas básicas, como preparar el baño o cosas así, luego se podría pasar más tiempo bañando al niño, que es lo realmente importante.

—Sin duda.

—Pero necesito más ideas.

—Entiendo —su mente se puso a trabajar mientras engrasaba el molde para el pastel y después lo llenaba con la crema de manzana —. Lo que es seguro es que yo puedo darte el punto de vista de una madre. A ver… ¿qué te parece un dispositivo que nos permitiera empezar a calentar el biberón antes de llegar a casa? O una especie de inventario que controlara el número de pañales que se utiliza y qué cosas hay que comprar, como una lista de la compra online. —Isabella estaba entusiasmada con todo lo que se le estaba ocurriendo, tanto que tardó en volver a mirar a Michael.

Él no dijo nada durante varios segundos, simplemente la miró, lo que hizo que Isabella empezara a preguntarse si lo que había sugerido era una tontería. Pero entonces se acercó más a ella, puso una mano a cada lado, dejándola acorralada contra la encimera y entonces ya rió pudo pensar más.

—¿Alguna vez te han dicho lo inteligente que eres? —le preguntó con un susurro sin dejar de mirarla a los ojos.

Se sentía completamente atrapada por el hombre más *sexy* que había conocido en toda su vida.

—Sólo un par de veces.

Sus ojos se centraron ahora en su boca.

—¿Y también te han dicho lo guapa que eres?

Isabella tragó saliva, pero no consiguió que le saliera la voz. Quería besarlo. Sólo una vez, después se marcharía feliz. Pero ¿a quién quería engañar? Un beso nunca le parecería suficiente. Aunque al menos sería un comienzo.

Michael pareció tomarse su silencio como un rechazo.

—Lo siento.

—¿Qué es lo que sientes? —Intentó que su voz pareciera

relajada—. ¿Decirme cosas agradables?

Michael tenía los ojos cerrados y el rostro en tensión.

—Es que te habrá parecido que estaba intentando ligar contigo.

—¿Y tú jamás intentarías algo así?

—Escucha, Bella, tú mereces mucho más que…

Isabella lo detuvo levantando una mano.

—Tengo muchas cosas que hacer, Michael —no tenía el menor interés en oír sus excusas para no tocarla, le daba igual lo nobles o sensatas que éstas fueran. Después del desastre de matrimonio que había tenido, sólo quería algo de verdad. Quería un hombre que la deseara y que no tuviera miedo de admitirlo—. Si me perdonas —añadió separándose de él.

—Está bien. Me voy —contestó con tristeza—. Pero te veré luego.

Sí, la vería después en la cama, se tumbaría a su lado sólo con la intención de protegerla mientras hacía que las hormonas la martirizaran y que su cuerpo entero se muriera de deseo por algo que no podía tener.

Tenía que marcharse de allí cuanto antes, porque lo que había empezado como una fantasía se estaba convirtiendo en una verdadera tortura.

Michael se quedó unos minutos a la puerta de casa de los Pinta con unas flores en una mano y una botella de la sidra que tanto le gustaba a Bella en la otra. Sara le había preparado un pavo relleno antes de marcharse a celebrarlo con su familia, pero él lo había metido en el frigorífico y se había ido de casa.

Había intentado convencerse a sí mismo de que estaba allí porque se lo debía a Bella, las ideas que le había dado con tanta facilidad tenían tanta fuerza que iban a hacer de su proyecto un auténtico éxito. Sin embargo, había una vocecilla dentro de él que le decía algo muy diferente: ya no podía seguir comiendo solo, o más bien era que ya no podía comer sin ella. En cualquier caso, estaba claro que estaba metido en un lío.

Al abrirse la puerta, se encontró con Thomas al otro lado.

—Has venido —le dijo con una enorme sonrisa.

—No me lo restriegues —gruñó Michael.

El doctor Pinta no dejó de reír mientras acompañaba a su invitado al interior de la casa. La primera parada fue la cocina,

donde pudo darle las flores a Ruth y conocer a Kyle, su hijo pequeño. Michael les dio las gracias por invitarlo y prosiguió su camino hacia el cuarto de estar. Allí estaba Bella, más bella que nunca con el pelo suelto y ligeramente maquillada, hablando con Derek, el otro hijo de los Pinta. Ambos muchachos habían sido buenos atletas durante el instituto y no se habían dedicado a meterse con Michael como el resto.

Derek llevaba varios años trabajando como abogado en Minneapolis y desde luego tenía aspecto de dedicarse a lo que se dedicaba: traje informal pero carísimo. Michael comprobó con cierta rabia que tenía en brazos a la pequeña Emily, que no dejaba de gimotear. Además, los dos adultos parecían estar muy a gusto juntos. Sabía que cabía la posibilidad de que algún día Bella encontrara a otro hombre y que éste acabara convirtiéndose en padre de Emily, pero desde luego ese día todavía no había llegado. Mientras siguieran viviendo en su casa, él no permitiría que eso sucediera.

—¡Qué sorpresa! —exclamó Bella al tiempo que Derek y ella se ponían en pie para saludarlo.

—Teníamos un trato, ¿no? —contestó Michael sin poder dejar de mirarla. Sólo había pasado un mes y ya había recuperado su figura por completo. ¿Acaso no podía haber tenido un poco de compasión con él?

—No estaba del todo segura.

La niña continuaba gimoteando y, cuando pasó a brazos de su madre, los gimoteos se convirtieron en un llanto desesperado.

—Déjame a mí —le pidió Michael.

La niña permaneció en sus brazos satisfecha a lo largo de toda la cena. De vez en cuando Bella se ofreció a relevarle pero su excusa fue siempre la misma: Emily estaba muy a gusto donde estaba.

Nadie hizo el menor comentario sobre la sorprendente aparición de Michael en una reunión social, y él se sintió como si fuera algo que hiciera todos los días. Odiaba admitirlo, pero lo cierto era que se trataba de una gente estupenda sin intenciones ocultas. Durante la cena charlaron de todo tipo de ternas e incluso contaron chistes. Pero con el postre llegó el cinismo de Michael.

—Antes de probar el delicioso pastel de Bella —comenzó a decir el anfitrión—, cada uno tiene que decir por qué está agradecido. Es

la tradición —añadió como explicación para Michael.

—Por mi salud —comenzó Ruth.

—Yo estoy enormemente agradecida por mi hija —continuó diciendo Bella.

—Por el relleno de cebolla y salvia que le ha puesto mamá al pavo —dijo el pequeño de los Pinta.

—Por que estéis aquí todos vosotros —afirmó Thomas mirando a todos y cada uno de los reunidos.

—Por las demandas colectivas —dijo Derek sin inmutarse.

Todos estallaron en una gran carcajada durante la cual Michael deseó con todas sus fuerzas que se hubieran olvidado de él, pero de pronto se dio cuenta de que las miradas estaban fijas en él.

—Vamos, muchacho —le pidió Thomas todavía riendo—. Date prisa, que me muero de ganas de probar este pastel.

En los últimos quince años, siempre había sabido dar la respuesta más inteligente hasta a las preguntas más comprometedoras, pero delante de esas personas le resultaba muy difícil mentir.

—Si no os importa, preferiría no contestar —nadie dijo nada, simplemente lo observaron mientras que él le lanzaba a Bella una mirada que era una petición de auxilio.

—Está bien —dijo ella por fin—. Pero el año que viene tendrás que darnos una respuesta.

Todos quedaron satisfechos y se dispusieron a disfrutar del postre, todos menos Michael, que no podía dejar de mirar a su ángel de la guarda. Lo había vuelto a hacer, había vuelto a salvarlo sin el menor esfuerzo aparente. Fue entonces cuando se dio cuenta de que jamás podría pagarle todo lo que había hecho por él. Era una deuda que nunca podría saldar.

Cuando hubo dado de mamar y acostado a Emily, Isabella agarró el intercomunicador y se dirigió hacia el ascensor por el que había subido Michael hacía unas horas, nada más llegar de la cena. Había sido una sorpresa muy agradable verlo aparecer en casa de los Pinta, pero sobre todo se había alegrado de que diera un paso más en su vida.

Eso hacía que lo que iba a decirle resultara un poco más fácil. Pero sólo un poco.

Oyó la música ya antes de que se abriera la puerta del ascensor.

Ante sus ojos se encontró a Michael, ataviado sólo con un pantalón de deporte, tumbado en un banco de ejercicios y levantando pesas.

—¿Quieres público? —le dijo acertándose hasta él.

—No, no eso precisamente lo que quiero —respondió sin dejar de subir y bajar las enormes pesas.

Isabella notó cómo todo su cuerpo se acaloraba por efecto de sus palabras. No podía dejar de observarlo: abdominales marcados, brazos fuertes y el sudor recorriéndole la piel. Como no podía dar rienda suelta al deseo que sentía en aquel momento, pensó que lo mejor era decirle lo que había ido a decir.

—Pues tú te lo pierdes, Wulf. Ésta es la última noche que vas a poder tenerme como público.

—¿Tú última noche? —repitió él dejando las pesas en su sitio e incorporándose para hablar con ella.

—Sí. Emily y yo nos iremos mañana.

—¿Ya está listo el apartamento? —Le dio la sensación de que le temblaba ligeramente la voz.

—En realidad está listo desde hace ya unos días, pero…

Michael se puso en pie y se limpió el sudor de la cara y del pecho con una toalla.

—¿Pero qué?

Isabella siguió el movimiento de la toalla con ojos envidiosos. No volvería a tener oportunidad de mirarlo tan libremente. No había ningún motivo para decirle que se había quedado más de lo necesario sólo por estar con él un poco más. Tenía que dejar de perder el tiempo y buscar un amor de verdad.

—Bueno, creo que me voy a la cama —dijo cambiando de tema con tristeza en la voz—. Estoy muy cansada.

—Yo también, Bella… Estoy realmente cansado —contestó él con tal expresión en los ojos que ella no pudo hacer otra cosa que seguir mirándolo.

—Será por las pesas.

—No, no es por eso.

—Habrá sido la cena entonces.

—Estoy cansado de fingir que no te deseo —admitió agarrándola del brazo y acercándola a él—. Bella…

—¿Qué? —Su voz estaba cargada de deseo y ansiedad. Estaba siendo tan injusto. ¿No se daba cuenta de lo débil que era ante él?

¿De lo fácil que le resultaría hacerle daño?

Tenía el rostro demasiado cerca de ella, su mirada era demasiado profunda. Isabella aguantó la respiración mientras notaba cómo el calor procedente de su pecho le traspasaba la ropa.

—Estoy agradecido por ese día de octubre en el que una tormenta de nieve se hizo interminable —afirmó acercándose a ella y besándole la boca suavemente—. Estoy agradecido porque me dejaras traer a Emily al mundo —sus ojos no se apartaban de los de ella, pero sus dedos se fueron deslizando por el cuello hasta llegar a los botones de la blusa, que empezó a desabrochar uno a uno.

Isabella sintió un escalofrío tan intenso como una descarga eléctrica.

—Estoy agradecido porque volvieras a mi casa una segunda vez —le quitó la camisa del todo y la tiró al suelo—. Y estoy agradecido porque hayas subido aquí esta noche y no te hayas alejado de mí.

¿Estaba hablando en serio?

—Nunca me alejaría de ti, Michael —dijo ella por fin—. Jamás.

Con un suave movimiento la despojó del sujetador.

—Me estabas volviendo loco, Bella.

—Por fin —susurró ella al tiempo que lo rodeaba con los brazos y hacía que su boca bajara hasta sus pechos.

Era lo más dulce que había sentido jamás. Mucho más intenso de lo que podría haber imaginado o soñado. Su lengua se movía con suavidad por su pezón endurecido por la excitación.

—Bella, dime que esto está bien.

Estaba más que bien. Seguramente estaba loca por abandonarse a un hombre que jamás podría amarla, pero en aquel momento nada le importaba.

—Está muy bien, Michael.

Sus ojos se llenaron de pasión mientras le desabrochaba la falda y pedía que las luces se suavizaran.

Capítulo 8

Michael era consciente de que se había dejado llevar por el deseo, y no se había detenido a pensar porque de otra manera se habría dado cuenta de que era un error. Bella era su amiga, aunque en ese momento nada más alejado de su cabeza que la amistad. Lo único que quería en ese momento era hacerla sentirse bien y darle todo el placer que merecía, ya sufriría las consecuencias más tarde.

Su boca lo llamaba y él respondía con sus besos. La mitad inferior de su cuerpo se puso en tensión cuando ella comenzó a juguetear con su lengua. Hacía sólo unos minutos lo habría creído imposible, no habría podido creer que llegaría a sentir tal necesidad. Pero se trataba de Bella, la mujer que no había dejado de sorprenderlo en el último mes.

Le quitó la falda y después las medias, hasta que la tuvo ante sí con sólo unas braguitas de encaje azul. Una ligera sonrisa se dibujó en sus labios y en sus ojos se podía apreciar el mismo deseo que lo estaba consumiendo a él. Ver sus emociones reflejadas en ella hizo que el corazón de Michael empezada a latir como si quisiera escapársele del pecho. Nadie le había llegado al alma de la manera que lo hacía Bella.

—He imaginado esto tantas veces —confesó con frustración.

—¿En serio? —le preguntó ella sin dar crédito a lo que oía.

—Todas las noches, durante toda la noche. Y también durante el día…

—Dime qué imaginabas —le pidió mientras se despojaba de la única prenda que le quedaba puesta.

El poco autocontrol que le quedaba lo abandonó inmediatamente. La levantó en brazos y la llevó hasta el escritorio, de donde barrió todos los papeles de un manotazo.

—¿Quieres saber lo que imaginaba? —le preguntó sentándola en la suave superficie del escritorio. Después él se sentó en el sillón de piel que había justo enfrente y lo acercó hasta que los reposabrazos chocaron con el borde de la mesa—. Pues imaginaba que mis manos se llenaban de ti sin dejar de mirarla a los ojos, le agarró las nalgas con ambas manos.

—¿Y después? —lo provocó ella con la voz entrecortada.

—Te imaginaba abriéndote a mí.

Bella se humedeció los labios con la lengua.

—¿Y entonces?

La acercó un poco más a él.

—Mira —dijo con una ligera sonrisa, y acto seguido bajó la cabeza y saboreó el paraíso.

Isabella se deshizo en gemidos mientras notaba la lengua de Michael pasearse por lo más sagrado de su cuerpo. Estaban rodeados de ventanas sin cortinas, de modo que sus acciones se encontraban expuestas al mundo. Nadie podía verlos en un lugar tan apartado como aquél, y aun así, había cierta carga erótica en el riesgo de ser observados.

Nunca en su vida había confiado tanto en un hombre. Nunca se había entregado de esa manera. Pero se trataba de Michael, el hombre al que amaba, que estaba haciendo que le faltara la respiración, que los pezones se le pusieran duros como el acero y que en su interior fluyera una increíble corriente de placer. Aquella sensación le resultaba tan ajena que al principio le dio miedo, pero cuando miró hacia abajo y lo vio moverse con tal suavidad, el miedo dejó lugar al placer y la mente se le quedó en blanco.

De pronto notó cómo él metía un dedo dentro de ella con extrema suavidad. Y entonces ocurrió algo increíble; fue como si en su cuerpo se hubiera desatado una tormenta que sólo él con sus movimientos podía intensificar y que finalmente solo él podría calmar.

No podía dejar de gemir. Se sentía salvaje como una leona que hubiera localizado a su presa. El instinto se apoderó de ella y le hizo presionar su cuerpo contra él. Quería entregarse a Michael por

completo, quería que supiera que nadie podía hacerla sentir de aquel modo, pero ni siquiera era capaz de hablar.

Pronto se rindió al placer y se dejó llevar por las maravillosas sacudidas del orgasmo, una especie de calambres que le recorrieron el cuerpo desde lo más profundo. Tal éxtasis acabó por debilitarse y, sin embargo, Michael no se retiró sino que prosiguió con sus mágicos movimientos hasta llevarla a un segundo clímax. Y cuando llegó el momento, Isabella gritó de placer y finalmente cayó exhausta sobre el escritorio.

Tenía la sensación de ser ligera como una pluma a la que arrastraba el viento, pero poco a poco volvió a la realidad y fue capaz de hilar un pensamiento: el amor que sentía por Michael jamás desaparecería porque era suya para siempre.

Por fin se encontró con fuerzas para abrir los ojos. Allí estaba él, con el pelo alborotado, el torso sudoroso y la entrepierna de los pantalones abultada por la excitación. Lo que más deseaba era tocarlo, notar su peso sobre ella, sentirlo dentro de su cuerpo. Quería hacerle sentir lo que sentía ella en ese momento. Estiró la mano e intentó tirar de él.

Pero la expresión de su rostro la detuvo. Las arrugas que tenía alrededor de la boca le dieron a entender que no estaba dispuesto a permitirse disfrutar del mismo placer que le había hecho sentir a ella. Sólo con el brillo de sus ojos habría podido impedir que alguien se le acercara. A Isabella se le desgarró el corazón al ver que Michael había vuelto a encerrarse en sí mismo.

De pronto se sintió desprotegida, y no sólo porque no llevara ropa.

—No lamento lo que acaba de suceder —dijo él dándole la espalda—. Ya nunca podrás decir que…

Se puso la ropa tan pronto como pudo, con la esperanza de que eso le diera fuerzas para soportar aquello.

—¿Qué? ¿Qué no podré decir? —le preguntó alterada.

—Que no te deseo, o que no te veo como una mujer. Ya ves que no es así —sin dejar de mirar por la ventana, soltó un resoplido de frustración—. Cuando estoy contigo no soy capaz de protegerme.

Por un momento quiso creer que esa confesión era un cumplido, pero no era tan tonta. Sabía que lo que ocurría era que le daba miedo sentirse apegado a algo o a alguien. Mientras la cabeza le

decía que saliera de allí y le demostrara la rabia que había desatado en ella, su corazón y el amor que lo llenaba la impulsaban a ofrecerle consuelo y apoyo. Se acercó a él y le puso la mano en el hombro.

—Michael, sé que…

—Quizá sea una suerte que te marches mañana. Aquí no hay nada bueno para ti.

Retiró la mano de su hombro.

—Puede que todavía no te hayas dado cuenta, pero yo no te estoy pidiendo nada.

—Pues deberías, tienes derecho a exigir, Bella. Emily y tú merecéis un hombre que crea en el amor y en los finales felices —tenía las manos apoyadas en el cristal por encima de la cabeza—. ¿Has visto los cuadros que hay en las paredes de este despacho?

Isabella se volvió a mirar los grabados en los que ya se había fijado la primera vez que entró a aquella habitación.

—Sí, ya los había visto.

—Están ahí para recordarme que eso es lo más cerca que voy a estar de los cuentos de hadas.

Hablaba con una amargura que hizo que ella se diera cuenta de que estaba demasiado cansada.

—Creyendo eso harás que se cumpla.

Se dio la vuelta y lo dejó allí junto a la ventana. Lo amaba hasta el punto de causarse dolor, pero no iba a quedarse allí a suplicarle que olvidara el pasado de una vez por todas.

Si alguna vez cambiaba de opinión y decidía que quería encontrar el verdadero amor que ella le ofrecía, ya sabía dónde encontrarla. En el mundo de los vivos.

La misma carretera, el mismo coche, el mismo conductor y el mismo pasajero. Pero esa vez no había nieve.

Michael iba mirando por la ventanilla del coche con la esperanza de ver a Bella a un lado de la carretera, pero no estaba allí. Seguramente estaría encantada en su pastelería deleitando a la ciudad entera con sus creaciones.

Habían pasado dos semanas durante las cuales había intentado dejar de pensar en ella y en Emily. Claro que los continuos comentarios de Thomas sobre lo bien que le iba con el nuevo negocio no lo habían ayudado mucho. Por supuesto que se alegraba

de que todo le estuviera saliendo bien, pero eso no hacía más que recordarle lo vacía que se había quedado la casa… y lo vacío que se había quedado también él.

A la semana de que se hubieran marchado, había hecho las maletas y se había ido a California con la esperanza de que eso le hiciera olvidar la agonía durante al menos unos días. Desgraciadamente, el director de Micronics, la empresa a la que le había vendido su proyecto, había insistido en llevarlo a hacer turismo. Allá donde fueron, desde el océano hasta Hollywood, todo lo que vio le hizo desear aún con más fuerza que Bella y Emily estuvieran allí con él. Había llegado a sentir celos de los habitantes de Fielding, porque ahora eran ellos los que disfrutaban de la maravillosa presencia que le había alegrado la vida a él durante casi un mes.

Se recostó sobre el asiento de cuero del coche y sintió rabia. Echaba de menos su risa y su costumbre de discutir con él por todo y por nada. Hasta añoraba sus interrupciones cuando subía a verlo al despacho cada diez minutos. Y el recuerdo de ella sobre su escritorio…

Había sido incapaz de trabajar desde aquella noche y sin embargo seguía teniendo la esperanza de que pronto conseguiría quitársela de la cabeza, tenía que hacerlo. Quizá cuando la viera en sólo unos minutos para agradecerle su maravillosa contribución al proyecto, a lo mejor entonces se daría cuenta de que el hechizo por fin había desaparecido.

No, en realidad sabía que eso era del todo imposible. De hecho, sólo con aproximarse a la pastelería el corazón empezó a latirle con una aceleración inusitada. Lo primero que vio al bajarse del coche fue un cartel en el que se rogaba silencio porque hay un bebé durmiendo.

Dios, añoraba… todo lo relacionado con ellas. Abrió la puerta con sigilo y enseguida le llegó el delicioso aroma del chocolate y las frutas. Al otro lado del mostrador se encontraba la mujer más bella del mundo, con su pelo rubio recogido, las mejillas sonrojadas y un delantal blanco. Estaba atendiendo a la vieja señora Boot.

—Con esto son dos dulces de caramelo, cuatro delicias de frambuesa, siete diamantes negros y una bomba de nata, ¿correcto?

—Sí, creo que Ed y yo tendremos suficiente hasta el lunes —

respondió la mujer sonriente.

—¿Cuatro días? —respondió Bella levantando la barbilla como si realmente estuviera calculando—. No sé, no sé —siguió bromeando mientras le ponía otras dos bombas de nata—. Éstas son a cuenta de la casa.

—Gracias, querida —en ese momento la señora Boot se volvió hacia la puerta y vio a Michael—. No sabría decirte si es un ángel o un demonio —dijo con una risilla traviesa.

—A mí mismo me cuesta saberlo —respondió Michael al tiempo que se aproximaba al mostrador.

Los ojos de Bella se llenaron de sorpresa. Seguramente se preguntaba qué estaba haciendo allí, y lo cierto era que en ese momento ni siquiera él lo recordaba. Lo único que quería hacer era estrecharla entre sus brazos y darle un beso en los labios.

La señora Boot miró a uno y a otro y, antes de salir por la puerta, le hizo a Michael un guiño exagerado.

—Que tengáis buena tarde.

Cuando la dama hubo salido, Bella miró a Michael y le dijo con actitud muy profesional:

—¿En qué puedo servirle, caballero?

Pero él no se dejó engañar, era obvio que estaba enfadada en él y tenía todo el derecho del mundo. La última vez se había comportado como un verdadero cretino.

—Erase una vez un delicioso pastelito que una joven encantadora hizo para mí —comenzó a decir con dulzura—. ¿Te suena de algo esa historia?

—Vagamente —respondió ella con tranquilidad.

—¿Cuánto me costaría uno de esos pastelitos?

—No lo sé. Son bastante especiales.

—Eso no te lo voy a discutir —la miró sonriendo antes de decir —: ¿Y qué me dices de una cena?

—¿Qué? —Ahora estaba a la defensiva.

—Que si quieres salir a cenar conmigo esta noche.

—Verás —era obvio que la pregunta la había puesto nerviosa—, creo que no me sentiría cómoda volviendo a tu…

—No, en mi casa no. Aquí, en la ciudad.

—No comprendo.

—Creo que deberíamos celebrarlo —comenzó a explicarle—. Al

fin y al cabo tú eres el motivo por el que Micronics ha duplicado su oferta.

—¿Cómo que yo soy el motivo? —Parecía que empezaban a iluminársele los ojos.

—Esas ideas que me diste eran magníficas. Quiero invitarte a cenar y agradecértelo como debe ser.

—Ya entiendo —bajo la mirada—. Enhorabuena.

No parecía muy satisfecha; por un momento Michael dudó de si había cometido un error yendo a verla, pero entonces se miraron a los ojos y volvió a sentir la necesidad que le había hecho regresar de Los Ángeles con tanta urgencia.

—Te echo de menos, Bella. Por favor —«no digas que no, por favor», le suplicó en silencio.

Ella se quedó mirándolo sin decir nada durante unos minutos que para él fueron toda una eternidad. Empezaba a sentirse un estúpido por haberle mostrado el alma, cuando ella se agachó y sacó algo de la cámara frigorífica que había bajo el mostrador.

Cuando se puso en pie estaba sonriendo y en su mano derecha había un pastelito de chocolate que le ofreció inmediatamente.

—¿Me recoges a las siete?

Capítulo 9

En el aire se distinguía el delicioso olor de la carne a la parrilla. Isabella estaba sentada frente a Michael en el restaurante que había sido descrito en la Gaceta del *Gourmet* como el mejor lugar para degustar carne después de Argentina. Mientras observaba a su acompañante se esforzaba por convencerse de que aquello no era una cita. Era sólo una cena de agradecimiento por haberlo ayudado. Pero al mismo tiempo no podía dejar de preguntarse si su coraza no habría empezado a resquebrajarse. Seguramente aquélla era la primera vez que Michael salía a cenar en Fielding, no era decir mucho tratándose de una ciudad tan diminuta, pero para él era desde luego un gran paso.

Y estaban también las maravillosas palabras que le había dedicado en la pastelería, unas palabras que habían vuelto a hacerle creer que todo era posible.

La había echado de menos.

Aquella noche tenía el aspecto de un modelo, ataviado con un jersey negro de cuello alto y unos vaqueros. Si hubiera podido habría soltado un ruidoso suspiro.

Ella también lo había echado de menos durante esas dos semanas en las cuales el dolor no había hecho más que intensificarse. Le había resultado tremendamente difícil abandonar su casa, y cuando lo había visto aparecer en la tienda, simplemente le había parecido imposible decirle que no.

Quizá aquello no fuera una cita, pero allí estaba Michael en público y con todos los ojos clavados en él. Desde luego era un

avance en la dirección correcta y eso era lo que importaba.

—¿Qué tal está el filete?

—Delicioso —respondió Isabella y acto seguido miró a los demás comensales, que no apartaban la mirada de ellos—. Escucha, me temo que no van a dejar de mirarte a menos que les sonrías o algo así. Creo que no se creen que seas real.

—¿Y qué demonios se creen que soy?

—Un extraterrestre, o quizá un robot —sugirió bromeando—. Ya sabes, trabajas con la tecnología más avanzada y la gente chismorrea.

—Lo sé —respondió secamente.

—Vamos, dedícales una sonrisa y alégrales la noche.

Michael se echó a reír y después, volviéndose hacia el comedor, saludó con la mano. Al principio todo el mundo se quedó inmóvil, pero después fueron saludándolo del mismo modo. Cuando volvió a mirar a Isabella, tenía el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre? ¿No era eso lo que esperabas?

—No lo sé. Estoy intentando no crearme expectativas.

Ella sonrió satisfecha al oírlo decir eso e interpretó dicha medida como un nuevo paso adelante. Quizá si visitaba la ciudad más a menudo, acabaría por conocer a alguien e incluso hacer algún amigo.

Y también podría verla a ella.

Isabella levantó su vaso de agua mineral y brindó:

—Por tu nuevo contrato millonario.

—Y por ti, por tener unas ideas tan maravillosas —añadió él con una cálida mirada—. No habría podido hacerlo sin ti.

Aquella mirada le llegó directamente al corazón.

—Claro que lo habrías hecho, de todas formas, gracias.

Michael apuró su copa de vino y se quedó con los ojos clavados en ella.

—Escucha, Bella… lo digo totalmente en serio, sin tu contribución este contrato no habría sido ni la mitad de lucrativo. Iba a hacerte un regalo, pero sé lo que opinas de la costumbre de devolver los favores… Así que lo que he hecho ha sido hacerle el regalo a Emily, al fin y al cabo ella fue tu inspiración —acompañó sus palabras de un sobre que dejó en la mesa—. Le he abierto una cuenta dedicada a pagar su educación.

Isabella se quedó estupefacta, no podía articular palabra. Una cuenta para la universidad. Eso era algo que normalmente hacía… el padre. ¿Cómo iba a aceptar tal generosidad? Pero antes de que pudiera protestar, fue él quien habló.

—Es para Emily, Bella. Quiero que pueda elegir la universidad que quiera. Déjame hacerlo por ella.

La sinceridad y la emoción que había en aquellas palabras le provocaron un escalofrío. Otra vez se encontraba dividida; una parte de ella le aconsejaba que le diera las gracias y rechazara el regalo, mientras que la otra le decía que no podía hacer eso. Así que finalmente se limitó a decir:

—Muchas gracias, Michael.

Gracias a ese regalo, estaría vinculado a ellas para siempre. ¿Se habría dado cuenta él de eso?

—Por cierto, se me ha olvidado felicitarte por la pastelería —le dijo él cuando se disponían a salir del restaurante—. Pero me he fijado que no tiene letrero. ¿Qué nombre le vas a poner?

—No se lo voy a poner yo, lo he dejado en manos de Fielding —le explicó riéndose de su expresión de sorpresa—. He puesto un cuenco para que la gente ponga el nombre que más les guste.

—Vas a ser una excelente empresaria —reconoció él mientras la ayudaba a ponerse el abrigo.

—No se trata sólo de una decisión de negocios. Quiero que sientan que son parte de la tienda.

—Me parece muy buena idea —admitió después de pensarlo unos segundos.

Diminutos copos de nieve caían del cielo nocturno. Era una típica estampa navideña, y no era extraña puesto que las fiestas estaban ya muy cerca. Se aproximaba la época de la felicidad y la buena voluntad.

—Bueno, ¿qué te ha parecido tu primera cena en Fielding? —le preguntó ella con una sonrisa provocada por su espíritu navideño.

—¿Y tú cómo sabes que era la primera?

—Es sólo una corazonada. ¿Ha sido cómo lo habías imaginado?

—Mejor —respondió él escuetamente.

—¿Y crees que a partir de ahora lo repetirás más a menudo?

—Depende —dijo justo en el momento en el que llegaban a la puerta de la tienda—. ¿Estarás tú cerca?

—Puede ser —sólo unos centímetros los separaban al uno del otro, pero entre ellos había una enorme inseguridad—. ¿Quieres subir a darle las buenas noches a Emily?

—Sí —contestó él sin dudarlo. Mientras subían las escaleras, Michael pensaba que había sido un completo estúpido por haber creído que volver a verla lo ayudaría a olvidarla. En realidad lo único que había conseguido era aumentar su ansia de estar con ella.

Ruth los saludó cálidamente y, después de sólo unos minutos, salió de allí con prisa por encontrarse con Thomas.

Ver a Emily le dio a Michael la sensación de haber llegado a casa. Sin embargo la pequeña estaba más preocupada por comer que por el reencuentro, así que Isabella tuvo que llevársela para darle de mamar.

—¿Quieres acompañarme mientras…? —No— respondió él inmediatamente—. Me quedo aquí —si quería que la noche no acabara como la última vez, lo mejor sería no verla dar de mamar a la niña.

Echó un vistazo al apartamento y comprobó con deleite que el toque de Bella estaba en todos y cada uno de los rincones; en las alfombras de vivos colores, las estanterías rebosantes de libros, las flores secas, las fotografías de su padre y de Emily. Había conseguido crear un ambiente cálido y muy acogedor.

—¿Te está molestando la pierna? —le preguntó Bella antes de salir del cuarto de estar.

—Un poco —dijo quedándose corto porque lo cierto era que los pinchazos lo estaban matando—. ¿No tendrás por casualidad una piscina de hidromasaje en algún rincón del apartamento?

—Mucho me temo que no.

Aunque estaba bromeando, sabía que eso era lo único que lo aliviaba en esos momentos. Los médicos le habían dicho una y mil veces que no había nada que hacer, que era la edad y el frío; por eso le habían aconsejado que se fuera a vivir a Florida o a California. Había llegado a considerar la idea, pero últimamente le resultaba muy difícil imaginarse lejos del pequeño y aburrido Fielding.

—Lo único que se me ocurre… —añadió Bella después de unos segundos—. Tengo una bañera enorme, ¿por qué no te das un baño relajante mientras yo doy de comer a Emily? El agua sale muy

calentita —le dijo sonriendo dulcemente—. Hasta te dejo que utilices mis sales.

La situación se estaba poniendo peligrosa. —Creo que debería irme a casa.

—Muy bien —la sonrisa desapareció inmediatamente de su rostro.

—Debería —añadió con los ojos clavados en los de ella—… pero no quiero.

Esa vez la sonrisa que se dibujó en los labios de Bella iluminó la habitación entera.

—Yo tampoco quiero que te vayas. Las sales están en la estantería. Te veo dentro de un rato.

Michael decidió que esa noche no se arrepentiría de nada. Quería estar con ella y ella con él, eso era lo único que importaba.

No tardó ni un minuto en llenar la bañera, encontrar las sales de baño, desnudarse, apagar casi todas las luces y meterse en el agua. En cuanto estuvo sumergido notó cómo sus músculos se relajaban y se mitigaba un poco el dolor de la pierna. Estaba casi dormido cuando llamaron a la puerta.

—He pensado que a lo mejor querías… —Al verlo se quedó callada—. Lo siento, pensé que…

—¿Que estaría vestido y mojándome sólo la pierna?

—Algo así —respondió medio tartamudeando y sin levantar la vista del suelo.

Michael observó que se había cambiado de ropa y se había puesto una ropa de deporte de lo menos provocativa y, aun así, estaba para comérsela.

—¿Emily ya está dormida?

—Sí, ha caído rendida en un santiamén. Y tú… ¿qué tal la pierna?

—Un poco rígida todavía —al igual que otra parte de su cuerpo.

—Si quieres te doy un masaje —le ofreció preocupada.

Si seguía así iba a matarlo.

—No, gracias, estoy bien.

—No, no estas bien —protestó ella arrodillándose junto a la bañera.

—Bella, de verdad, es demasiado peligroso.

—Vamos, piensa que soy una enfermera.

—Eso sólo empeoraría las cosas.

—¿Por qué no te limitas a recostarte y dejarme que te ayude?

Cuando por fin ella metió las manos en el agua, lo que preocupaba a Michael no era que viera lo excitado que estaba, sino que estuviera a punto de ver y tocar la imperfección de su pierna. Sin embargo en cuanto sintió sus manos sobre la piel, se olvidó de su vergüenza y se le escapó un rugido de placer.

—¿Demasiado fuerte?

—No, está bien —al mirarla la vergüenza se fue convirtiendo en deseo—. Demasiado bien.

—Pero estoy en una postura un poco incómoda. Si pudiera acercarme un poco más…

El movimiento de Michael fue tan rápido que Bella ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar. Sacó el brazo del agua y, rodeándola por la cintura, la levantó del suelo y la metió en la bañera encima de él con ropa y todo. El agua salpicó por todos lados encharcando la mitad del cuarto de baño.

—¿Así estás lo bastante cerca?

Al principio parecía sorprendida pero enseguida se acomodó a la situación.

—Dímelo tú —le susurró al tiempo que le besaba los labios y paseaba su mano por el interior de su muslo.

Él volvió a rugir de placer.

—Bella, no quiero volver a mi casa.

—¿Esta noche?

—Ni esta noche, ni mañana… —Tomó su rostro entre las manos y la besó tiernamente—. Allí me siento muy solo.

Isabella le recorrió los labios con la lengua.

—Entonces quédate aquí.

A pesar de que aquellas palabras lo dejaron casi sin sentido, se las arregló para decir:

—La gente va a hablar —le advirtió al tiempo que le agarraba las nalgas.

—Empezaron hace tiempo.

—¿Y no te importa?

—Ni lo más mínimo.

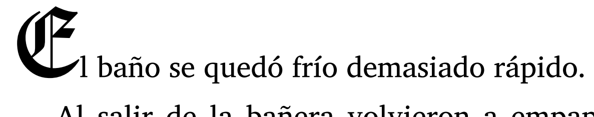
Volvió a aparecer su afán por protegerla.

—Bella, hay algo más que quiero decirte…

Ella le puso los dedos en los labios, impidiéndole hablar.

—Ya sé qué es lo que quieres y qué es lo que no quieres, Michael Wulf. Ahora, cállate y bésame.

Capítulo 10



El baño se quedó frío demasiado rápido.

Al salir de la bañera volvieron a empapar el suelo, sobre todo Bella, que todavía llevaba puesta la ropa. Miró a Michael, tan fuerte y *sexy* que se moría de ganas de dar rienda suelta a todo el deseo contenido.

—Quiero verte —le dijo él mientras empezaba a despojarla del pantalón.

Era una maravilla porque no sentía ningún tipo de pudor al quedarse desnuda frente a él. De alguna manera, tenía la sensación de que sí se comportaba libre y desinhibidamente, él haría lo mismo.

—Eres tan hermosa. —Michael bajó la cabeza hasta tener la boca a la altura de uno de sus pezones, que chupó para deleite de Bella.

Después ella le hizo que la mirara. Llevaba quince años enamorada de ese hombre. Sabía perfectamente lo que quería y estaba dispuesta a conseguirlo, ya no le importaban las consecuencias.

De pronto la impaciencia se apoderó de ella.

—¿Quieres ir despacio?

—No —respondió él riéndose.

—Estupendo.

Entonces volvió a rugir, pero esa vez con frustración.

—No he traído protección.

Pero ella le agarró la mano y tiró de él.

—Sígueme —lo llevó hasta el dormitorio y fue directa a la cómoda de madera de cerezo, de donde sacó una cajita que le dio a él.

—¿Por qué tienes esto?

—Estaba en mi cajón de la esperanza. Tenía derecho a tener esperanzas, ¿no? —le preguntó con sonrisa inocente.

En la cara de Michael se dibujó una sonrisa peligrosa.

—¿Y qué era lo que esperabas exactamente?

—Tenía la esperanza de que algún día conseguiría meter a Michael Wulf en mi cama.

Un segundo después Michael estaba a su lado mirándola fijamente como si pudiera verle el alma, pero entonces Bella le mordisqueó el labio y ocurrió lo inevitable.

Y ninguno de los dos pudo contenerse por más tiempo.

Él la cubrió a besos mientras paseaba las manos por cada rincón de su cuerpo: las curvas de sus caderas y de sus pechos, los recovecos de la ingle… Quería entretenerse en cada centímetro de su piel, pero había algo dentro de él que se lo impedía.

Bajo su cuerpo ella se pegó a él todo lo que pudo, le gustaba sentir su excitación contra la humedad de sus partes más íntimas. Michael tuvo que luchar contra el impulso que sentía de meterse dentro de ella inmediatamente.

—No quiero hacerte daño, Bella —le dijo con la respiración entrecortada.

Pero ella le rodeó la cintura con sus piernas y le dio un beso apasionado.

—No lo harás.

La pasión que había entre ellos luchaba por salir a toda costa. Michael se puso el preservativo por fin y entró dentro de ella lentamente. Bella gimió encantada y le susurró al oído.

—Encajamos a la perfección.

Aquellas palabras no hicieron más que desatar lo que ya había empezado a liberarse. A partir de ahí, los movimientos de ambos se hicieron salvajes y acompasados. Las mentes en blanco, los cuerpos unidos y siguiendo una coreografía cada vez más rápida y fuerte hasta que, con gemidos y gritos de placer, los dos llegaron al clímax al unísono.

La luz del sol brillaba al otro lado de sus párpados cerrados.

Durante un momento, Michael no supo dónde estaba, sólo sabía que se sentía muy bien. Y entonces los acontecimientos de la noche anterior empezaron a hacerse hueco en su cabeza. Nunca había pasado toda la noche abrazado a una mujer después de hacer el amor y eso significaba algo. No quería decir que hubiera un compromiso entre ellos, pero desde luego sí algún tipo de relación.

Bella y él tenían una relación. No estaba seguro qué clase de relación era, pero era una relación.

Sin embargo al apretarla contra sí y abrir los ojos, se dio cuenta de que lo que estaba abrazando era una almohada y que Bella se había ido.

El despertador marcaba las ocho y quince minutos y en la casa no se oía ni un ruido. Claro, debía de estar en la pastelería.

Después de vestirse a toda prisa, salió de allí y bajó las escaleras desde las que provenía el ruido de los clientes, así que dedujo que Bella debía de tener mucho trabajo. Quizá pudiera ayudarla cuidando de Emily hasta que cerrara la tienda. Eso sí, se quedaría en el apartamento, donde nadie lo viera y nadie se enterara de que había pasado allí la noche.

Pero se le arruinaron los planes en cuanto se abrieron las puertas que comunicaban con la escalera y al otro lado se encontró a Bella, con la boca abierta de par en par, y detrás de ella a medio Fielding.

Aparte de sorpresa, en el rostro de Bella no había la más mínima señal de vergüenza; simplemente lo miró con una sonrisa de oreja a oreja.

—Menos mal —dijo agarrándole de la mano—. Jamás había tenido tantos clientes.

La gente se había callado pero volvieron a hablar enseguida y era obvio de qué, o de quién. Pero si a Bella no le importaba, a él tampoco. Era estupendo sentir que se sentía orgullosa de él.

Y él de ella. La veía moverse de un lado a otro y le parecía la mujer más bonita del mundo. Su indumentaria no era *sexy*, ni provocadora, pero él ya sabía perfectamente lo que se escondía debajo: una piel suave y deliciosa.

Un débil sonido captó su atención; era Emily, que se encontraba en su parquecito entretenida mirándose las manos y los pies. Volvió a mirar a Bella, que estaba colocando pasteles en una bandeja.

—Tienes pinta de necesitar un descanso —le dijo en voz baja.

—Ahora mismo lo atiendo —le dijo a un cliente y, en menos de una décima de segundo, le había colocado a Michael un delantal y algo en la cabeza—. Lo que necesito eres tú.

—¿Qué quieres decir? —preguntó alarmado y sin dejar de mirarse el delantal.

—¿Alguna vez te he dicho que tienes unas manos mágicas?

—No, pero se sobreentendía —le dijo él susurrando—. A juzgar por los gemidos de placer…

Bella le puso la mano en la boca para que no continuara.

—Como te iba diciendo, tienes unas manos mágicas, Michael.

—Y todo eso es para pedirme que…

—Atiende a los clientes, dales cambio, pon los pasteles en las bolsas…

—¿Algo más? —le preguntó en tono provocador.

—Sí, sé amable.

—Eso no sé si podré hacerlo, no tengo ninguna experiencia.

—Vamos, sé que aprendes rápido.

Y ella podría haberlo convencido para que hiciera cualquier cosa.

—Te odio.

—Te debo una —respondió ella sonriendo.

—Sí, señora, y pienso cobrármelo esta misma noche —y tirando de ella, le dio un sonoro beso en la boca.

—Seré tu fiel esclava.

Bella se puso en marcha de inmediato, mientras que a Michael le costó un poco más enfrentarse a aquella pesadilla: una multitud pidiéndole pan y pasteles mientras trataban de ocultar la curiosidad que sentían.

Sorprendentemente, las horas pasaron a una velocidad de vértigo y lo cierto era que Michael llegó a disfrutar de lo que estaba haciendo. En los últimos quince años no había hecho otra cosa que crear programas informáticos y tenía que admitir que le resultaba interesante experimentar la vida del pequeño negocio. Aunque, en realidad, le gustaba sobre todo porque estaba cerca de Bella. Cada vez que tenía que ir al almacén a buscar algo, ella lo seguía y se besaban apasionadamente aunque sólo fuera un minuto. Eso sí, cuando regresaban todo el mundo los miraba sin dejar de sonreír. Y de nuevo, si a ella no le importaba, a él tampoco.

Cuando ella subió a dar de comer a Emily, él continuó atendiendo a los clientes sin ningún problema. Todos ellos lo trataron con extrema amabilidad, incluso un par de personas le preguntaron qué iban a hacer en Navidad y los invitaron a Bella y a él a cenar en su casa. Por supuesto, de momento no estaba dispuesto a lanzarse de cabeza al agua, pero resultaba agradable que alguien le ofreciera algo así.

—Aquí tiene, diez tartaletas, siete galletas de mantequilla de cacahuete, cinco de chocolate y un pan de centeno —dijo, dándole sus bolsas a la señora Trotsky justo en el momento en el que Bella entraba de nuevo en la tienda—. ¿Quiere que la ayude?

—Gracias, señor Wulf, pero tengo a mi hijo aquí mismo —dijo la mujer señalando al muchacho que tenía detrás.

—Llámeme Michael —dijo él inconscientemente.

—Estupendo, yo soy Bev, y mi hijo Harold.

Madre de Dios, toda esa socialización era gracias al hechizo de Bella.

—Encantado —dijo sonriendo y notando la mirada de Isabella clavada en él.

—¿Te parece bastante amabilidad? —preguntó guiñándole un ojo.

—Eres el mejor.

—Eres virgen.

—¿Qué? —exclamó Michael.

Isabella se acurrucó a su lado en el sofá, en el momento en el que en la televisión empezaban a salir los títulos de crédito de la película.

—Es tu primera noche de sábado con palomitas y película. Eres virgen.

Michael soltó una enorme carcajada.

—Por mucho que creas que me insultas, Bella, no lo has hecho en absoluto. Aunque admitiré que este… desenfreno es nuevo para mí.

—Me alegro de ser la primera —dijo ella con sonrisa provocadora—. Aun así, sigo sin poder creer que nunca hayas visto Pretty Woman.

—No tengo tiempo para nada que no sea…

—¿El trabajo? —lo interrumpió tirándole palomitas.

—¿Estás intentando convertirme en un ser humano?

—Hago lo que puedo.

—Pues he de decir que tengo la mejor profesora del mundo. Y no sé si sabrás que lo más eficaz para humanizar a alguien es el contacto físico —señaló al tiempo que empezaba a besarle el cuello y después el lóbulo de la oreja—. ¿No estás de acuerdo?

—Mmm —era incapaz de decir nada más, pues el movimiento de la lengua de Michael la tenía demasiado despistada.

—¿Qué has dicho? —Mientras la lengua se encargaba de su oreja, su mano se dedicó a pasearse por su vientre.

—Que si quieres que vayamos al dormitorio.

—Está demasiado lejos —en una décima de segundo le había quitado la sudadera y después el sujetador.

Se oía la música procedente de la televisión, pero los únicos sonidos en los que ellos dos reparaban eran los de sus cuerpos frotándose al ritmo de la pasión.

—Michael —murmuró ella cuando la boca de él encontró su pezón y comenzó a chuparlo suavemente.

—Dime, Bella —ahora su mano se había colado por debajo de los pantalones y de las braguitas—. Dime qué sientes.

Sus dedos empezaron a moverse hasta dejarla sin habla y sin respiración.

—Un estremecimiento como si tuviera dentro mariposas que tratan de escapar —sabía que carecía de sentido, pero eso era lo mejor que podía explicarlo en ese momento.

Michael le tomó la mano y la puso de pie para quitarle los pantalones, y ella hizo lo mismo con toda su ropa. Veía en sus ojos que quería decirle algo, pero Bella lo entendió sin necesidad de palabras.

Con el torso desnudo podía sentir los latidos de su corazón contra sus pechos. Lo miró a los ojos y los vio llenos de brillo, fervientes de deseo. Dios. La estaba volviendo loca. Quería a aquel hombre cerca de ella para siempre y quería demostrárselo allí mismo.

Lo empujó sobre el sofá y se puso encima de él, a lo que respondió con una especie de rugido.

—Parece que la lección de hoy va a ser interesante, profesora.

—En realidad te voy a examinar —le dijo ella con voz

entrecortada.

—¿De qué?

—De resistencia —lo retó mientras empezaba a moverse sobre él.

Frente a tal reto, Michael no pudo menos que intercambiar posiciones.

—Vaya, cariño. Me temo que eso va a ser pan comido.

—Esperaba que dijeras eso —replicó ella riendo.

De su pantalón, que había quedado en el suelo, Michael extrajo una cajita que mostró orgulloso.

—Hoy sí he venido preparado.

—¿Puedo hacerlo yo? —A pesar de que en su voz se adivinaba cierta amistad, le resultaba muy fácil pedirle algo tan íntimo porque no era más que otra muestra de amor.

—Sí —respondió después de dar un tierno beso en los labios.

Con dedos inexpertos, Bella abrió el paquete y deslizó el látex suavemente para después guiarlo hasta el centro de su cuerpo. En el momento en el que entró se miraron a los ojos y ella quiso decirle que lo amaba, que deseaba que aquello durara siempre, que con él se sentía una mujer completa. Pero en cuanto empezó a moverse dentro de ella, ya no entendió nada que no fueran las sensaciones más primarias y salvajes.

Al principio fue suave, ambos querían deleitarse con lo que estaban experimentando, pero después de unos segundos les fue imposible frenar. Las embestidas de Michael la dejaron sin respiración y sin cerebro; no podía pensar, porque en ese momento nada existía en el mundo excepto ellos dos. Era una locura que desembocó en un maravilloso orgasmo, tras el cual él siguió moviéndose hasta alcanzar el clímax que había alcanzado ella.

—Bella… —susurró mientras sus respiraciones intentaban volver a la normalidad. Una vez acurrucada en su pecho, Michael le hizo mirarlo a los ojos y empezó a besarle el rostro suavemente—. Eres mía.

Un tremendo escalofrío le recorrió la columna vertebral y no era por el sexo, sino por lo que acababa de decirle. Aunque la decepción no tardó en llegar.

—Esta noche eres sólo mía.

Michael estaba hablando únicamente de aquel instante, no del

futuro. No era la fantasía con la que tantas veces había soñado, pero no iba a dejar que la verdad arruinara el momento. Conocía las reglas y no iba a comportarse como una amante rechazada.

—¿Eso es todo lo que puedes ofrecer, Wulf? —le preguntó en tono burlón.

El sonrió malévolamente.

—¿Quieres que vuelva a chuparte los pezones hasta que se endurezcan en mi boca? ¿O que te toque hasta sentir la humedad en mis dedos? —Mientras hablaba notó cómo la excitación regresaba a su cuerpo masculino—. ¿Es a eso a lo que se refiere, señorita Spencer?

Ella volvió a rodearlo con sus piernas dispuesta a empezar de nuevo, muy pronto todos los pensamientos se alejaron de su mente y sólo pudo decir:

—Estás aprobado.

Capítulo 11



Dormía como un ángel.

Michael ya se había fijado antes. La primera noche que ella pasó en su casa, se había sentado en el sillón junto al fuego y la había observado, preguntándose qué sueños estaba teniendo. Del mismo modo que lo estaba haciendo en ese momento desde la silla que había al lado de la cama.

Después de hacer el amor en el sofá por segunda vez, Bella se había quedado dormida en sus brazos y, unos minutos después, la había llevado a la cama y la había arropado bien. Le habría gustado acostarse a su lado y abrazarla fuerte, pero esa noche no se atrevía. Algo había cambiado, no sabía exactamente qué, pero algo dentro de él luchaba por salir. Quizá era la necesidad de obtener más, más unión con Bella, más amigos entre los habitantes de Fielding, y más distancia de la soledad en que había vivido durante tantos años.

Se pasó las manos por el pelo. Tenía que volver a su lugar antes de verse decepcionado, antes de empezar a creer que podía pertenecer a una mujer, una niña y una comunidad.

Y, aunque abandonar la ciudad no le suponía ningún esfuerzo, no podía decir lo mismo de Bella y Emily. Iba a pedirle a Bella que se trasladaran a su casa con él; que estuvieran allí mientras así lo quisieran. Sin ataduras ni promesas, sólo tenían que estar juntos y disfrutar de lo que tenían. Eso era todo lo que podía ofrecerle, no estaba dispuesto a arriesgar más. Sólo esperaba que fuera suficiente.

A través del intercomunicador notó que Emily estaba inquieta, lo que hizo que Bella también se moviera, aunque no llegara a

despertarse. Tenía motivos para estar agotada; se levantaba antes del amanecer, pasaba el día entero en la pastelería y lo únicos descansos que se tomaba eran para dar de comer a la niña. Ese ritmo de vida era otro motivo contundente para que se fuera a vivir con él, allí podría disfrutar de algo más de descanso. Afortunadamente, al día siguiente era domingo y no tenía que abrir la tienda, con lo que podría dormir a pierna suelta.

La inquietud de Emily fue transformándose poco a poco en llanto, así que Michael se puso en pie y fue a ver qué le ocurría antes de que despertara a su mamá.

—¿Tampoco tú tienes sueño, princesa? —le preguntó a la pequeña al tiempo que la tomaba en brazos con total naturalidad—. Ah, parece que el problema es el pañal —era curioso que le resultara tan normal acunarla, hacerle carantoñas o darle sus juguetitos mientras la cambiaba.

Ya con el pañal nuevo, intentó devolverla a la cuna, pero ella tenía otros planes.

—Sí, yo también tengo un poco de hambre —dijo llevándosela a la cocina—. Vamos a ver qué tiene mamá en el frigorífico.

Por suerte, lo primero que se veía al abrir la nevera eran varios biberones ya preparados con leche materna, así que sólo tuvo que calentar uno, comprobar que estaba a la temperatura adecuada y dárselo tranquilamente.

Se sentó en una silla con Emily en brazos y, mientras esta comía, cayó en la cuenta de que jamás se había sentido tan relajado como en ese momento. La pequeña lo miraba fijamente y eso le infundía el extraño sentimiento de que era parte de algo importante.

El único ruido que se oía en toda la casa era el que hacía Emily al tomarse el biberón. Michael no podía apartar la mirada de esa carita de querubín.

—Bella y tú tenéis mucha suerte de teneros la una a la otra —sabía que debía de parecer tonto, allí sólo hablando con un bebé en una cocina apenas iluminada. Pero quería que la pequeña supiera que había alguien que la quería por encima de todo y que se sentía muy afortunada de tenerla en su vida.

Además, nadie lo estaba escuchando.

Bueno, nadie excepto Bella, que estaba paralizada en el cuarto de estar, escuchando, mientras sus sentimientos se repartían entre el

asombro y la tristeza. Cualquiera que presenciara la escena pensaría que Michael Wulf era el padre de la niña, se los veía tan cómodos el uno con el otro…

Definitivamente, lo que sentía al verlos era amor. Y era bastante obvio que no era la única que se había enamorado de él, su hija también parecía estar completamente cautivada.

Con la sensación de estar interrumpiendo una ceremonia sagrada, Bella volvió sigilosamente al dormitorio. Pero el amor que le inundaba el alma hacía que se planteara multitud de preguntas. ¿Tendría él la menor idea de cuánto lo necesitaban? ¿O de cuánto lo querían?

Y si no era así, ¿debería decírselo?

Para cuando llegó a la cama se dio cuenta de que sentía una enorme ansiedad, y estaba tan inmersa en sus pensamientos que no se dio cuenta de que no hacía falta que encendiera el intercomunicador. Al hacerlo, oyó una voz al otro lado:

—… Y tiene una barba blanca, un traje rojo y un montón de renos voladores —se oyó la risa de Michael—. Ya sé que parece científicamente imposible. Pero, con el poder de la magia, cualquier cosa es posible.

«Cualquier cosa es posible».

Isabella lanzó un suspiro mientras pensaba que ya sabía qué le iba a pedir a Santa Claus esas Navidades.

Se despertó a las siete de la mañana abrazada a Michael y con una increíble sensación de felicidad. Él se había acostado muy tarde la noche anterior, pero cuando lo hizo, ella se había abrazado a él y sólo entonces se había quedado verdaderamente dormida.

Y había soñado con montones de fines de semana como aquél, pero sin domingos que pusieran fin a la felicidad. Claro que sabía que no era más que eso, un sueño. Al final del día, Michael se pondría su carísimo abrigo, llamaría a su chofer y se marcharía a su casa. Pero ese momento todavía no había llegado, ahora todavía lo tenía pegado a su piel.

Con cierta timidez, Isabella le pasó la pierna por encima. Michael se movió pero no llegó a despertar, así que ella empezó a acariciarle el torso, jugueteando con el pelo que le cubría ligeramente la piel. El deseo empezó a crecer dentro de su cuerpo. Le parecía extraordinario desear de aquella manera a un hombre,

pero claro, Michael Wulf no era un hombre cualquiera.

Disponía de varias horas para demostrarle cuánto lo amaba, eso era todo con lo que contaba por el momento. Por eso decidió aprovechar el tiempo y comenzar a besarlo.

El primer pensamiento de Michael al despertarse fue que estaba soñando… y era un sueño maravilloso. Pero después notó que la mano de Bella estaba sobre su cuerpo, sobre la parte más sensible de su anatomía, mientras que su boca y su lengua jugueteaban con uno de sus pezones. De pronto se dio cuenta de que estaba tan excitado que apenas recordaba su propio nombre.

Aquella mujer lo tenía hechizado y a él le encantaba que así fuera.

También él se puso a explorar con las manos todo lo que tenía cerca: su espalda, sus nalgas, sus pechos. Mantuvo los ojos cerrados mientras oía los ansiosos gemidos de Bella y sentía cómo movía las caderas con impaciencia.

—Michael, por favor… —le pidió con voz febril.

El juego había acabado, ya estaba despierto.

La puso sobre su espalda en un movimientos rápido, se puso la protección y no tardó ni un segundo en sumergirse dentro de ella. Ambos gimieron de placer al sentir cómo sus cuerpos volvían a encajar a la perfección.

—Rodéame con tus piernas, cariño —él le pidió al tiempo que comenzaba a moverse, y ella lo hizo inmediatamente.

La sensación que recorrió su cuerpo en ese instante era tan desconocida y tan placentera al mismo tiempo… Nunca había sentido tal conexión con nadie. Esa vez hicieron el amor sin dejar de mirarse ni un momento y, aunque no quiso ponerle nombre a lo que sentía, Michael sabía que era algo innegable, incontrolable e imparable.

Cuando llegó el momento del éxtasis ambos se olvidaron de sus pensamientos y se centraron en las sensaciones físicas.

Isabella se quedó allí de pie en el centro de la ciudad, con Emily en sus brazos y Michael a su lado; observó Fielding engalanado para las fiestas navideñas. Hacía años que no lo veía así, pero seguía teniendo la misma fuerza y el mismo espíritu que recordaba. Las luces, el olor de los pinos y el muérdago…

Había llegado la Navidad.

—¿Quieres que vaya a hacer las compras navideñas, Bella? —le preguntó Michael enarcando las cejas.

—Sé que es algo nuevo para ti —respondió ella con una carcajada.

—Te estás convirtiendo en una mujer muy impertinente —bromeó él.

A pesar de las protestas, Michael no tardó en ponerse en marcha en busca de las mejores tiendas de la ciudad, que realmente parecía una postal. El sol brillaba, las calles estaban cubiertas por una ligera capa de nieve y la gente se saludaba sonriente.

—¿Has pensado ya qué quieres que te traiga Santa Claus, Michael? —«¿Quizá una noche más conmigo?».

—Paz.

—¿La paz mundial?

—Eso también estaría muy bien, pero yo me refería a la tranquilidad.

Bella lo miró con paciente sonrisa.

—Escucha, si vas a estar con Emily y conmigo, te prohíbo que te comportes como el señor Scrooge.

—Está bien —respondió mirando hacia el suelo como un niño arrepentido—. ¿También quieres que compremos un árbol?

—Eso podemos dejarlo para más tarde —volvió a echarse a reír al darse cuenta de que Michael estaba despistadísimo en medio de la vorágine de preparativos navideños. Entonces le llamó la atención el escaparate de una tienda—. Mira eso.

En el interior de la tienda había un tren en miniatura cargado de angelitos y Santa Claus que se paseaban por un paisaje nevado.

—Vamos, Michael. Tienes que reconocer que es el momento más maravilloso del año. No me digas que no te gusta.

—Está bien… hay algo que me gusta de la Navidad —admitió por fin a regañadientes.

—¿Vas a dejarme con el suspense?

Él se acercó y la besó en la mejilla antes de decirle al oído:

—Me encanta el muérdago.

A pesar de ir muy bien abrigada, Bella notó un escalofrío que le recorrió el cuerpo de arriba abajo.

Desde su regreso a Fielding, su vida había sido una continua sucesión de momentos idílicos. Allí estaba con su hija y con el

hombre que amaba en la ciudad que amaba.

Y se negaba a aceptar que eso tuviera que acabar.

—Tu secreto está a salvo conmigo —le dijo con una superficialidad en la voz que no sentía en ese instante—. Pero no sé si puedo decir lo mismo de Emily.

Michael miró hacia abajo y le hizo una caricia en la cara a la niña.

—Tú no se lo dirás a nadie, ¿verdad, princesa?

Emily emitió una especie de gorjeo que su madre interpretó sin ningún problema.

—Dice que puedes estar tranquilo… al menos hasta que aprenda a hablar.

—Qué niña más lista. Bueno, ¿dónde vamos ahora?

—Vamos a entrar a esta tienda —dijo señalando un taller de artesanía—. Quiero comprarle a Emily su primer adorno navideño.

Unos minutos después, Isabella estaba enfrascada en una conversación sobre cómo hacer un angelito dorado para el árbol, mientras que Michael paseaba por la tienda tratando de que se le ocurriera algo para regalarles a Bella y a Emily. Bien era cierto que sólo había celebrado la Navidad una vez en su vida, pero si ellas iban a pasar las vacaciones en su casa, quería que todo fuese perfecto.

Entre los múltiples objetos descubrió el regalo perfecto para Bella y se dirigió a él sin mirar nada más.

—Lo único que te digo, Joan, es que no me creo que Michael Wulf haya cambiado tanto de repente.

Michael se quedó inmóvil y se olvidó del regalo por completo. A su izquierda estaba la puerta del almacén, que permanecía entreabierta, y dentro de él se podía ver a Molly Homney con las manos apoyadas en sus prominentes caderas. Ella y otra mujer estaban desempaquetando figurillas de barro.

—Pero Isabella parece muy feliz —repuso la otra mujer.

—Claro, está enamorada de él y no sería capaz de ver el problema aunque se lo indicaran con señales luminosas.

La mente de Michael se detuvo dolorosamente al oír aquellas palabras. ¿Sería verdad que Bella estaba enamorada de él?

—¿Y dónde ves tú los problemas?

—Ese hombre ha pasado toda su vida escondiéndose en su cueva

y puede continuar haciéndolo. Pero ¿qué pasa con Isabella? ¿Y con Emily?

Joan se quedó pensativa unos segundos antes de responder.

—A lo mejor podrían casarse y vivir en la ciudad.

Molly negó con la cabeza.

—Lo he dicho otras veces y lo repito ahora. No es la casa lo que hace de Michael Wulf una persona incivilizada, es su actitud. Da igual dónde vivan, él siempre despreciará al resto del mundo —explicó con cara de lástima—. ¿Te imaginas a la pobre Emily viviendo de ese modo?

Ya no podía escuchar nada más, no era necesario. Se dio media vuelta alejándose de ellas, pero la ira que sentía no estaba dirigida a los chismorreos, estaba dirigida a sí mismo. ¿Cómo no se había dado cuenta de lo que afectaría a Bella y a Emily su modo de vida?

Pues porque deseaba estar con ellas, por eso no se había dado cuenta.

Justo entonces, Bella lo miró y se acercó a él sonriente. ¿Sería verdad lo que había dicho Molly de que Bella estaba enamorada de él? ¿Podría distinguirlo en sus ojos él, que era incapaz de amar?

—No me digas que este ángel no se parece a Emily —dijo mostrándole un angelito—. Va a quedar precioso en lo alto del árbol. Es el adorno perfecto para su primera Navidad.

Michael respiró hondo intentando mantener el autocontrol.

—Es estupendo.

La miró a los ojos y de pronto la culpabilidad y los remordimientos le encogieron el corazón. Aquellos maravillosos ojos azules resplandecían de felicidad. No sabía si eso era amor porque no tenía ninguna experiencia en el tema, pero desde luego había en ellos una dulzura especial cuando lo miraban a él.

¿Qué clase de hombre era? ¿Cómo había podido involucrar a un ser tan especial en su miserable vida?

No era más que un egoísta.

Se pasó la mano por el pelo al tiempo que tomaba una dolorosa decisión: aguantaría lo que quedaba de día, pero después tendría que abandonarlas. Aunque eso significara aniquilar lo poco que le quedaba de corazón, debía asegurarse de proteger a Bella y a Emily de las habladurías de la ciudad… y de sí mismo.

Frente a la ventana del cuarto de estar se encontraba el árbol de

Navidad más hermoso que había visto Isabella en toda su vida.

Al otro lado de la mesa observó a Michael a la luz de las velas; parecía distante desde que habían salido de la tienda de artesanía, pero ella lo había achacado al hecho de no estar familiarizado con aquella festividad y lo había convencido para ir a comprar el árbol. En realidad había sido Emily, que no había dejado de llorar hasta que él la había tomado en brazos. Aquello había hecho que Michael se sintiera orgulloso y le había dado fuerzas para buscar, según él, el árbol más grande y espectacular que hubiera en el vivero. Aquel gesto tan entusiasta le había recordado mucho a su padre.

—¿Te acuerdas de las Navidades que pasaste con papá y conmigo? —le preguntó Isabella tomando el último bocado de pollo.

—Sí —respondió él con el tenedor a medio camino de su boca.

—El olor a pino y el árbol esperando a que le pusiéramos los adornos.

—No lo decorasteis hasta Nochebuena, ¿verdad?

—Era la costumbre que tenía mi padre.

—Sé que esas cosas son muy importantes para ti, Bella.

—¿Qué cosas?

—La familia, las tradiciones —la mirada de Michael se había enternecido.

—Sí —respondió tomando un sorbo de sidra—. Y más ahora que está Emily. Creo que es importante que un niño crezca sabiendo las cosas que han hecho que su hogar y su familia sea como es, ¿no crees?

El soltó una amarga carcajada.

—No creo que ningún niño estuviera interesado en mi hogar o mi familia.

De repente, Isabella tuvo la sensación de que acababa de dar un enorme paso hacia atrás.

—Bueno, siempre hay tiempo de crear tradiciones… ¿Por qué no pasas la Navidad aquí, con Emily y conmigo? Como en los viejos tiempos, pero con algunas innovaciones.

En la habitación se hizo un silencio ensordecedor.

—Te lo agradezco mucho —dijo él por fin—. Pero no voy a estar en Fielding en todas las vacaciones.

El corazón de Isabella se quedó hueco de pronto.

—¿Y dónde vas a estar?

—En Los Ángeles. Voy a volver a trabajar con los programadores de Micronics para poner todo a punto para el lanzamiento.

Se quedó mirándolo sin decir nada, tratando de descifrar qué escondía tras esos fríos ojos grises, pero no revelaban nada. De hecho, tenían la misma expresión que el día que se había marchado de Fielding, siendo sólo un muchacho, y que los primeros días que ella había pasado en su casa.

—¿De verdad vas a trabajar durante la Navidad?

—No, sobre todo voy a estar buscando casa en la zona.

Aquello terminó de hundirla. Soportaría que pasara algunas semanas trabajando fuera, pero la sola idea de que se marchara para siempre…

—Algún sitio para el invierno —continuó sin la menor emoción en la voz—. Aquel clima me viene muy bien para la pierna.

Isabella respiró hondo e hizo un tremendo esfuerzo por no dejar ver el dolor que sentía.

—Bueno, si vienes para Año Nuevo, Emily y yo podríamos ir a buscarte al aeropuerto…

—En realidad no sé cuánto tiempo voy a quedarme en California —la interrumpió rápidamente al tiempo que dejaba su servilleta sobre el mantel.

Ella se mordió la lengua como último intento para no dar rienda suelta a su rabia, pero no pudo evitar que las palabras salieran de su boca como un torrente.

—¿Y sabes al menos dónde te alojaras si es que vienes?

—Bella, mi vida no es así. Y nada va a cambiar eso.

Los ojos se le llenaron de lágrimas al oírlo decir aquello.

—Vivir sin amor no es vivir, Michael.

—Para mí sí lo es.

—Pensé que este fin de semana habías sentido algo diferente.

—Y lo hice.

—¿Entonces?

—¿De verdad pensabas que después de un par de cenas, unos días ayudándote en la pastelería y unas compras navideñas iba a convertirme en una persona totalmente diferente a la que soy?

—No, Michael —no podía llorar, tenía demasiadas cosas que decir, cosas que llevaba guardándose mucho tiempo. Sabía que él

haría oídos sordos a lo que dijese y, aun así, tenía que decírselo para poder continuar con su vida después de él—. Tenía la esperanza de que quisieras vivir con Emily y conmigo —buscó su mirada con el poco valor que le quedaba—. Tenía la esperanza de que aprendieras a amarme como yo te amo a ti.

Por un momento le pareció ver algo parecido a la ternura, pero desapareció enseguida.

—Eso es imposible.

Isabella asintió mientras notaba cómo el corazón se le hacía pedazos y las aristas la desgarraban por dentro.

—Está bien, Michael.

—Pero podríamos ser amigos…

Lo detuvo levantando la mano con la palma abierta.

—Eso sí que es imposible —dijo utilizando sus propias palabras y poniéndose en pie al mismo tiempo—. Voy a ver si mi hija está bien, quiero que te hayas ido cuando vuelva.

Con las piernas temblorosas, Isabella salió de la habitación y se dirigió al dormitorio de Emily. Tenía que hacer un esfuerzo por no derrumbarse a cada paso. No estaba preparada para aquello… no tenía previsto alejarse de ese modo del hombre de su vida, sabiendo que su sueño de amarlo y de ser amada por él acababa de romperse para siempre.

Pero consiguió hacerlo con una fuerza que desconocía en ella hasta ese momento.

Capítulo 12

—Señoras y señores, les rogamos que apaguen todos los equipos electrónicos y que se abrochen los cinturones. Aterrizaremos en el aeropuerto de Minneapolis hacia las doce del mediodía. Parece que el buen tiempo nos va a acompañar en este día de Nochebuena. Felices fiestas a todos y gracias por volar con Northern Airlines.

Michael apagó su ordenador portátil y de pronto se dio cuenta de que no sabía qué hacer. Durante las dos últimas semanas se había refugiado en el trabajo día y noche para no pensar en Bella, en Emily y en las malditas vacaciones.

Miró al exterior, ya estaban por encima de las nubes, era Nochebuena, la noche en la que Santa Claus visitaba las casas y les llevaba los regalos a los que se hubieran portado bien. Él no se había portado bien y los únicos regalos que quería no podía tenerlos.

Cuando el avión comenzó el descenso rumbo al aeropuerto de Minneapolis, Michael se maldijo a sí mismo por ponerse nervioso. Ni siquiera iba a verla; iba a regresar a aquella enorme fortaleza de cristal. La misma que había construido para mantenerse alejado del mundo. Sin embargo el rostro de Bella continuaría apareciendo en sus pensamientos de la misma manera que lo había hecho en California y, por mucho que quisiera, no podía trabajar las veinticuatro horas del día sólo con el fin de evitar que eso ocurriera. Así que cada vez que se alejaba del ordenador, su cabeza sufría un verdadero bombardeo de recuerdos que lo dejaban destrozado.

Cada cosa que veía le recordaba a ellas; cada bebé, cada pastelería. Cuando se acostaba por las noches deseaba que Bella estuviera a su lado y cuando iba a visitar una casa donde vivir se preguntaba qué pensaría ella del lugar.

Resopló con tremenda frustración. Se estaba volviendo loco, y de lo único que le había servido aquel viaje había sido para demostrarle una vez más que daba igual que se encontrara a miles de kilómetros de ella porque eso hacía que la echara de menos aún más. Y lo peor de todo era que no podía hacer nada salvo esperar a que el tiempo lo ayudara a olvidar, o al menos a recordarlo con menos dolor. Tenía que superar ese sentimiento de soledad y de necesidad. Dios, si lo había conseguido con sus padres, también lo lograría ahora.

Por fin aterrizaron y acto seguido todos los pasajeros se pusieron en pie para sacar sus cosas de los compartimentos y salir corriendo de allí. Sin duda todo el mundo estaba ansioso por ver a sus familiares y amigos. Por el contrario él no tenía ninguna prisa puesto que no había nadie esperándolo. Siendo Nochebuena no había querido estropearle la celebración familiar a su chofer, así que alquilaría un coche para llegar a casa.

Sin embargo, nada más salir a la sala de espera, comprobó que no iba a ser necesario.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Con una enorme y sincera sonrisa en los labios, Thomas fue a su encuentro nada más verlo.

—Estupendo. Me hago todos estos kilómetros sólo con el fin de llevarte a casa y éste es el agradecimiento que recibo.

¿Le había dicho él a Thomas qué día estaría de vuelta? Pensó Michael tratando de no pensar lo agradable que resultaba que hubiera alguien esperándolo.

—Gracias, Thomas, pero no deberías haber venido. Esta noche es Nochebuena y tu familia…

—Mi familia está muy bien, gracias. No te preocupes, me esperarán para cenar —le dijo con naturalidad mientras se dirigían al coche—. No me digas que prefieres un chofer al que no conoces en lugar de un amigo.

—Depende.

—¿De qué?

—De si ese amigo va a soltarme un sermón de camino a casa.

—¿Qué motivos tendría yo para soltarte un sermón? A mí me parece que te va muy bien.

—Así es —incluso para él mismo, sonó demasiado ansioso porque pareciera verdad.

—Me alegro. ¿Los negocios marchan bien?

—La verdad es que van mejor que bien —respondió al tiempo que salían al exterior, donde hacía una tarde bastante fría.

—Y tienes aspecto de estar sano como un burro.

—Querrás decir como un toro.

—No, quiero decir como un burro.

—Aquí está el sermón, ¿verdad?

—No pienso decirte nada —le avisó mientras sujetaba la puerta del coche para que entrara—. No te voy a hacer preguntas, ni comentarios, ni voy a contarte nada de nadie de Fielding. Nada.

Al principio Michael no dijo nada, eso sí, tuvo que morderse los labios para no hacerlo; pero cuando estaban ya en la autopista de camino a la ciudad, admitió que no aguantaba más.

—De acuerdo, ya lo has conseguido. ¿Cómo están?

—¿Quiénes?

—¿Quién es ahora el burro? —Michael se echó a reír—. Bella y Emily, ¿qué tal están?

—Están muy bien. Emily es una niña encantadora que crece por momentos.

Notó un extraño pinchazo en el corazón. Se había perdido casi dos semanas de su vida.

—¿Y Bella?

—El negocio le va muy bien y tiene muchos amigos a su alrededor. Emily y ella vienen a cenar a casa mañana. Mi mujer va a preparar pavo con su famoso relleno de salvia y cebolla. Kyle y Derek también vienen —entonces lo miró con picardía—. ¿Sabes? Creo que a mi hijo mayor le gusta Isabella.

Michael frunció el ceño.

—¿Qué?

—Fue él quien la llamó para invitarla —le informó como si fuera lo más normal del mundo.

Una oleada de ira se apoderó de él. ¿Por qué demonios había aceptado la invitación de Derek? Vamos, acababa de tener una hija,

todavía no estaba preparada para… Además, Derek Pinta era… era… Bueno, era exactamente el tipo de hombre que él no era, íntegro, social, popular, un auténtico ciudadano del mundo.

Dios. No tenía ningún derecho sobre Bella, pero la idea de que estuviera con otro hombre lo volvía loco, y que ese hombre se convirtiera en el padre de su… Tenía que parar aquello. No era el marido de Bella y Emily no era su hija. Daba igual que deseara que fuese diferente. Las dos merecían algo mejor que un animal derrotado con una pierna herida y un corazón enjaulado.

Isabella puso el cartel de Madre e Hija se Han Ido a Casa Hasta Mañana. Había vendido todos los hombrecillos de jengibre, las campanillas de chocolate y los renos con nariz de frambuesa, así que ya iba siendo hora de tomarse un descanso.

Aquellas dos últimas semanas no le había resultado difícil aguantar las largas jornadas de trabajo combinadas con los cuidados de Emily. Toda esa actividad había sido la única manera que había encontrado de mantener la mente ocupada y no pensar en Michael Wulf. Parecía que el trabajo era la cura de todo mal. Por las noches estaba tan rendida que caía en la cama ya dormida, y por la mañana salía de casa con tal energía que ni siquiera se daba cuenta del mundo que existía a su alrededor.

Los momentos que pasaba con Emily eran mágicos, aunque entonces sí se acordaba de Michael. Otra cosa habría resultado imposible puesto que la mayoría de las cosas de su hija habían sido regalos suyos. No podía dejar de preguntarse qué estaría haciendo o si alguna vez pensaría en ella, cuando volvería o si volvería. Y era como si una mano fuerte le estrujara el corazón y tuviera que luchar para salvarlo. Tenía que luchar, aunque sólo fuera por la niña, no podía dejarse llevar por la tristeza y la añoranza.

A veces tenía la sensación de que jamás lo olvidaría, nunca llegaría a recuperarse de su pérdida. No obstante, no dejaría de intentarlo.

Esa noche sus amigas iban a ir a verla para celebrar una reunión de chicas y tendría que dibujar la sonrisa, volver a decirle a Molly que no sabía dónde estaba Michael y cambiar de tema. Lo que desde luego no iba a hacer era contarles la verdad. No podía decirles que le había pedido que se marchara, y no porque no lo amara, sino porque lo amaba demasiado para fingir que le bastaba

con ser su amiga, y que por un momento habían sido algo más.

Habían sido una familia.

—Tenemos que darnos prisa —le pidió Thomas al apagar el motor del coche—. Está a punto de hacerse de noche.

Michael abrió la puerta preguntándose qué debía hacer. Había sido idea suya parar en el cementerio, pero no sabía exactamente para qué.

Thomas le puso una mano en el hombro.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No. Ni siquiera sé qué hago aquí.

—Claro que lo sabes —le dijo con ternura—. Quieres desearle Feliz Navidad a Emmett y preguntarle si te cree digno de su hija.

—Ya sé que no lo soy.

—¿Por qué piensas eso?

—No quiero… Es que… —¿qué? ¿Por qué no podía ponerle nombre a lo que sentía? ¿Por qué demonios le daba tanto miedo?

—La amas.

—Sí —la respuesta salió de su boca sin ayuda y tuvo que quedarse pensando cómo le sería posible amar a un hombre como él. Y sin embargo era cierto, la amaba. La amaba tanto que le dolía. Sobre todo ahora que ya era demasiado tarde—. La quiero, Thomas. Es exactamente por eso por lo que no puedo estar con ella.

—Perdona que te lo diga así, pero eso es una estupidez.

—Sabes cómo soy, Thomas. Yo no puedo pertenecer a esta ciudad, no puedo. No se me da bien.

—Más estupideces.

Michael dio un puñetazo en el capó del coche para liberar su frustración.

—Ellas necesitan a alguien que se relacione con la gente, que tenga amigos y que sonría a los vecinos —entonces soltó una carcajada llena de amargura—. Vamos, si yo apenas sé sonreír.

—Mírame, Michael —le pidió Thomas enérgicamente—. ¿Tú quieres a Bella y a Emily? ¿Quieres que ellas sean tu familia?

—Sí.

—Entonces aprenderás a sonreír. Así de simple. La mayoría de la gente de esta ciudad está deseando darte una oportunidad y acogerte con los brazos abiertos —lo miró con cariño antes de añadir—: Es lógico que te dé miedo después de todo lo que has

pasado. Pero algún día tendrás que acabar con esas dudas.

Michael le dio la espalda y perdió la vista en el cementerio.

—Es que no sé si puedo.

—Michael —le dijo poniéndole una mano en el hombro—. Si las quieres, es hora de que acabes con todos tus demonios.

Tenía que admitirlo, al menos ante sí mismo. No había nada que deseara más en el mundo que estar con Bella y con Emily. Nada. Las quería muchísimo a las dos y acabaría con mil demonios con tal de tener la oportunidad de demostrarles su amor. Si todavía lo aceptaba.

Caminó hacia el cementerio dejando atrás a Thomas y, cuando llegó a la tumba de Emmett, pronunció las palabras que iban a cambiar su vida para siempre:

—Amo a tu hija.

—¿Por qué Wendy puede montar las guirnaldas de palomitas de maíz mientras yo estoy aquí con el confeti? —preguntó Molly con tono de niña pequeña.

—Porque nadie se fía de ti cuando tienes una aguja en la mano —dijo Connie.

—Ni con unas tijeras —intervino April y todas se echaron a reír, incluyendo a Molly.

Lejos de sus maridos, hijos y novios, a las cinco amigas les había resultado natural volver a las costumbres del instituto: las bromas, las charlas y las risas. Era divertido y muy agradable, pero Isabella tenía la cabeza en otro sitio. Menos mal que la conversación no había desembocado en el tema de Michael Wulf y ella se lo agradecía de todo corazón.

—Voy a preparar más ponche —sugirió Isabella, pero antes de que llegara a la cocina, alguien llamó a la puerta.

—¿Habéis invitado a algún hombre? —preguntó Connie con una risita picara.

—Pues he oído que Ronnie Mills está por ti. Además acaban de quitarle el aparato de la cara —intervino Wendy fingiendo ser una colegiala.

Isabella se echó a reír y fue hacia la puerta.

Pero no era Ronnie Mills.

Con un suéter negro, unos elegantes pantalones grises y con un aspecto más imponente que nunca, Michael Wulf esperaba al otro

lado de la puerta.

—Hola, Bella —saludó sonriente.

La casa entera se quedó en silencio de repente, lo único que podía oír era los latidos de su corazón golpeándole contra el pecho. Parecía que no lo hubiera visto durante años.

—Has vuelto a casa —murmuró justo antes de notar que se le sonrojaban las mejillas—. Quiero decir que has regresado de California.

Su mirada se paseó por toda ella, como si intentara abarcarla entera, y eso la puso aún más nerviosa.

—No podía estar más tiempo lejos de Fielding ni de…

—¿Tu casa de cristal? —interrumpió ella con malévola amargura. ¿Por qué se había presentado allí a torturarla?

—¿Puedo entrar?

Tuvo que utilizar todo su autocontrol para responder:

—Tengo visitas, mejor en otro momento…

Pero él hizo caso omiso y pasó.

—Lo que tengo que decirte no puede esperar. Buenas noches, señoritas —saludó a las demás, que saludaron casi entre dientes y enseguida continuaron con lo que estaban haciendo—. Siento interrumpir, pero tengo algo que decirle a Bella y no puedo esperar.

Connie se puso en pie de un salto.

—Deberíamos irnos…

—No —dijo él de inmediato mirando sobre todo a Molly—. Quiero que oigáis esto.

—Michael, ¿qué ocurre? —intervino Isabella, que empezaba a no entender nada.

El se volvió a mirarla y en sus ojos había más ternura de la que nadie había visto en él jamás.

—Hoy he tenido una conversación con tu padre.

—¿Has ido al cementerio? —le preguntó ella con el corazón en un puño.

—Sí, tenía que decirle algo —entonces le agarró la mano y se la llevó a los labios para besarla suavemente—. Te amo, Bella.

Lo miró con los ojos abiertos de par en par.

—¿Que tú qué?

—Que te ama —dijo April, justo antes de recibir un codazo de Connie.

—Pero me dijiste que… —Ahora estaba realmente confundida.

—Sé lo que te dije. Fui un tonto. Creí que estaba haciéndote un favor saliendo de tu vida. Pensé que sólo os haría daño estando a vuestro lado —le soltó la mano para agarrarle el rostro—. Pero ya había cambiado el día que abrí la puerta de aquel coche y te encontré. Tú me cambiaste, me has convertido en un hombre que ya no quiere vivir en su cueva; ahora quiero una vida y quiero amar y que me amen.

Connie suspiró y a Molly se le llenaron los ojos de lágrimas; por su parte Wendy comentó susurrando:

—Si no lo besa ella ahora mismo, ¡lo haré yo!

Isabella se volvió a mirar a sus amigas.

—Buenas noches, chicas.

Después de que todas ellas les desearan feliz Navidad y salieran sin demorarse, Isabella se dirigió al hombre que le llenaba el corazón de amor.

—Yo también te amo, Michael. Te he querido desde… ¡Dios! Hace toda una vida. Pero me da miedo creerte.

—Preciosa, sé perfectamente lo que es tener miedo. Me he pasado toda la vida sintiéndolo y no se lo recomiendo a nadie —en los labios se le dibujó una sonrisa—. Tú me has enseñado a amar y no pienso dejarte escapar.

—¿Estás seguro?

—Sí, sin ti no sirvo para nada.

—Michael —lo miró a los ojos y vio su alma, sin máscara ni escudo, sólo un hombre enamorado que por fin era suyo.

Entonces él sacó una ramita de muérdago que llevaba en el bolsillo y la sujetó sobre sus cabezas.

—¿Te he dicho cuánto me gustan las vacaciones? —le preguntó acercándola a su cuerpo. La besó suavemente en los labios—. ¿Me perdonas por haber sido tan idiota?

Las lágrimas se habían agolpado en sus ojos y no pudo hacer más que asentir.

—Entonces… ¿qué te parecería casarte conmigo?

Lo último que faltaba para que el llanto le cayera a borbotones por la cara.

—¿Puedes repetirlo?

—Cásate conmigo, Isabella Spencer —repitió riéndose.

—Será un placer, Michael Wulf.

Bajó la cabeza y se dieron un montón de tiernos besos.

—Vamos a ver a nuestra hija.

Isabella se quedó paralizada unos segundos. No podía dejar de mirar al hombre que por fin había decidido liberarse y abrazar la vida. Las amaba y quería que ellas lo amaran.

—¿Nuestra hija?

—Preciosa, esa niña fue mía desde el momento que la traje al mundo, y me muero de ganas de hacerlo oficial, si tú quieres.

Todos los sueños que Isabella había tenido a lo largo de los años estaban haciéndose realidad esa Nochebuena.

—Parece que ya ha llegado Santa Claus.

Michael se acercó a ella y volvió a besarla en los labios.

—Jo, jo, jo —dijo entre risas—. Vamos a darle un beso a nuestra niña. Tenemos que decorar el árbol y colocar los regalos —y, pasándole una mano por la cintura, añadió—: Mis primeras tradiciones con las dos mujeres que más amo en el mundo, ¿qué más podríamos pedir?

—Nada, Michael. Absolutamente nada.

Epílogo

Cuatro años después...

La nieve caía como pequeñas bolitas de algodón sobre el asfalto, las farolas y los carteles de las tiendas. Cualquiera que pasara por Fielding por vez primera, se sorprendería al ver el nombre que figuraba en uno de esos carteles porque era algo extraño. Pero para todos los que allí vivían y que dieron el nombre al local, la Pastelería Wulf Fam o, lo que era lo mismo, la Pastelería de la Familia Wulf, era ya toda una institución en la ciudad y cada vez que entraban en ella, recordaban el pequeño milagro ocurrido unos años antes. Cuando un hombre solitario por fin encontró su lugar en el mundo.

Justo encima del cartel había una ventana y, detrás de esa ventana, un abeto precioso que sus dueños trataban como si fuera otro miembro de la familia. Debajo de ese árbol de Navidad, se encontraba Emily Wulf abriendo un regalo entusiasmada y descubriendo con placer el pequeño osito destinado a convertirse en su nuevo adorno navideño.

—¿Dónde lo pongo, papi?

—Donde tú quieras, princesa —respondió Michael Wulf mirando a su hija con una sonrisa que iluminaba la habitación.

—¿Y si lo pongo al lado del de Annie?

Justo en ese momento, entró Isabella en el cuarto de estar con una niña de tres meses en brazos.

—A mí me parece muy buena idea ponerlo al lado del de tu hermana.

El corazón de Michael se estremeció al ver a su mujer. Los ojos azules llenos de luz, el pelo rubio cayéndole sobre los hombros y la bata azul que le había regalado nada más irse a vivir con ellas. Estaba preciosa, pero no era nada de eso lo que lo había emocionado, sino verla con su hija en brazos.

Allí estaban los cuatro en el viejo apartamento de Bella o lo que ellos llamaban su casa de la ciudad, que estaba llena de tradiciones, algunas más nuevas y otras más antiguas. También estaba repleta de amor y de algo que Michael jamás se habría atrevido a esperar: familia.

Después de que Bella le hubiera dado el visto bueno al árbol, se sentaron los cuatro en el sofá.

—¿Puedo decirlo, papi? —preguntó Emily impaciente.

Estaba claro que la niña se parecía mucho a él.

—Adelante.

—¡Árbol, luces!

En un abrir y cerrar de ojos, el abeto resplandecía con multitud de lucecitas blancas y, como todos los años, ellos lo miraron satisfechos.

Emily se acurrucó en el regazo de su padre.

—Cuéntame la historia, papá.

Bella lo miró sonriendo y él le dijo en silencio:

—Te quiero.

Aquella noche de árboles de Navidad y Santa Claus era más que maravillosa, pero la historia que iba a contarle a su hija era una tradición que él mismo había creado.

—La noche que Emily Wulf vino al mundo, nevaba y nevaba sin parar…

FIN



La autora de *Bestsellers*, Laura Wright ha pasado la mayor parte de su vida sumergida en el mundo de actuar, de cantar y de baile de salón y competitivo. ¡Pero cuando comenzó a escribir, sabía que había encontrado el verdadero deseo de su corazón! (Aparte de un nuevo bebé). Junto con cuatro hermanos y muchos gatos, Laura creció en Edina, Minnesota, y aunque encontró aventuras en localidades como Nueva York, Ohio, Milwaukee y San Diego, ella finalmente encontró su «norte verdadero» en Los Ángeles con su marido, actor de teatro. Laura cree sinceramente en la familia, los amigos del corazón y la energía curativa del amor, y espera que ella en sus libros refleje esos valores.